



*La espía
que te
amó*

ELSA TABLAC

Contenido

[Créditos](#)

[La espía que te amó](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[Sobre la autora](#)

[Newsletter](#)

[Otros títulos](#)

LA ESPÍA QUE TE AMÓ

Primera edición: Marzo 2019

Copyright © Elsa Tablac, 2019

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

La espía que te amó

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

Emma notó el móvil vibrando en el bolso y no necesitó sacarlo para intuir que Mateo volvía al ataque después de una de sus típicas desapariciones. Se moría de ganas de ver qué ocurrente excusa le presentaba esta vez, pero no lo hizo en aquel mismo momento porque tenía las manos ocupadas sujetando a su gato, Mirko, sobre la mesa del veterinario. Era como si aquel condenado gato oliese a kilómetros que se acercaba el momento de la vacuna.

El doctor Ramón resopló y esquivó un nuevo zarpazo mientras ponía a punto la jeringuilla.

—Mi cliente está hoy bastante nerviosito —dijo, seguido de una risa un poco irritante.

Emma lo observó sin inmutarse. El veterinario siempre llamaba a Mirko “mi cliente”. No sabía si era consciente de que la clienta en realidad era ella, ya que daba la casualidad de que Mirko no tenía dinero para pagar la factura. El gato soltó un feroz maullido cuando la aguja se hundió en una de sus patas traseras. Acto seguido, Emma lo levantó y lo acunó entre sus brazos, olvidándose por completo del estado en que quedaría el suéter negro que se había puesto aquella mañana y que pretendía llevar a la oficina en un rato.

—Genial —dijo cuando se dio cuenta del error—. Otra vez cubierta de pelo de gato.

Una vez consiguieron introducir de nuevo a Mirko en su jaula portátil, Emma se plantó delante de la recepcionista de la clínica veterinaria para extenderle la tarjeta de crédito. El bolso vibró de nuevo y entonces sí, sintió la imperiosa urgencia de comprobar si estaba en lo cierto. Metió la mano y rebuscó a la caza del aparato. En efecto, dos escuetos y frustrantes mensajes de Mateo:

Hey, ¿qué tal?

¿Estás por aquí estos días?

Madre mía. Un martes a las nueve de la mañana. ¿Dónde iba a estar si no? Y encima “hey”. Intuyó que sería completamente inútil contestarle, pero no pudo contenerse. Ignoró los maullidos de Mirko durante unos segundos y tecleó la respuesta más seca del mundo:

Sí, estoy aquí

Las dos moscas azules que indicaban que Mateo había obtenido el masajito para su ego aparecieron en la pantalla. Se quedó mirando el chat durante unos segundos y ¡oh, sorpresa! El muy capullo no contestó. La recepcionista carraspeó para recuperar la atención de Emma, que había aparcado el trasportín del gato sobre su mesa.

—Perdona. Era un mensaje urgente.

—Aquí tienes —la chica le devolvió la tarjeta de crédito.

Salió pitando de la clínica. Tenía que pasar por casa para dejar al gato, cambiarse de jersey y salir corriendo de nuevo hacia la agencia de detectives en la que trabajaba y donde le esperaba la asignación de un nuevo caso. No podía —o más bien no debería— permitir que Mateo la cabreara tan de buena mañana. Pero el hecho de que con todo el lío del veterinario ni siquiera le diera tiempo a tomarse un café y hojear un rato el periódico en su cafetería de confianza, como hacía todas las mañanas antes de ir a trabajar, añadía un puntito extra de ansiedad a aquel día, que se avecinaba bastante complicado.

Llegó a casa, le abrió la puerta de la cesta al gato y salió corriendo de nuevo sin acordarse de cambiarse el jersey.

En cuanto llegó a la boca de metro notó una nueva vibración en el bolso. Aquello ya parecía el efecto del perro de Pavlov. ¿Se dignaría finalmente Mateo a pedirle una cita como diosa manda en lugar de proponerle planes tardíos en su casa a última hora de la noche?

Sacó de nuevo el móvil. No era Mateo, era Feli, su compañera en la agencia de detectives:

No hace falta que te des prisa. Cristóbal sigue atrapado en el aeropuerto de Londres y no llegará hasta mediodía. Ha pospuesto la reunión hasta después de comer.

Genial. El día empezaba a mejorar. Se dio media vuelta y se dirigió a la cafetería a por su consabido bocadillo de queso y su café con leche. No sabía empezar la jornada sin ese momento zen y aquel día había estado a punto de perderselo. Tecleó una mentirijilla rápidamente para avisar a Feli de que aún tardaría un rato en llegar a la oficina:

*Hay un rato de espera para atender a Mirko.
Llegaré en unos cuarenta minutos aprox.*

No hacía falta ni que pidiese a la camarera. La chica sabía perfectamente lo que tomaba cada día. Se sentó en su sitio favorito ante uno de los grandes ventanales. Emma adoraba sus pequeñas rutinas. A poder ser, fuera de su horario de trabajo, le gustaba hacer cada día lo mismo durante la semana. Repetir sus pasos antes y después de las horas en las que se convertía en una de las detectives privadas que trabajaban en la reputada agencia de Cristóbal Monterde.

Se concedió veinte minutos para desayunar y continuar pensando en qué hacer con Mateo. Sentía que el momento de tomar una decisión radical se acercaba. Lo suyo era una no-relación de idas y venidas que ya duraba casi un año y en la que él se dedicaba a darle lo justo para mantener vivo su interés. Lo que él ofrecía, en definitiva, era bastante pobre, pero Emma no podía negar que le gustaba y que esperaba con cierta ansia las pocas citas que tenían, dos o tres al mes, a lo sumo.

Había muchas cosas que no le encajaban en aquella situación. Se habían conocido un viernes en un bar de copas, un día en que ella había salido con dos de las chicas de la agencia. Emma no acostumbraba a beber hasta emborracharse, pero ese día bajó la guardia y Mateo entró con todo, y nunca mejor dicho. Acabaron la velada en su casa. En su cama. Ella creyó que la historia se quedaría en eso, en un lío de una noche, pero para su sorpresa él le escribió unas horas después y durante todo el sábado, y el domingo decidieron verse de nuevo para tomar algo. Un romance de fin de semana, había creído ella.

A partir de aquel lunes todo empezó a ir cuesta abajo para Emma. Lo recordaba a la perfección.

Ese día llegó la oficina con el estómago encogido y entonces supo que había metido la pata. No podía dejar de pensar en él, en el fin de semana que habían pasado juntos. Su error, pensó, era haber catalogado a Mateo en un

primer momento como “rollo de una noche” para dejarse arrastrar por su entusiasmo durante el resto del fin de semana. Y ahora no podía sacárselo de la cabeza. Mierda. Aquel lunes que debía pasar en su mesa de la agencia redactando unos informes estuvo mirando de reojo el teléfono móvil. Todo el santo día. Para colmo, él no trabajaba demasiado lejos de allí. Se sintió tentada de enviarle un mensaje para ver si quería ir a comer con ella esa mañana, pero se abstuvo. Pensó que lo mejor era esperar para ver si él se pronunciaba o para, al menos, ver si aquella peligrosa miniobsesión se iba disipando con el paso de la semana. Para su desgracia no fue así.

Habría agradecido tener a alguien cerca de quien poder confiarle aquello que estaba rondándole en aquellos días, pero sus mejores amigas, Lara y Priscila, estaban lejos. Lara se había ido a vivir a Roma con su novio italiano y Pris había hecho lo propio con Matt, un cantante escocés con el que había tenido también unos comienzos algo turbulentos debido a una ex novia problemática. El caso era que Priscila trabajaba muchas horas al día en sus cuadros —era pintora—, y viajaba a menudo por Europa para presentar su trabajo. Se alegraba muchísimo por su éxito, pero la realidad era que la echaba de menos. A las dos. A Lara también. Y las tres se habían confabulado para verse al menos una vez cada dos o tres meses, pero era complicado ir a Italia en un momento en que a las tres les fuera bien. Con Priscila era algo más fácil. A Emma le bastaba con pasarse por su estudio cualquier día con una botella de vino. Siempre estaba allí, absorbida por sus pinturas.

El caso era que no les había contado bien lo de Mateo, y había llegado un punto en que la bola había crecido tanto que estaba francamente desorientada y hubiera apreciado mucho la sabia opinión de sus amigas. Bueno, no tan sabia, pero al menos un punto de vista externo a la situación.

Aquí estaba el problema. Mateo solo buscaba sexo. Y tampoco lo disimulaba demasiado. Era bastante hábil a la hora de proponer planes que implicasen tomar algo cerca de su casa, ver una peli en su casa, cenar algo ligero en su casa... Ese era el patrón. También tenía noticias suyas cuando por algún motivo él tenía algo que hacer cerca del apartamento de ella. A veces recibía mensajes suyos cerca de la medianoche del tipo:

*¿Despierta? Estoy cenando con unos
amigos cerca de tu casa...
¿Quieres hacer algo más tarde?*

A pesar de que siempre tenía ganas de verlo evitaba contestar aquel tipo de cosas a partir de cierta hora. Y de un tiempo a esta parte empezaban a ofenderle un poco, porque a pesar de que había intentado decirle a Mateo que no estaba interesada en una relación basada en el sexo casual, y que prefería salir de una manera un poco más formal, él parecía ignorarlo. Cuando salía la conversación —no muy a menudo— la escuchaba con un gesto circunspecto, le decía que sí, que claro, que él también quería conocerla un poco mejor y que no había ningún problema, para volver a las andadas al cabo de unas semanas.

La parte intelectual de Emma (¡sí! Esa parte existía) sabía perfectamente que aquello no tenía remedio, que no podría hacerle cambiar de idea y que debía de cortar ya aquella situación enquistada. Darle puerta a Mateo y a sus mensajes nocturnos y ultrapasivos.

Aquella mañana mientras se escaqueaba un rato de la oficina alargando de forma ficticia la visita al veterinario de Mirko, Emma se cabreó consigo misma. ¿Cómo era posible que hubieran pasado diez meses desde la noche en que se conocieron y siguiera atrapada en aquella situación? En aquel gran limbo. ¿Por qué seguía sintiendo aquella emoción descontrolada cada vez que recibía un mensaje de él sabiendo que no significaban nada? Que solo los escribía para reafirmar su ego, para asegurarse de que ella seguía al otro lado de la línea, pendiente de recibirlos.

No conocía a sus amigos ni, por descontado, a su familia.

No habían hecho ninguna escapada de fin de semana.

Nunca habían ido al cine.

Nunca habían cenado juntos.

Terminó el café y miró la hora en el teléfono. Tal vez convenía ya ponerse en marcha y hacer acto de presencia en la oficina. Acusó el efecto de la cafeína y se sintió reconfortada, y también lo suficientemente fuerte para borrar el mensaje de Mateo de su teléfono sin contestarle. Con el mensaje desaparecería también su número, que hacía tiempo que había apuntado en un post-it que había entregado a Feli en la oficina (le había pedido que lo escondiera por ahí en algún cuaderno). Sí, había llegado el momento de pasar de Mateo. No ya como una efectiva estrategia, sino para olvidarse de él definitivamente y de aquella historia que nunca evolucionaba; y así poder

dejar espacio libre para que llegase a su vida alguien infinitamente mejor.
Alguien que quisiera estar a su lado sin condiciones.

CAPÍTULO 2

Durante aquellos meses en que Mateo estuvo rondando por su vida casi se había olvidado de la suerte que tenía de poder dedicarse a su auténtica pasión: ser detective privada. ¿Quién lo hubiera dicho? Todo había sido una gran casualidad que ya duraba casi seis años. Emma había estudiado periodismo y a sus treinta y dos años apenas había ejercido como tal. Cuando terminó la carrera se marchó unos años a vivir a Berlín y a su vuelta dio algunos tumbos por tiendas de moda y varias agencias de comunicación y publicidad. En una de ellas incluso trabajó con Priscila, y a pesar de que ya eran amigas desde entonces se hicieron íntimas. Entonces llegó la crisis, los despidos masivos y todo aquello. A Emma le tocó en suerte abandonar la última agencia de publicidad en la que hacía jornadas maratónicas hasta bien entrada la noche. Iba a dejar el trabajo ella misma cuando le comunicaron que lamentablemente tenían que recortar la plantilla. De repente se vio con mucho tiempo libre y con una cantidad decente de dinero, suficiente como para marcharse de la ciudad un tiempo y empezar en otro sitio.

Estaba a punto de hacer las maletas y volver a Berlín cuando se encontró con el anuncio en un periódico de la agencia de detectives de Cristóbal Monterde. Sí, en un periódico. Como en los años noventa. Había un email al que enviar un currículum y poco más. El anuncio decía que buscaban a una persona para trabajar en una agencia de detectives “observadora y sensible con los detalles, con capacidad para redactar informes”. No se necesitaba experiencia previa.

Emma, gran lectora de novela negra, siempre había soñado con ser detective. Pero para ella era una simple fantasía, algo irrealizable que jamás había contado a nadie. Ni siquiera se había molestado en plantárselo en serio, en averiguar cómo alguien llegaba a convertirse en investigador privado, qué había que estudiar exactamente, cómo había que prepararse. Todo esto lo intuía, pero jamás había entrado en contacto con ese mundo. Solo hay que mirar a nuestro alrededor. ¿Cuántos detectives conocemos? Para ella era algo propio de la ficción, algo que hacía la policía. Y lo que no hacía la

policía se limitaba probablemente a perseguir cuernos o a gente que debía dinero.

En todo caso, ver aquel anuncio en el periódico le removió algo por dentro. Aquella bombillita tenue que siempre había estado encendida empezó a brillar con más fuerza. Envio su currículum y se olvidó del tema, y al cabo de una semana recibió una llamada de Feli, la que poco después de convertiría en su mentora, en la persona que le enseñó todo lo que sabía de su profesión.

Desde aquel momento, hacía ya esos casi seis años, Emma había pasado de redactar aburridos informes con las pruebas e indicios que Feli le planteaba a convertirse en una talentosa detective. Era extremadamente intuitiva, lista, rápida y muy efectiva. Cumplía a la perfección con su trabajo y su “jefa” no tardó mucho en darse cuenta de que allí tenían un diamante en bruto.

Habían construido una relación especial, más allá de ser compañeras de trabajo, o mentora y aprendiz. Feli tenía una edad indefinida entre los cincuenta y los sesenta años —no le gustaba hablar de ese tema—, y un aspecto intimidatorio y masculino que al principio temía bastante. El pelo corto y gris. Nunca se molestaba en teñírselo. Había convertido su forma de vestir en un uniforme que repetía a diario, variando solo algunos colores dentro de una gama. Pantalones de vestir rectos grises, negros y marrón oscuro. Zapato plano tipo Oxford incluso en verano. Camisas blancas y de color crudo perfectamente planchadas. Además, solía llevar una gabardina de color ocre que a Emma le hacía mucha gracia porque era, de hecho, la típica que llevaría un detective.

—¿Y esa chaqueta del Inspector Gadget? —le preguntó una vez, riéndose—. Es un poco cliché, ¿no? Feli, solo te falta esconderte detrás de un periódico con un hueco para los ojos recortado en el papel.

—No sé de que me hablas, tía —contestaba Feli.

No, aquella señora no tenía la menor idea de quién era el Inspector Gadget y la llamaba “tía” de una forma impropia y bastante graciosa. Durante los primeros meses de estancia en la agencia, Emma pensó que Feli era una señora lesbiana hasta que le contó que estaba divorciada y que tenía un hijo “más o menos de tu edad”.

Emma conoció a Sergio poco después debido en parte a la insistencia de su madre, que nunca escondió la ilusión que le hacía que “se enrollaran”. Palabras textuales. Aquella cita a ciegas fue un desastre y eso jamás pasó, pero el caso era que Sergio y Emma se hicieron amigos (¡increíble!) y durante una temporada quedaban religiosamente una vez a la semana para ir al cine.

Así fue como el hijo de Feli se había convertido en su “colega para ir al cine”. Pero más sobre esto en otro momento. Esa no es la historia que nos ocupa.

Emma llegó a la agencia y se dirigió a su mesa disimuladamente. Los días en los que no estaban en la calle tenían que cumplir con el horario y esa mañana se había relajado un poco porque Cristóbal, el jefe, estaba regresando de uno de sus viajes de trabajo a Londres. Él solía ya ocuparse personalmente de muy pocos casos. Solía asignar casi todo a sus ocho detectives. Él se dedicaba a la administración general de la agencia con la ayuda de Susana, su secretaria, a repartir el trabajo y a cenar con gente importante. Aquella mañana todavía no había llegado.

Emma se sentó y, por primera vez en muchos días, olvidó por completo poner su móvil personal encima de la mesa (a la espera de que llegase alguna noticia de Mateo). Puso a cargar el teléfono de trabajo y revisó los emails por si había algo importante. Hacía ya unos días que había completado el informe de uno de sus últimos casos y este seguía sobre la mesa de Cristóbal, a la espera de que él le echase un vistazo.

No había sido nada difícil. Una nueva infidelidad descubierta. Una mujer rica y divorciada con un amante más joven que no soportaba la idea de que él se viera con algunas chicas de su edad. A veces Emma se preguntaba cómo conseguía seguir teniendo fe en el amor romántico después de la cantidad industrial de casos de infidelidades que gestionaba e investigaba en su trabajo día sí y día no. Porque si pensabas que era una leyenda urbana eso de que los detectives privados se dedican sobre todo a perseguir cuernos, en fin, no andas tan desencaminada. Gran parte del trabajo de Emma consistía en eso, precisamente: perseguir de manera muy discreta a maridos y novios infieles y presentar a su pareja las pruebas correspondientes. Una vez estaba todo claro, Emma convocaba al infeliz engañado o engañada a una reunión y le mostraba con el mayor tacto posible todo lo que había averiguado. Las fotos.

Al principio le resultaba muy difícil. Si lo piensas así, es un poco como el trabajo de un médico que ha de comunicar el fallecimiento de un familiar a alguien. La muerte de un paciente crónico. Un amor que ya estaba en coma y que para dejar de existir solo necesitaba que alguien expusiera el gran problema bajo un foco y que la persona afectada tuviera la valentía de abrir los ojos de una vez y mantenerlos bien abiertos ante la evidencia, sin apartar la mirada.

Esto era algo de lo que había hablado bastante con Feli al principio. *Son gajes del oficio*, le decía ella. *Te acostumbrarás a comunicar ese tipo de cosas a nuestros clientes*. Y sí, por supuesto que se acostumbró. Pero el hecho de convertirse en detective comportó un efecto secundario con el que Emma se encontró por inercia. Bueno, dos efectos secundarios.

El primero era que llevaba ya unos años sabotando su propia vida amorosa debido a que le costaba muchísimo resistir la tentación de investigar a los chicos con los que salía. Daba igual si eran rollos de una noche, compañeros de su clase de yoga, amigos de amigos con los que coincidía en alguna fiesta, gente del pasado que volvía aparecer en su vida como los zombis de *The Walking Dead*. Daba igual. Emma hacía una pequeña investigación por Internet para averiguar más de con quién estaba tratando. Le costó un par de años y muchas historias fallidas entender que esto era un error y que tenía que dejar de hacerlo por muy buena que fuera en ello y muy divertido que pareciera al principio.

Lo segundo era cuando llegaba el momento de confesar a aquellos chicos que era detective privada. No todos lo llevaban bien. Alguno incluso le dijo que se sentía intimidado. Que tal vez “aquello no podría funcionar”. Entonces empezaban a apartarse de ella poco a poco, evaporándose con el paso de los días y las semanas hasta dejar de dar señales de vida. Cuando le contó esto a Feli, esta la observó perpleja y le dio uno de los mejores consejos (y eso que Feli le había dado muchos buenísimos consejos): *nunca les digas que eres investigadora privada si no estás cien por cien segura de que él te interesa en serio y tú a él. Créeme, eso te ahorrará muchos problemas y malentendidos*.

Y eso había hecho. Desde aquel día, a toda la nueva gente que entraba en su vida, Emma solía decirles que “trabajaba en una oficina”. Poco más. ¿Sabes cuando tienes un amigo relativamente cercano y no tienes ni idea de a qué se dedica porque siempre ofrece respuesta vagas? Es decir, sabes que va a trabajar a un sitio cada día y parece que tiene una nómina y que dispone de dinero para hacer cosas lúdicas, pero nunca ha entrado en detalles sobre lo que hace. Pues bien, Emma sería uno de esos amigos.

Esto era, de hecho, algo que siempre había intrigado bastante a Mateo. De hecho una vez se habían encontrado en la puerta de la agencia y no pudo ocultarle por más tiempo que trabajaba para Cristóbal Monterde. Le dijo que era su secretaria, que se dedicaba sobre todo a tareas administrativas, pero por la cara que puso estaba casi convencida de que no se lo creyó. A pesar de

ser un cabroncete, Mateo era un tipo listo. También supo tener la discreción de no preguntar mucho más.

Aunque en realidad ya importaba poco qué pensaba o no Mateo sobre ella y su misterioso trabajo. No era la primera vez que pasaba de contestarle a uno de sus inoperantes mensajes de Whatsapp. Pero aquella mañana por algún motivo se sentía con fuerzas de dejar ya esa historia atrás de una vez por todas. No sabía por qué, pero lo sospechaba. La noche anterior, antes de dormirse y repasar mentalmente todo lo que debía hacer al día siguiente, empezando por la visita al veterinario, Emma se dio cuenta de que el árbol no le estaba dejando ver el bosque. Su atención y su energía fuera de sus horas de trabajo estaban puestas en aquel idiota de Mateo y hacía tiempo que no se fijaba en nadie más. Había ignorado a todos los chicos que se habían acercado a ella en todos aquellos meses. Se dio cuenta de que seguía aferrándose a la vana esperanza de que él cambiase de parecer y se decidiera a plantearse algo más serio con ella. Él parecía absorber toda aquella energía que le dedicaba y eso le era más que suficiente. Mateo había creado una especie de campo de fuerza a su alrededor que repelía al resto de hombres del planeta, y al mismo tiempo él se mantenía lo suficientemente lejos y lo suficientemente cerca.

Y ya bastaba, ¿no?

Había llegado el momento de desviar la atención y empezar a prestar atención a otros hombres. Qué maravillosa casualidad que Lloyd Cooper apareciera en su vida justo en aquel mismo día para ayudarla a olvidarse de su corrosivo problema. Y qué bajón también que fuera en la misma pantalla en la que Cristóbal acostumbraba a presentar los nuevos casos a repartir entre sus detectives.

CAPÍTULO 3

Era casi medio día cuando el detective jefe, Cristóbal Monterde, irrumpió en la oficina, apresurado como siempre, sosteniendo un café en un vaso de plástico y soltando demonios por la boca acerca de la compañía con la que acostumbraba a volar a Londres y que solía dejarle tirado en el aeropuerto durante horas. Apenas una mirada le bastó para indicar a su equipo de investigadores que se reunieran en la sala común, donde les hablaría de los tres nuevos encargos que habían llegado. Todos se levantaron con diligencia de sus sillas y pusieron rumbo a la sala.

Por lo general aquella reunión tenía lugar los lunes pero esa semana se había atrasado un poco debido al viaje del jefe. A veces era él quien asignaba directamente el caso a un detective determinado, y en otras ocasiones, si no era un asunto muy complicado, pedía un voluntario según el volumen de trabajo que tuviese cada uno. Cada detective tenía sus puntos fuertes. Raúl era excelente haciendo seguimientos en la calle, Lobo siempre conseguía las mejores fotos, Feli tenía la mejor intuición...¿y Emma? Emma era un hacha localizando a gente vía Google. Conocía todos los resquicios para seguir las huellas digitales de cualquiera, redes sociales...era muy difícil que este tipo de rastreos se le resistieran. Monterde había visto enseguida lo habilidosa que era e incluso le había pedido que compartiera sus técnicas con sus compañeros.

Lo cierto es que el ambiente de trabajo era fenomenal y de extrema camaradería, y esa era una de las razones por las que Emma se había quedado allí tanto tiempo, y por las que no se veía trabajando en nada que no fuera la investigación privada. Estaba contenta con su profesión y por primera vez en mucho tiempo sentía que había automatizado un poco ese aspecto de su vida, que disfrutaba y que, podía decirse, funcionaba solo; y que por fin podía empezar a prestar un poco de atención a su distraído y en ocasiones maltrecho corazón.

Tras la correspondiente cháchara insustancial, Monterde empezó a presentarles los nuevos casos, y Emma casi se cayó de la silla de la impresión

al ver lo que se le avecinaba. En la pantalla donde el jefe proyectaba las imágenes para ilustrar los proyectos que llegaban apareció un chico guapísimo. Tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en la presentación.

Monterde frunció el ceño al ver el clamor que había provocado la foto entre las chicas de la oficina. Carraspeó y procedió a presentar el caso:

—Este es Lloyd Cooper. Londinense, treinta y cuatro años. Esta petición es muy reciente, nos llega directamente de Blayfold.

Blayfold era una agencia de investigación británica con la que Monterde colaboraba puntualmente en algunos casos de carácter internacional. El jefe hizo una pausa para beber y escoger las palabras adecuadas:

—Al parecer nuestro amigo Lloyd pasa más tiempo aquí del que debería. En nuestra ciudad, quiero decir. Básicamente, nuestro cliente quiere saber el porqué de sus idas y venidas entre Londres y Barcelona.

Emma, casi hipnotizada por el porte del tal Lloyd, preguntó como un resorte:

—¿Su esposa, tal vez? ¿Quién lo busca?

Monterde negó con la cabeza.

—No tiene ninguna relación estable, que sepamos. El cliente es su tío, Francis Cooper. Es un caso relacionado con una herencia familiar. Solo quieren saber qué está haciendo en la ciudad. ¿Te interesa a ti, Emma? No creo que tenga mayor complicación. Será cosa de dos o tres días como mucho. Un par de seguimientos y creo que lo tendremos. ¿Cómo lo tienes esta semana?

Esa sensación de excitación que tan bien conocía cuando un caso que le gustaba caía en su regazo le sobrevino a Emma, mientras asentía como una boba.

—Sí, sin problema. Puedo ocuparme yo.

—Perfecto. Aquí tienes.

Le extendió una carpeta de color marrón con la información básica sobre el caso. El resto de la reunión le interesó más bien poco, la verdad. Abrió el informe mientras Monterde seguía hablando, y allí se encontró de nuevo con la imagen de Lloyd Cooper.

Era exactamente el tipo de hombre por el que de vez en cuando giraba la cabeza cuando se los cruzaba por la calle. Dios, y encima británico. Seguro que tenía ese acento que la derretía, a lo Benedict Cumberbatch en aquella serie de Sherlock Holmes. Lloyd tenía el pelo corto, de un tono rubio oscuro, y los ojos azules más tranquilizadores que Emma había visto nunca. En la foto estaba agachado, junto a un perrito de raza *cocker*. Era un tío muy guapo.

Barba incipiente, sonrisa amplia y relajada. Era muy chocante que alguien así fuera objeto de una investigación detectivesca. Nunca le había tocado nadie tan guapo, eso por descontado.

¿Qué has hecho, Lloyd Cooper?, pensó Emma.

Se había ofrecido voluntaria porque necesitaba desesperadamente un caso interesante con el que distraerse aquella semana. Tenía que apartar de una vez por todas al capullo de Mateo de su mente y el trabajo era lo que mejores resultados solía darle. Y, entre nosotras, si tenía que pasar parte del día siguiendo el rastro de alguien, qué mejor que un hombre como el tal Lloyd Cooper. Era la primera vez que se topaba con un chico tan atractivo en uno de los informes de Monterde.

Levantó la vista de la carpeta y se encontró con la mirada atenta de Feli. A veces le daba miedo, era tan observadora que parecía capaz de leer el pensamiento de cualquiera. Se sintió expuesta, como si su compañera supiera exactamente lo que estaba pensando acerca de Lloyd Cooper. Le sonrió.

Cuando Monterde terminó de asignar los otros dos casos, le pidió a Emma que esperase un segundito al terminar la reunión porque quería hablar con ella en privado. *Oh, oh*, pensó. *¿Qué habré hecho ahora?*

Sus compañeros salieron de la sala y ella lo esperó de pie. El jefe sonrió.

—¡No pongas esa cara, mujer! Tengo buenas noticias para ti.

—¿Buenas noticias? Cuéntame.

—Además de tenerte muy entretenida esta semana con un caso internacional, tengo el honor de comunicarte que a partir de ahora vas a tener una nueva *assistant*.

Vaya, esto sí que era una sorpresa.

—¿Una *assistant*? Pero si yo no necesito ayuda, Cristóbal...

—No, claro que no. Por eso, precisamente. Ya sabes que eres una de mis investigadoras más valiosas, Emma. ¿Recuerdas tus comienzos aquí? Con Feli...

—Han pasado años y ni me he enterado —dijo Emma, sonriendo. No era habitual que Monterde fuera tan expresivo.

—Bien. Feli te enseñó todo a la perfección. Y supo ver enseguida el talento que tienes para este trabajo. No sabes lo que me alegro de que te hayas quedado. Todos sabemos que te iría muy bien trabajando por tu cuenta y, sé que no te lo digo muy a menudo, pero te estoy agradecido. El caso es que hemos pensado que estaría muy bien si pudieras enseñar a alguien. Busco un joven talento, un diamante en bruto. Y tengo a una chica muy interesada en

aprender el oficio. Hemos pensado que tú serías la persona idónea para enseñarle todo. ¿Qué te parece el proyecto?

Pues qué decirte, Monterde, pensó Emma. En tan poco tiempo no podía decidir si aquello era un honor o un marrón en todas sus dimensiones. La paciencia no estaba entre sus dones, precisamente, y nunca había ejercido de profe, así que no sabía si estaba muy capacitada para la “docencia”. Por otra parte Feli había sido súper generosa enseñándole todo lo que sabía sobre la investigación privada. Era su maestra, y ahora ella tenía la oportunidad de equilibrar un poco el karma y devolver lo mismo a alguien que estaba empezando y que quisiera aprender.

Se encogió de hombros y al momento asintió, aunque se aseguró de no estar mostrando demasiado entusiasmo.

—Lo haré lo mejor posible. ¿Tienes ya algunas candidatas?

—Candidata. Y además en firme. Se llama Esther y tiene veinticuatro años. Está a punto de terminar sus estudios. Empieza el jueves. La tendrás en la oficina a las nueve de la mañana, sentada junto a tu mesa. Tal vez pueda ayudarte con el caso Cooper. Ah, sobre eso: no he podido revisarlo durante el vuelo. En el informe está todo. Me encanta que te hayas ofrecido voluntaria para ocuparte de él. Ya había pensado en asignártelo a ti, ya que creo que eres la que mejor domina el inglés. No debería ser muy complicado, pero tal vez tengas que hablar con Blayfold en Londres o con el tío Francis. Lo dejo todo en tus manos. Espero leer pronto el informe con la resolución del caso. Sin presión, ¿eh?

Monterde soltó una carcajada. Todo el mal humor provocado por el retraso de su vuelo parecía haberse esfumado al llegar a la oficina y soltar los encargos (o marrones, como solían llamarlos sus empleados). Aunque en el fondo Emma estaba contenta. No había hablado mucho con él en las últimas semanas, pero sentía que confiaba cien por cien en ella y que ya la consideraba como una de sus mejores detectives. Era un cumplido real.

Le había llamado mucho la atención que le dijera que apreciaba que se quedase con ellos en lugar de trabajar por su cuenta. Eso decía mucho de su trabajo. Y no podía negar que lo había pensado algunas veces, pero aún no se sentía lo suficientemente segura para independizarse de la agencia de Monterde y tener sus propios clientes. Le constaba que muchas personas pedían específicamente que fuera ella quien se ocupase de sus historias. Era rápida y muy efectiva. Presentaba resultados en cuestión de días y había resuelto todos y cada uno de los casos que caían en sus manos. Estos habían

ido creciendo en dificultad, por eso le sorprendía también que su jefe le pasara algo tan básico a priori como el encargo de Francis Cooper de averiguar por qué su sobrino viajaba tanto a Barcelona. Allí había gato encerrado. No podía ser tan simple como parecía.

—Otra cosa más, Emma. He decidido modernizarme —el jefe se rio de nuevo. Monterde se hacía mucha gracia a sí mismo—. No hace falta que os paséis la vida en la oficina cuando tengáis que redactar informes. La idea es que sea solo un punto de encuentro cuando tengáis que hablar conmigo o tengamos las reuniones semanales. Lo que quiero decir es que, cuando no estéis en un seguimiento, podéis trabajar desde casa si lo deseáis.

Vaya, ¡eso sí que era una noticia! Monterde por fin había entrado en el siglo veintiuno y ya era consciente de que existía una cosa llamada Internet que facilitaba el teletrabajo.

—¡Todo son buenas noticias hoy! —contestó Emma—. ¿Algo más? Voy a empezar a leer el informe de Cooper enseguida.

—Por ahora no. Ya puedes ponerte con eso, en tu mesa o en casa, ¡donde quieras! Que sepas que no lo he ofrecido a todos aún. Es una prueba piloto. Lo de trabajar fuera de la oficina, me refiero. Considéralo un periodo de prueba. Muy pronto enviaré una circular explicándoos las condiciones de este nuevo beneficio laboral.

Dios, Monterde a veces hablaba como un viejo, y no tenía ni sesenta años. Seguro que creía que les estaba haciendo el favor del siglo. A Emma se le iluminó la bombillita. ¿A qué venía tanta buena noticia? ¿Había llegado el momento de aprovechar la ola y pedir un aumento de sueldo? ¡Lo tendría en cuenta!

—Perfecto, pues salgo ya a almorzar y estaré toda la tarde empapándome del caso Cooper. Llámame al móvil para cualquier cosa. El jueves estaré a las nueve en punto para recibir a la chica nueva.

Emma salió de la sala de reuniones satisfecha. Había días en que sentía especialmente que amaba su trabajo, y aquel era uno de ellos. Estaba deseando llegar a casa, enroscarse en el sofá con Mirko, una mantita y una infusión, y leer todo lo referente a Lloyd Cooper. Empezaría cuanto antes el seguimiento.

La excitación que sentía no tenía nada que ver con la posibilidad de ejercer de mentora para una joven aspirante a detective, ni tampoco con que Monterde le permitiera trabajar desde una cafetería o desde el salón de su casa. Sabía muy bien que lo que le había acelerado el pulso, lo que le

ilusionaba desde hacía un rato, era Lloyd Cooper, su sonrisa, su mirada azul y penetrante, y el irrefrenable deseo de saber qué escondía, de qué huía. No podía esperar el momento de tenerlo a unos metros y observar sus movimientos. Lo único que le preocupaba un poco en aquel momento era si sería capaz de mantener su exquisita profesionalidad. Observar, tomar nota, presentar uno de sus informes impolutos y olvidarse de él para siempre. Pero si una simple foto había provocado aquel efecto, ¿qué sentiría al verlo en persona? ¿Sería igual de atractivo?

Emma se dirigió a su mesa, apagó el ordenador y metió el móvil en el bolso, ignorando de nuevo la ristra de emoticonos que Mateo le había enviado patéticamente, en un infructuoso intento de llamar de nuevo su atención. Borró el mensaje sin ni siquiera abrirlo. Lloyd Cooper había dinamitado aquella obsesión inútil en solo unos minutos.

CAPÍTULO 4

Dicho y hecho. Emma decidió aprovechar el sospechoso buen humor de Cristóbal y se fue a casa para empezar a trabajar en el caso. Pasó por su restaurante chino de confianza e hizo acopio de sus grandes clásicos favoritos: arroz tres delicias y pollo con almendras, para llevar. Era el tipo de cosas que la hacía feliz.

Si es que en realidad costaba muy poco tener a Emma contenta. Una de las cosas que más le molestaba de su no-relación con Mateo era que a él en el fondo le exigía más bien poco. Tal vez ese era el problema. Por poco que se lo hubiera currado con ella, unas cenitas aquí y allá, unos cines... Si se hubiera quedado a dormir más de un par de veces en casa (y no porque la resaca no le permitiera moverse), ella estaría dispuesta a ceder un poco de territorio y dejarse llevar más por el deseo aparentemente incontrolable que sentía hacía él. Y había que decir “aparentemente” porque, sobre todo en las últimas semanas, sentía que empezaba a recuperar el juicio y cada vez le era más fácil resistirse a las proposiciones sexuales de Mateo.

A diferencia de otros días, el gato no la recibió detrás de la puerta de casa. La visita al veterinario solía perturbarlo y siempre que lo sacaba en la cesta, el pobre bicho pasaba el resto del día enroscado en el sofá. Dejó el bolso, las bolsas con comida y la chaqueta sobre la mesa alta de la cocina y se dirigió al pequeño salón. Había tenido mucha suerte de encontrar aquel apartamento a precio aún razonable para las tarifas que se estaban empezando a barajar en la ciudad.

—¿Qué pasa, Mirko? ¿Hoy no me saludas? ¿Todavía estás enfadado?

El gato soltó un maullido casi imperceptible.

Emma decidió comer antes de que todo se enfriara. Después preparó una cafetera y, con el informe del caso Cooper bajo el brazo, se tumbó en el sofá bajo la mejor de sus mantitas —y, por supuesto, también bajo Mirko, que no perdió ni un segundo en plantarse sobre sus piernas.

—Muy bien, pero déjame leer, ¿ok? Tenemos mucho trabajo.

Abrió la carpeta y, sin perder ni un segundo más, se dejó arrastrar por la

fascinante historia familiar de Lloyd Cooper.

Lloyd era economista de profesión y tenía treinta y cuatro años. Soltero, sin ninguna relación seria conocida a sus espaldas. A Emma le sorprendió un poco leer eso en el informe de Blayfold. *¿Gay?*, pensó. Si lo habían especificado era porque de algún modo sería relevante para la resolución del caso.

Su abuela, Mildred Cooper, había fallecido hacía seis meses con ochenta y cuatro. Su esposo, Leonard, había sido un afamado banquero que se arruinó por una serie de malas inversiones y perdió toda su liquidez en los años noventa. Lo único que la familia consiguió salvar era un gran *cottage*, una mansión en el condado rural de Wiltshire.

Entre los documentos se adjuntaban algunas imágenes de la gran casa familiar. Era un edificio alucinante, un caserón antiguo de piedra rodeado de varias hectáreas de bosque. La abuela Mildred había vivido ahí hasta sus últimos días. Se había negado con firmeza a abandonarla para poder ser mejor atendida en algún otro lugar. Había tenido dos hijos, George, el padre de Lloyd, y Francis.

George se había casado con una camarera llamada Susan y en la actualidad vivían retirados en una isla caribeña la mayor parte del tiempo. Al parecer, Lloyd se había criado en la casa de Wiltshire al cuidado de sus abuelos, debido a los viajes constantes de sus padres. El tío Francis vivía cerca de la casa familiar, que estaba a unas dos horas en coche de Londres y era, efectivamente, quien había encargado los servicios de Blayfold, que a su vez había subcontratado a Monterde.

El conflicto era simple y complejo al mismo tiempo: al morir la abuela Mildred había dejado la mansión en herencia a Lloyd, su nieto, en lugar de a sus hijos. Francis tendría que conformarse con el pequeño apartamento en el sur de Londres que la abuela utilizaba a veces cuando acudía a la ciudad para visitar a sus amistades. Aquellos viajes, sin embargo, se habían reducido debido a su edad avanzada, y especialmente tras la muerte de su marido.

La condición era que Lloyd debía vivir la mayor parte del tiempo en Villa Jessamine. Así se llamaba la casa. El tío Francis, un soltero de cincuenta años que también había hecho cierta fortuna como propietario de dos casinos en Londres, no acababa de entender por qué su madre había tomado aquella decisión. El testamento había sido secreto hasta su fallecimiento. A pesar de

que anhelaba quedarse con la casa, aceptó a regañadientes la última voluntad de Mildred, pero advirtió a su sobrino que tendría que cumplir con las condiciones de la abuela. Aquella casa requería que alguien viviera en ella. Era casi un ente vivo cubierto de enredaderas que morirían si no había vida en su interior. El deseo de Mildred era que Lloyd la ocupase con su futura esposa y que en sus jardines volvieran a escucharse risas infantiles.

Francis sí era *gay*. Esto sí lo especificaba el informe. Y era relevante porque de ahí podía deducirse el motivo por el que la abuela no le había cedido la casa a él, a favor de su nieto: porque Francis jamás tendría descendencia. El linaje de los Cooper moriría con él. Aquella señora adoraba su mansión y no quería morir sin estar segura de que Villa Jessamine quedaba en buenas manos: las de su adorado nieto.

—¡Vaya con la abuela Mildred! —exclamó Emma en voz alta. Tenía costumbre de hablar con su gato a todas horas. Se levantó para servirse una taza de café y al acercarse a la cocina se dio cuenta de que el móvil parpadeaba.

Tenía un nuevo mensaje de Mateo:

¿Hola?

Apagó el teléfono y lo guardó en el bolso. Ni siquiera pensaba mosquearse con aquel arrebato infantil. Mateo no soportaba que pasaran de su cara, y ella ya no tenía más tiempo para aquella historia sin sentido. Volvió al sofá con el café y siguió leyendo la historia del caso Cooper. La verdad es que estaba muy bien redactado. Por momentos era como estar leyendo una historia victoriana. Saltó rápidamente hasta el final del informe. Era obra de una tal Vicky Stewart, una de las investigadoras de Blayfold en Londres, quien probablemente se había encargado de recopilar toda aquella información de base. La conocía de algún caso anterior. Allí estaba su teléfono de contacto y su email. Tal vez lo necesitaría más adelante. Emma siguió leyendo. A continuación venía lo más interesante del caso.

La cuestión era que el tío Francis, visiblemente molesto por la inesperada decisión de Mildred, había decidido no perder de vista a su sobrino y obligarlo de algún modo a que cumpliera escrupulosamente la voluntad de la

abuela. Debía pasar la mayor parte de su tiempo en Villa Jessamine. La mansión era suya, sí, pero solo si vivía en ella y formaba una familia, con descendencia incluida, que pudiera cuidar de la casa en un futuro. No podía venderla. Bajo ningún concepto.

Visto así, y sin conocer a Lloyd, a Emma le pareció que aquella era una herencia muy envenenada. Poco menos que una forma de esclavitud. El chico trabajaba como *freelance* para un fondo de inversión en la City londinense y vivía en un apartamento alquilado al este de la ciudad, en Hackney. Le gustaba pasar algunos fines de semana en Wiltshire, sí. A veces iba por allí con sus amigos y su trabajo le permitía la opción de trabajar de forma remota. No tenía que pasar nueve horas diarias en una oficina. *¡Vaya, como yo a partir de ahora!* Emma se rio con su propia ocurrencia.

Desde hacía unos tres meses, los viajes de Lloyd a Barcelona eran constantes, y el tío Francis deseaba confirmar las apariencias: que su sobrino ya no vivía en Inglaterra y que no se estaba ocupando de Villa Jessamine y que, por tanto, habría alguna posibilidad de luchar legalmente por la mansión. Porque él sí que estaba dispuesto a vivir en ella.

Al parecer Lloyd le había ofrecido justamente eso: instalarse allí si lo deseaba y cuidar de la propiedad como Mildred deseaba. La abuela tan solo quería que aquellas paredes no quedasen vacías. Pero Francis no se conformaba con eso. No le era suficiente. Él quería convertirse en el administrador único de la propiedad. Y Lloyd no iba a ceder en eso. Por supuesto que no. Sería un idiota si no aceptara aquel valioso regalo de la abuela, a pesar de la letra pequeña.

En este punto era exactamente cuando Francis había contratado los servicios de Blayfold. Quería saber qué estaba haciendo su sobrino en España. Al parecer, Vicky Stewart tenía un volumen de trabajo considerable, además de un hijo de solo un año, que no le permitía en aquel momento viajar a Barcelona para averiguar por qué Lloyd pasaba allí tanto tiempo.

En las últimas páginas del excelente informe de Vicky había una serie de datos específicos que facilitarían mucho el trabajo de Emma, en concreto, la dirección exacta del sitio donde se estaba alojando Lloyd cuando venía. Era un piso céntrico, en el barrio de Sant Antoni. De hecho, bastante cerca de donde Emma vivía, así que todo parecía bastante fácil. En el *briefing* del final se detallaban los requerimientos de Blayfold. Emma debía averiguar qué hacía allí Lloyd, en qué ocupaba su tiempo y si tenía intención de fijar allí su residencia de forma permanente. Debía redactar un informe a la mayor

brevidad posible, ya que Francis quería empezar ya a mover a sus abogados, y enviárselo directamente a Vicky, previo paso por la mesa de Monterde.

Emma cerró la carpeta y suspiró con fuerza. Aquella era una recomendación de su profesora de yoga. Le había aconsejado que nunca reprimiera un suspiro, que lo hiciera tan a menudo como su cuerpo lo pidiese. La detective se lo había tomado al pie de la letra y ya no se cortaba ni un pelo en suspirar con fuerza a todas horas, ya fuera en la oficina o en el supermercado. Sus compañeros de trabajo alucinaban.

Estaba feliz por tener el caso Cooper entre manos. Era muy interesante. El informe de Vicky era excepcional. En realidad tenían un estilo de redacción muy parecido, y a pesar de que Monterde le había llamado la atención en algunas ocasiones por tener un “estilo demasiado novelesco que a veces se iba por las ramas”, ambas procuraban describir los casos y los indicios de manera concisa y absorbente. Se notaba a leguas que la investigadora de Blayfold también adoraba su trabajo.

Emma consultó el reloj. Eran ya casi las seis de la tarde, momento en que, “oficialmente”, solía acabar su jornada. Se levantó para buscar el móvil en su bolso. Tras meditarlo unos segundos, desplazó aquel insulso “¿HOLA?” de Mateo fuera de la pantalla, con cuidado de no abrirlo y que ese gesto le diera a él la confirmación de que lo había recibido. *Que le den*, pensó.

En aquel momento, un nombre conocido —y que, además, adoraba— parpadeó en la pantalla. Priscila la llamaba. Aquel día iba mejorando a medida que pasaban las horas.

CAPÍTULO 5

Daba igual que pasaran semanas, incluso meses, sin verse. Seguía considerándola su mejor amiga, aunque en secreto. Asociaba aquel concepto con la adolescencia, cuando todos teníamos una mejor amiga. Pasada la treintena, puede que siga siendo así, pero somos más cautelosos a la hora de proclamarlo a los cuatro vientos para que alguna tercera persona, en su caso Lara, que en la actualidad vivía en Roma, no se molestara.

A pesar de que el éxito de Priscila como artista impedía que se vieran tan a menudo como antes, Emma se sentía muy orgullosa de su amiga. Había logrado su sueño en un tiempo record: convertirse en una pintora de éxito, una artista plástica formidable que exponía en galerías de toda Europa. Pero no había sido una cuestión de suerte. Sabía perfectamente la cantidad de horas que Prisc dedicaba a su arte: un mínimo de diez diarias encerrada en su estudio del barrio de Gracia, aferrada a sus pinceles.

Intentaban verse sí o sí al menos una o dos veces al mes, a pesar de que el trabajo las absorbía a ambas. *Qué triste hacerse mayor*, comentaban. Su amiga ahora vivía en un momento dorado, estaba muy feliz y por eso precisamente era un gozo pasar tiempo a su lado. La vibración de Priscila era altísima y, además, su buena energía era contagiosa. Tenía una relación estable y tranquila con el músico Matt McAllen desde hacía unos años, después de unos inicios algo turbulentos, todo sea dicho.

A Emma le gustaba ir a visitarla a su estudio al final del día, de vez en cuando, y disfrutar las dos de una cena, como antes. Lara ya no estaba por allí, pero a veces le hacían una videollamada para decirle que la echaban de menos.

Aquella tarde Priscila la llamaba para contarle que había terminado su última serie de cuadros y que Matt estaba en Berlín, grabando algunas canciones en el estudio de su sello. Le aseguró que por primera vez en semanas tendría el resto de la tarde libre.

—Salgamos esta noche a emborracharnos, amiga —exclamó Priscila al otro lado de la línea—. ¡Como si no hubiera un mañana!

Emma soltó una carcajada.

—Tía, flipas. No todos somos artistas sin horarios, ¿sabes? Tengo mucho trabajo. Precisamente hoy me ha caído un caso nuevo entre las manos. Y déjame decirte que esta vez me toca convertirme en la sombra de un joven *lord* británico que, no solo está buenísimo, sino que se ha instalado a apenas tres manzanas de mi casa.

—¡Anda ya! No aguanto tus historias.

—¡Te juro que es todo verdad!

—Perfecto. Pues vístete y nos vemos un rato en el pub Sterling. Y me cuentas todos los detalles.

Era un plan al que no podría resistirse y la muy capulla de Priscila lo sabía perfectamente. Emma adoraba aquel bar. Durante mucho tiempo había sido como su segunda casa. Era un tugurio oscuro con camareros simpáticos y guapos, mini-conciertos en directo y, para colmo, servían los gintonics en copa-balón. Hacía mucho tiempo que no quedaban en el Sterling. Era uno de esos sitios donde siempre iban las dos juntas y a Emma le resultaría rarísimo presentarse allí con alguien que no fuera Priscila.

—¡Va! Siempre te sales con la tuya. ¿Nos vemos allí a las ocho?

Su amiga se rio.

—No he tenido que insistirte mucho...

—¡Pero solo una copa!

—Dos como mucho.

—Y luego vamos a comer algo. No puedo tener resaca...

Avisaba por si acaso. Las artistas como Priscila, al menos desde que había dado el salto y había dejado definitivamente su trabajo en el departamento de marketing de una agencia de viajes, vivían sin horarios. Su amiga podía pasarse dieciséis horas seguidas trabajando en un cuadro sin acordarse siquiera de que debía parar para comer algo. Tampoco hacía mucha distinción entre los días de la semana, y a menudo no sabía con exactitud en qué día vivía. Era una convención que le era bastante indiferente. Por eso no le sorprendió que le propusiera ir de copas un martes y a pesar de que solía aceptar encantada, tenía que andarse con cuidado para llegar a la oficina lo menos perjudicada posible al día siguiente.

Se cambió en diez minutos. Escogió una falda *evasé* corta de color azul marino con topos blancos y una colorida camisa que combinaba verde, naranja y azul oscuro. Se recogió el pelo rubio en una coleta alta y se maquilló ligeramente los ojos y labios. Se detuvo en el espejo. Lo cierto era que no aparentaba ni de lejos la edad que tenía, y bien podría pasar aún por una estudiante veinteañera. Esto era algo que parecía preocupar a su madre, que la miraba con un gesto de disgusto cuando la veía aparecer con una minifalda o unas deportivas con plataforma. Pero lo cierto era que durante la semana Emma ya vestía de la forma más neutra posible —e incluso aburrida— debido a su trabajo. Cada vez que salía a hacer un seguimiento tenía que poner un cuidado extra en no utilizar prendas llamativas que pudieran ponerla en un compromiso. ¡Qué demonios! ¡Si solo le faltaba la gabardina del Inspector Gadget de Feli! Ya le daba problemas a veces su larga melena rubia. Por eso cuando salía con Pris se permitía cierto colorido en su estilismo.

Se acercó de nuevo al sofá y echó un último vistazo al informe de Blayfold y, en especial, a la foto de Lloyd Cooper. ¡Maldita sea! Era demasiado atractivo. ¿Por qué no podía encontrarse con alguien así fuera de su trabajo? Vivía en una ciudad relativamente grande y no podía recordar la última vez que vio a un chico tan guapo, y con una mirada azul tan limpia. De hecho, nada en esos ojos podría hacer sospechar los turbios problemas familiares en que se hallaban envueltos los Cooper. Guardó la foto en el bolso.

Después, Emma cogió su ordenador y buscó en Google Maps las coordenadas exactas del lugar en el que se alojaba Lloyd. Conocía muy bien la zona. Empezaría al día siguiente a hacer su consabido e infalible seguimiento y para ella era una especie de tradición rastrear la primera dirección que indica su informe. Sabía muy bien qué buscaba y allí estaba, ¡bingo! Una cafetería justo delante del edificio de Lloyd donde poder desayunar tranquilamente mientras acechaba a su presa.

Ya eres mío, Mister Cooper, pensó.

El Sterling era uno de esos pocos bares de la ciudad donde a Emma no le importaba esperar sola en la barra el rato que fuera necesario. Allí estaba Rafa, un simpático camarero asturiano para darle la conversación que ella quisiera. A pesar de su evidente pericia preparando cócteles, la detective nunca había caído en sus redes. Y no era porque él no lo hubiese intentado.

Simplemente no era su tipo. Lo que sí tenía que reconocer es que era un barman formidable. Un auténtico profesional. ¿Sabéis cuando de vez en cuando vais a un bar y uno de los camareros es auténtico? No un estudiante que necesita sacarse un dinero extra ni alguien que ha acabado ahí por casualidad. A Rafa le encantaba su trabajo. Y sabía exactamente cuál era la copa favorita de Emma a pesar de que hacía más de dos meses que no ponía un pie en el Sterling.

—Me tienes abandonado, guapa —le dijo nada más verla—. ¿Un gin?

—¡Tú lo has dicho!

—¿Hoy vienes sola? ¿Vienes a verme a mí?

Se rio. Aquellos chascarrillos facilones le parecerían insoportables en cualquier otra situación. La verdad es que solo se los toleraba a Rafa. Y él solo bromeaba con ella porque sabía que no se lo tomaba en serio.

—¡Sigue soñando, Rafa!

—Solo espero que no tengas una cita delante de mi cara...Me romperías el corazón.

Priscila no era especialmente impuntual, pero aquel día se retrasó unos quince minutos; así que la detective decidió adelantarse y empezar a saborear un gin-tonic tan pronto como plantó el bolso bajo el colgador que había delante del taburete. Una vez allí, tenía que reconocer que había sido una idea magnífica salir a tomar algo. Quería pensar un poco y aunque le gustaba estar en casa, nada como dar una vuelta para aclarar las ideas.

Sentía que tenía que tomar ya una decisión en firme respecto a Mateo. Cortar por lo sano. Aquellos mensajes en el fondo no significaban nada. Eran solo un burdo anzuelo para reclamar su atención. Sí, tal vez se disculparía y la invitase a cenar para hacerle ver que las cosas podían ser de otra manera, pero sería cuestión de días que volviese a las andadas: a desaparecer durante días, incluso semanas, a llamarla a medianoche con la intención de presentarse en su casa, a asegurarle que la llamaría a una hora determinada para luego no dar señales de vida...Puras migajas que en el pasado ella había masticado y saboreado como si fueran los bizcochos de calabaza de su abuela. Pero no, todo aquello se había acabado. Se sentía lo bastante fuerte como para no sucumbir de nuevo y decir basta a todo eso.

Seguiría ignorándolo hasta que se diera por vencido y, si se ponía muy pesado, simplemente lo bloquearía. Al fin y al cabo ya habían tenido aquella

conversación muchas veces. No le apetecía repetirse. En cierto modo ya le aburría. Sí, exacto, Mateo había conseguido aburrirla con aquel rollo pasivo e inoperante. Y hacía tiempo que Emma necesitaba algo de acción...

Estaba tan ensimismada mordisqueando la pajita del gin que casi se cae del taburete cuando unos brazos firmes la rodearon por la cintura y la abrazaron, incluso levantándola unos centímetros. Solo esperaba que no fuese ningún capullo borracho, porque se llevaría un buen puñetazo. Pero no, allí estaba Priscila, tan exultante como siempre.

—¿Llevas mucho rato esperándome?

—¡Maldita! Me has dado un susto de muerte.

Se sentó a su lado y en solo media hora ya se habían puesto al día de las últimas novedades. Lo cierto es que aunque no se veían tan a menudo como antes, se mantenían informadas de todo lo que acontecía en sus vidas a través de audios de *whatsapp* que, en especial Pris, enviaba a horas intempestivas debido a sus horarios de artista plástica.

Informó brevemente a Priscila de su decisión de darle puerta a Mateo, cerrar con llave y tirarla a un pozo. Ambas habían discutido y analizado el tema hasta la saciedad y lo curioso es que siempre habían estado de acuerdo, a pesar de que a Emma le costaba aceptarlo. Aquel tío era un cantamañanas que no le convenía y que nunca iba a cambiar, y que si aceptaba estar con ella sería solo hasta que encontrase a la mujer por la que sentaría definitivamente la cabeza.

Priscila levantó la copa.

—Por tu libertad. ¡Al fin!

—¡Por la libertad! Bueno, ¿y tú? ¿Qué tal todo con McAllen?

Pris soltó un suspiro. Los ojos no habían dejado de brillarle ni un instante desde hacía dos años.

—¡Bien! La convivencia genial. Ninguna queja, la verdad. Me deja mucho espacio para trabajar en los cuadros y cenamos juntos casi todas las noches — meditó unos segundos antes de seguir hablando—. Después de todo lo que sucedió, de lo que pasó con Catriona, de la inseguridad que llegué a sentir... la verdad es que lo mejor que pude hacer es centrarme en la pintura.

Priscila sonrió de nuevo. Iba a preguntarle qué tal iba todo en la agencia de detectives cuando Rafa las interrumpió un segundo.

—Disculpad, chicas. ¿Queréis tomar algo más?

—¿Qué pasa, ya quieres echarnos? —preguntó Pris.

El camarero se rio. Bajó la voz y se inclinó un poco sobre la barra.

—Nada de eso...Mal que me pese, aquellos dos tipos de la mesa del fondo os invitan a una segunda ronda.

Las chicas se rieron. Hacía tanto tiempo que aquello no les sucedía...

—¡Oh, venga ya! —contestó Priscila—. ¿Son extranjeros? ¡Es imposible que sean de aquí! Eso ya no se estila.

Emma soltó una carcajada y, como no, aceptaron la segunda —y última, según le hizo prometer a Priscila— ronda de gins. Cogieron las copas y, de la manera más teatral posible (el alcohol había empezado a hacer mella) las levantaron hacia la mesa donde estaban los dos chicos, uno enfrente del otro. Fue entonces cuando la detective casi se cayó del taburete de la impresión. El que estaba de espaldas, y que justo en aquel momento se había girado para saludarlas, no era otro que lord Cooper.

El mismísimo Lloyd Cooper las acababa de invitar a una copa.

CAPÍTULO 6

No cabía ninguna duda. Allí estaba él, con su sonrisa limpia y unos ojos azules que refulgían incluso en el ambiente oscuro y la iluminación tenue del Sterling. En cuanto vio que las chicas lo observaban, se levantó y, dejando a su amigo sentado en la mesa, se acercó a ellas. O más bien, a ella. Lloyd tenía los ojos puestos en Emma desde que había entrado. A pesar de estar sentado de espaldas a ellas, la había visto a través de uno de los espejos, así que ella no se pudo dar cuenta de su presencia hasta que él se levantó.

—Gracias por la copa —reaccionó rápidamente Priscila—. La aceptamos porque es la segunda.

—Y última —apostilló Emma, bajando la mirada—. Es martes...pero, gracias.

Dios, era más atractivo de lo que se desprendía de la foto que acompañaba el informe. Y más alto de lo que pensaba. ¿Cuánto podía medir? ¿Uno ochenta y cinco? Él les sonrió y sacó a relucir su exquisito acento británico:

—Os invitaría a sentaros con nosotros, pero no os quiero molestar. Veo muy a menudo a mi amigo y ya no tenemos demasiado que contarnos. ¿Estaréis un rato más por aquí? ¿Cuál es vuestro nombre?

Priscila, observando el bloqueo de su amiga, tomó rápidamente la palabra y las presentó.

—Bueno —añadió—. Al menos ahora nos quedaremos hasta terminar este gin. Gracias de nuevo...

—Lloyd —dijo él.

—Gracias, Lloyd.

Antes de regresar a su mesa, Lloyd lanzó una nueva mirada a Emma que no dejaba lugar a demasiadas dudas. Le había llamado la atención poderosamente, y el motivo por el que la detective se había bloqueado no era solo su irresistible atractivo. Su suspicacia se disparó y todas sus alarmas se encendieron. ¿Sabría él, de alguna manera, que ella era la investigadora a la que habían encargado su caso? De repente todo se había convertido en un

peleado problema. Y le costaba reconocerlo. No era solo porque había entrado en contacto (fortuito, todo sea dicho), con el sujeto de su investigación, sino porque era un hombre mucho más guapo de lo que esperaba. Y se encontraba en un momento bastante vulnerable.

Emma acercó un poco el taburete al de Priscila y la puso al corriente de la situación. Le explicó quién era Lloyd Cooper y, sin dar demasiados detalles sobre su caso personal, le contó que debía hacer un seguimiento en los próximos días para documentar exactamente qué estaba haciendo en la ciudad.

Priscila alucinó, pero no vio exactamente dónde estaba el problema.

—Le has gustado. Obvio. Y él a ti. ¿Tú te has visto cuando se ha acercado? Te has puesto como un tomate. No sé si él se habrá percatado y las luces de este tugurio lo disimulan bastante, pero yo soy una experta en color y no se me escapan ese tipo de detalles, querida.

Emma digirió la sentencia de su amiga. No se iba a molestar ni siquiera en negarlo, porque había dado en el clavo.

—Pues es un problemón. Y un conflicto para los próximos días. Voy a tener que montar guardia en la puerta de su casa para documentar sus horarios y probablemente seguirlo, y si me ve y me reconoce, eso no me ayuda...

—Eres muy complicada, Emmita. ¿Por qué no lo ves de otra manera? Te ha invitado a una copa, le gustas. Y él a ti. Lígatelo y tendrás acceso a sus horarios y tal vez incluso a sus secretos de familia. Eso te facilitará mucho el trabajo. *Win-win*, ¿no?

—Nos ha invitado a las dos, ¿te lo recuerdo?

Priscila se rio.

—Claro, porque enviarte un gin-tónico solo a ti hubiera quedado súper bien. Muy caballeroso.

Se rieron.

Priscila podía tener razón, entrar en contacto con el sujeto de su investigación (dios, ¡tenía que dejar de referirse a él de esa forma!) podría ayudar a resolver el caso más rápido. Pero nunca lo había hecho. Jamás había sido necesario. Emma era muy escrupulosa aplicando los métodos que le había enseñado Feli y mantenerse al margen, no implicarse más allá de lo profesional, era la manera más adecuada de afrontar su trabajo, ya peculiar de por sí. Pero después de tenerlo a dos palmos de distancia, tenía que reconocer que sí querría implicarse con Lloyd. ¡Vaya si le gustaría implicarse! Pero sabía que no lo haría, por mucho que él hubiera manifestado cierto interés.

Estaba pensando en todo ello, creándose uno de sus fascinantes embrollos

mentales y mordisqueando la pajita del gin-tonic, cuando despertó con un leve chasquido de dedos de Priscila. Estaba completamente ensimismada, entretenida con su nueva fantasía y mirando a Lloyd a través del espejo. La detective profesional que vivía dentro de su cabecita durante al menos ocho horas al día hizo acto de presencia.

—Tú riéte. Pero esto es un problema. Voy a tener que apostarme mañana por la mañana en la cafetería que hay delante de su casa para ver qué hace durante el día, y si me ve va a ser un movidón. Se supone que no podemos interactuar, ¿sabes?

—¿Eso no es un poco antiguo?

—Se llama metodología. Y me ha funcionado bastante bien durante todos estos años.

—Yo solo digo que ese chico puede ser una oportunidad de oro para olvidarte de una vez de ese imbécil de Mateo. Además, no puedo dejar de recomendarte a un inglés, ¿qué voy a decirte yo?

Pris se rio de nuevo.

—Si McAllen te oyera llamarle “inglés” te asesinaba.

—¡Lo sé!

—De todas formas, no significa gran cosa, ¿no crees? Nos ha invitado una copa y se ha presentado. Nada más. Y sí, nos ha invitado a sentarnos con ellos, pero de entrada podría haber hecho una apuesta con su colega por puro aburrimiento.

—Qué retorcida eres, tía.

—Piensa mal y acertarás.

—Tengo una idea mejor, ¿por qué no nos sentamos con ellos? A las malas te contará todo lo que necesitas saber para redactar tu informe y podrás pasarte el resto de la semana a la bartola con tu gato ignorando los mensajes de Mateo.

Emma negó con la cabeza. Ni de coña.

—¡No funciona así! No basta con que él me lo cuente. Tengo que hacer comprobaciones, ¿sabes?

—¡Pero si tú eres un hacha con los ordenadores! Ya sabemos que con una hora de Internet por delante eres capaz hasta de descubrir la última vez que se depiló las cejas.

Se rieron. Era una especie de broma privada entre ellas. A Priscila le encantaba observar las cejas de los hombres. Era una especie de obsesión suya. Le gustaba intuir cuándo eran naturales o si alguna vez “se las

arreglaban”. En los últimos años se controlaba bastante, pero Lara y Emma habían pasado cierta vergüenza en varias ocasiones al observar cómo Priscila preguntaba abiertamente a los chicos si se habían retocado o no las cejas. En muchas ocasiones, de hecho, nada más conocerlos.

—Yo creo que sus cejas son cien por cien naturales —dijo Emma.

—Es bastante rubio. Probablemente no tenga mucho pelo en el pecho. Y sé que eso a ti no te gusta.

—Cierto, me gusta que haya un poco de pelo, si no sería como dormir con un delfín. Ya sabes...

Priscila explotó con una carcajada que hizo que los chicos se giraran de nuevo para mirarlas.

—¡Calla! No quiero llamar más su atención.

—¿Es que no te das cuenta, Emma, de que da exactamente igual lo que hagamos? Él ya se ha fijado en ti. Puedes maniobrar todo lo que quieras, ignorarlo, plantarte delante de su casa a montar guardia, petarle su correo electrónico (algo que, si no recuerdo mal, se te da bastante bien), esconderte en uno de sus armarios. Da lo mismo. He visto cómo te ha mirado. Y cómo le has mirado tú a él.

No se quedaron allí mucho más rato. La perspectiva de ir a cenar se desvaneció. Era algo muy común a medida que se hacían mayores y se citaban para salir a “darlo todo”. Emma y Priscila decidieron que era hora de plegar velas, volver a casa, comer algo y dormir para poder rendir al día siguiente. Lo de emborracharse y vagar un poco a la aventura por las calles del Barrio Gótico había sonado muy bien durante sus años post-universitarios, pero en la actualidad la perspectiva de gato-sofá-Netflix solía ganar muchos más puntos. En el caso de Priscila podría sustituirse el gato por los brazos de Matt, su chico. Y Emma a veces echaba mano de la opción Mateo si quería dormir acompañada en un momento dado, pero aquel comodín ya estaba desterrado. No se había olvidado de él, y seguía sintiéndose incómoda por no contestar sus mensajes, pero su salud mental ya empezaba a notar los beneficios de aquella decisión. Si Mateo no era capaz de desaparecer de su vida, tenía que hacerlo ella. Era lo mejor para los dos y, en concreto, para la propia Emma.

Se despidió de Priscila en la puerta del Sterling. Abrazó a su amiga y le hizo prometer que no pasarían dos meses hasta que volvieran a encontrarse.

—Ya sabes que puedes pasar a verme por el estudio cuando quieras —le

dijo Pris —. Vivo ahí, prácticamente.

Iban en direcciones opuestas. Dentro del bar su razón cobró peso y no se acercaron a Lloyd y su amigo. De verdad que no quería entorpecer su trabajo aquella semana, y conocerlo a un nivel más personal podría traerle problemas, a pesar de que en un primer momento pudiera arrojar más luz sobre su investigación. Pero estaba convencida de que a la larga se la dificultaría. Además, lo mejor era resolver el caso, entregar su informe a Monterde y, quién sabe, tal vez cuando el caso Cooper se aclarase podrían encontrarse de nuevo.

A pesar de la época del año, ya entrado el otoño, el aire de la ciudad era cálido y, como era habitual, bastante húmedo. A Emma le encantaba pasear por el Barrio Gótico por la noche, perderse por sus calles semivacías, a veces incluso algo malolientes y no demasiado iluminadas. Y algunas le producían bastante respeto. Por allí pululaban a veces ladrones de poca monta que podrían darle un susto. Serpenteó por las callejuelas hasta llegar a la Rambla y entonces notó que un brazo la sujetaba. El corazón le dio un vuelco y lo primero en lo que pensó fue en su teléfono móvil. En los mensajes de Mateo que no había contestado y en que si le robaban el bolso, donde había guardado el teléfono en lugar de en el bolsillo de su chaqueta, él no podría localizarla, tal vez en unos días. Y en la foto de Lloyd que había puesto allí. ¿Cómo se le había ocurrido tal cosa, en lugar de dejarla dentro del informe? Sí, claro, qué tonta. Había pensado en enseñársela a Priscila. No había hecho falta.

Estuvo a punto de gritar. Se giró con temor para ver quién había interrumpido su paseo.

Allí estaba Lloyd Cooper, con cara de circunstancias, sabiendo a ciencia cierta que aquella no era la mejor manera de llamar la atención de una chica en mitad de la noche.

—¡Discúlpame! No quería asustarte.

—¿Sabes que por aquí roban bolsos de vez en cuando, no?

Él se rio.

—¡Perdóname! Es que...os habéis marchado sin despediros.

Un atisbo de culpabilidad se asomó. Se sintió maligna, la verdad. Eso por un lado, por otro, no le debía nada.

—Es cierto.

Levantó la mirada para conectar con la suya, con sus ojos azules. Las rodillas le temblaron. Emma observó la curva de su cuello. Aquel era un lugar en el que le encantaría guarecerse aquella noche.

—¿Quieres dar un paseo? —le preguntó él.

La investigación, pensó Emma. *No la lées, Emmita.*

—Tengo que irme ya a casa...

—Claro, ¿te esperan?

Me espera mi gato, pensó ella.

—Sí.

—Entonces, supongo que estaría completamente fuera de lugar que te pida tu número de teléfono y nos viéramos otro día, ¿no?

Emma abrió la boca para confirmarle su suposición.

Todo pasó en décimas de segundos. Y no, no fue precisamente el choque de los labios de ambos. Si él se hubiera acercado a su boca lo hubiera acogido con infinito gusto, pero justo en el momento en que el silencio se hacía cómplice entre ellos, Emma notó un tirón firme y rápido en su brazo derecho. Y al instante siguiente se dio cuenta de su bolso ya no estaba en su hombro. Una sombra había pasado tras ella y se lo había arrebatado de un tirón.

CAPÍTULO 7

Ambos se quedaron petrificados, aunque Lloyd despertó de su estupefacción unos segundos antes que Emma y salió corriendo detrás del ladrón a toda velocidad. Ella se quedó estupefacta, sin saber qué hacer. Lo único que se le ocurrió fue mirar sus zapatos, totalmente inadecuados para emprender una carrera detrás de nadie. Eran unas deportivas preciosas, pero tenían algo de plataforma y correría serio peligro de hacerse una torcedura. *¡Qué gran mierda!*, pensó. Y todo aquello delante del mismísimo Lloyd Cooper, que no había dudado en salir corriendo y tratar de hacerse el héroe.

El ladrón y su perseguidor se habían perdido al fondo de la calle. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Empezar a caminar para ver si lo localizaba? ¿Esperar como un pasmarote donde él la había dejado? ¡Se sentía absolutamente ridícula! Sus labios empezaron a temblar y aquello solo podía significar que se avecinaba un desconsolado llanto. Lo reprimió. No quería que Lloyd la viera llorando, y allí regresaba él de nuevo, desgraciadamente con las manos vacías.

El chico se acercó a ella corriendo.

—¡Emma! ¡Lo siento muchísimo! Se ha metido por un callejón, o se ha colado en algún portal y no lo he encontrado. Joder, ¡no sabes cuanto lo siento! Si yo no te hubiera entretenido esto no habría pasado...

Respiró profundamente y en ese preciso instante le vino a la mente el momento exacto en que había guardado algunas cosas en el bolso antes de salir de casa: llaves, monedero, un neceser con algo de maquillaje, teléfono, una miniagenda sin la que no sabía vivir, y, ¡oh, dios, la maldita foto! Imaginó el absoluto desastre que habría sido si Lloyd hubiese alcanzado al caco, le hubiera arrebatado el bolso, el contenido hubiera salido disparado por los aires con la foto incluida, y casi se alegró de que el tipo se hubiera esfumado con su botín.

Estaba casi respirando aliviada, con la mirada perdida, cuando notó las manos de él, grandes y suaves, apretando levemente sus codos.

—¡Emma! ¿Estás bien? ¿Llevabas algo importante en el bolso?

La detective volvió a la realidad. Consideró por unos instantes soltar un buen llanto y hundir la cara en su cuello. Dejarse abrazar por él, pero recuperó la compostura enseguida.

—No, no...Lo típico, llaves de casa, monedero, teléfono...poco más.

—¿Llevabas algún documento importante?

Pensó en la foto.

—Solo el DNI...

—Tenemos que ir a la comisaría a denunciar el robo. Vamos, te acompaño. Esta muy cerca y abren toda la noche.

No, no. Emma conocía muy bien ese tipo de trámites. Podía hacerlo al día siguiente sin problema. Ahora solo le preocupaba solucionar lo más farragoso: cancelar las tarjetas de crédito y conseguir entrar de nuevo en casa. *¡Qué gran mierda!*, pensó otra vez.

Observó el gesto de preocupación de Lloyd.

—Oye, no te preocupes, son cosas que pasan. Iré mañana a poner la denuncia. Ahora no podemos hacer gran cosa...Gracias por salir corriendo detrás del tipo.

—Siento no haberlo atrapado. He estado a punto...

Él sacó su teléfono del bolsillo y se lo entregó.

—Si te esperan en casa, deberías avisar para que te abran, ¿no? De todas formas, te acompañaré.

Emma miró el teléfono y parpadeó. Él ya había pasado el dedo por la pantalla para desactivar el código de acceso táctil pero, ¿a quién iba a llamar exactamente? Su madre tenía una copia de las llaves de casa, pero estaba de crucero con sus amigas. El segundo juego estaba en el cajón de su mesa en la agencia de detectives, pero allí no habría nadie a aquellas horas. Tendría que ir a buscarlas al día siguiente. Solo podía llamar a un cerrajero o...aceptar la ayuda que Lloyd quería prestarle a toda costa.

—Es mi gato —murmuró.

—¿Qué?

—Quien me espera. Es Mirko, mi gato.

Lloyd no pudo contener la risa.

—Ah, *okay*. Eso me deja más tranquilo.

—No conoces a Mirko. No le gusta que me ausente por la noche, ¿sabes? Cuando eso sucede, se enfurruña durante días?

—¿Enfurruña?

—Se enfada —Emma había olvidado por momentos que estaba hablando con un británico. Era tan poco frecuente que los ingleses hablaran tan bien castellano. Lloyd lo hablaba incluso mejor que McAllen, el chico de Emma.

—¿Es que piensas ausentarte esta noche?

—Bueno, no puedo entrar en casa, ¿no? —Emma le devolvió en su teléfono—. La verdad es que no recuerdo ningún número. No puedo llamar a nadie ahora mismo.

—¿Tu madre o algo así?

—Está de viaje.

—De acuerdo. De todas formas deberías anular tus tarjetas de crédito y la SIM de tu teléfono, por si acaso. ¿No tendrías un iPhone por casualidad?

—¿Por qué?

—Bueno, son bastante caros...

—Ah, no, no. No tengo teléfonos caros. Renuncié a ellos después de perder el tercero.

En un par de minutos todo el asunto de las tarjetas estaba solucionado. Aquello solo añadiría más burocracia para los próximos días. Observó a Lloyd mientras hablaba por teléfono con las operadoras. No parecía dispuesto bajo ningún concepto a dejarla a la intemperie sin sus cosas y sin llaves de casa. Pensó rápidamente en alguna solución. Podría acercarse a casa de Feli, pedirle la llave de la oficina y acudir allí directamente para recoger la copia. Pero descartó esa opción. Él insistiría en acompañarla y no podía permitir que supiera dónde trabajaba y sobre todo a qué se dedicaba.

La idea de llamar a un cerrajero tampoco la convencía demasiado. Odiaba con todas sus fuerzas la idea de pagar un pastón por ver cómo abrían la puerta de su casa con una radiografía. Así que realmente solo le quedaba aceptar su ayuda. Y, la verdad, el gato se las apañaba muy bien solo.

—Tengo una copia de las llaves de casa en la oficina, pero hasta mañana no hay nadie allí...La verdad es que no me apetece llamar a un cerrajero.

Lloyd sonrió. No hacía falta decir mucho más.

—No sé si esto es apropiado, pero puedes quedarte en mi casa si quieres, y mañana a primera hora coges las llaves. Me comportaré como un caballero, por supuesto, pero...no sé... tengo un sofá muy cómodo, y podemos comer algo de camino a casa.

Las ganas de llorar irrumpieron de nuevo en su garganta. Se sentía desamparada y desprotegida. No tenía ningún problema en aceptar la ayuda de Lloyd Cooper y sí, tenía razón, en una pequeñísima parte había sido culpa suya

que le robaran el bolso. Si no la hubiese entretenido nada de aquello habría pasado. *Y tampoco tendría la oportunidad de pasar unas horas en su compañía*, pensó Emma. Asintió resignada.

Empezaron a caminar para atravesar la parte baja de las Ramblas.

—Vivo en la calle Viladomat —le dijo él—. Conozco un sitio mejicano que tienen unos tacos espectaculares. Está cerca, de camino a casa. Va, ánimo Emma, te invito a cenar. Lo bueno de todo esto es que nos hemos encontrado, ¿no?

Lo bueno y lo malo. La detective debía olvidarse ya del posible desastre que se avecinaba. Ya no podía preocuparse de no acercarse más a Lloyd porque ello afectaría a su trabajo, porque había sido él quien había salvado aquella distancia. Por otra parte, agradeció infinitamente la disposición de él a ayudarla, a no dejarla tirada. Y no podía ser de otra manera. De repente la idea de Priscila, de acercarse a él de una forma más íntima para solventar el caso y pasar rápidamente a otra cosa no le pareció tan desacertada. Podía utilizar aquellas horas en su compañía para averiguar qué estaba haciendo Lloyd en la ciudad, por qué no quería hacerse cargo de la propiedad de su abuela Mildred. Redactaría su informe y se esforzaría por olvidarse de todo aquello. Y quién sabe, tal vez entonces, despejado aquel asunto de trabajo, podía ser cien por cien libre para acercarse a él a otro nivel.

—Y dime Emma, ¿a qué te dedicas?

Era una pregunta esperada y de lo más común, y sin embargo, y sobre todo en aquella situación, Emma sabía perfectamente que no podía decirle la verdad. Y se sintió fatal por ello, porque a cada minuto que pasaba se sentía más cómoda a su lado y tener que mentirle la incomodaba. Pero siempre sería más fácil contestar cualquier cosa y luego, si la cosa iba a más, reconducir la situación. Había mucha gente en el mundo que no podía revelar a qué se dedicaba, ¿no?

—Soy secretaria —le dijo—. ¿Y tú?

—¿Secretaria? ¿De dirección?

—Exacto.

—¿Y qué tal es tu jefe?

Pensó en Feli, por algún motivo.

—Es una jefa...

—¡Oh, ya veo!

—¿Y tú qué haces?

—Trabajo para una entidad bancaria de la City, en Londres.

—Banquero...

Lloyd se rio.

—Suenas despiadado, lo sé... Soy asesor financiero, y trabajo para grandes cuentas.

—¿Y trabajas desde aquí? ¿Cuánto tiempo hace que vives en España?

En aquel momento les trajeron la comida y Emma se maldijo por haber pedido tacos. No solo le habían robado el bolso delante de Lloyd, ahora tendría que comer una masa de ingredientes embadurnados de guacamole y poner el máximo cuidado para no mancharse y que no rezumaran. A él, por su parte, no podría importarle menos el tema de la comida. Sin embargo, su sonrisa desapareció cuando ella incidió en el motivo por el que estaba en la ciudad.

—Estos tacos están deliciosos —dijo. Después meditó unos segundos y le ofreció una respuesta neutra. O, más bien, le contestó con otra pregunta para esquivar su curiosidad —. ¿Por qué crees que un inglés como yo querría pasar tiempo en Barcelona?

Ambos se rieron.

—El clima, por supuesto —dijo él, guiñándole un ojo.

—¿Vas a Londres a menudo?

—Sí. Para resolver todo lo que no puedo hacer a distancia.

Él parecía algo incómodo ante aquellas preguntas tan concretas, así que Emma decidió dejar el tema por el momento. Creía que cualquier opción romántica con Lloyd se había desmoronado después de lo sucedido cerca de la puerta del Sterling. Se sentía vulnerable y dependiente de su generosidad en aquel momento, y aquello no acababa de gustarle. Y el recuerdo de la foto de él dentro del bolso no se iba.

Terminaron de cenar y, al ver que él extendía la tarjeta de crédito sobre el mostrador, Emma entreabrió los labios y dijo prácticamente sin pensar.

—Primero una copa y luego la cena. Le debo mucho, míster Cooper. Voy a tener que recompensarte otro día.

Él le sonrió, pero después de teclear su número PIN en el datáfono que le dio el camarero la miró fijamente.

—Me has llamado *míster Cooper*.

Oh, oh. Mierda.

—Pero yo no te he dicho mi apellido en ningún momento, miss...Emma —
continuó—. ¿Acaso nos conocemos?

La detective se rio, ganando unos segundos preciosos para urdir alguna excusa. ¿Cómo podía ser tan patosa? ¿Y por qué estaba tan nerviosa? No era por la investigación. No, no lo era. Era muy capaz de hacer bien su trabajo, que en realidad había adelantado unas horas y para el que tendría que aplicar una nueva y peligrosa metodología. Era él. Él la ponía nerviosa con su sonrisa, y su acento.

—Es lo que pone en tu tarjeta, ¿no?

Ah, claro. La tarjeta que acabo de sacar para pagar, pensó él.

—Muy buena vista, sí señorita.

En realidad era imposible que, desde el sitio donde estaba sentada Emma, hubiera visto el nombre que ponía en la tarjeta de crédito de Lloyd, pues se la había extendido al camarero con la banda magnética hacia arriba. Él se dio cuenta en cuanto se la devolvió con el mismo gesto, pero decidió que, por el momento, ignoraría el motivo por el cual aquella chica sabía exactamente quién era el hombre que la había auxiliado tras el robo. Con nombre y apellido.

CAPÍTULO 8

Cuando salieron del restaurante Emma fue consciente de que le quedaban pocos minutos para tomar una decisión sobre el rumbo de los acontecimientos. Podía darle las gracias a Lloyd por acompañarla y por la cena, desearle buenas noches y decirle que no necesitaría su ayuda aquella noche. Después podría caminar hasta el apartamento de Priscila y Matt y contarles lo sucedido. Dormiría en su sofá y por la mañana podría regresar a la agencia, recoger la copia de las llaves de casa y poner la correspondiente denuncia. Todo eso le ayudaría a reestablecer la distancia que necesitaba para cumplir con su trabajo y hacer el seguimiento correcto a Lloyd que le habían encargado. Era así de fácil.

Entonces, ¿por qué había apagado su sentido común y sentía que no podía hacer otra cosa que seguir los pasos de él hasta su casa? Mientras escuchaba su animada cháchara, Emma se prometió algo a sí misma: pasara lo que pasara, no se permitiría caer en sus redes hasta que no hubiera resuelto el caso y entregado el pertinente informe a Monterde. Era absurdo negar lo evidente. Aquel chico le atraía. Demasiado. Lo había sabido desde el momento en que vio su imagen en la pantalla de la sala de reuniones. Y, aunque pareciera una broma del destino, era obvio que a él le estaba pasando algo parecido.

—Es ahí —le dijo él, cuando habían caminado unos cinco minutos por las calles ya desiertas del barrio de Sant Antoni. Realmente vivían muy cerca. O Lloyd se alojaba muy cerca. Él había sido bastante hermético a la hora de hablar de su casa. Con la poca información que le había proporcionado, aún no podía hacerse a la idea de si era un sitio permanente, o era un Airbnb o algo similar donde pasaba algunos días al mes. En realidad, la única forma de saberlo era acompañándolo.

Se detuvieron junto al último semáforo en rojo. Y a pesar de la decisión firme de Emma respecto a que no podía pasar nada entre ellos aquella noche, no pudo reprimirse.

Estaba a punto de subir a casa de alguien a quien no conocía. No era ninguna mojigata y no era la primera vez que aquello sucedía, pero tenía que

reconocer que con los años había desarrollado cierta aprensión respecto a subir a la guarida de un desconocido, por muy atractivo que fuera. Había hecho muchas estupideces durante la veintena. Tantas que, con frecuencia, cuando las recordaba, se preguntaba en qué demonios estaba pensando.

—Lloyd...

—¿Sí?

—Agradezco mucho tu ayuda...esto del bolso es un fastidio absoluto, y de verdad aprecio que me ofrezcas tu sofá esta noche pero...

Él se giró para mirarla. La luz del semáforo ya estaba en verde pero no podía acompañarlo sin decirle aquello.

—¿Qué pasa, Emma?

—No sé si hace falta que lo aclare...pero no va a pasar nada entre nosotros, ¿me explico? —y aquí ya se embolsó—: Quiero decir, que si esa es la intención simplemente llamaré a un cerrajero y...

—Espera, espera...¿no pensarás que voy a forzarte a algo que no quieras, no?

—No, no, por supuesto que no...pero no te conozco y...

—Claro, claro, entiendo que seas precavida. Pero lo único que puedo decirte es que no tienes nada que temer y por supuesto no sucedería nunca nada que tú no quieras que pase. Eso tiene que estar cien por cien claro...

—Mira, no es que desconfíe de ti, ni nada de eso... Es solo una cuestión de manejar expectativas, nada más.

Ya está. Ya lo había soltado. El silencio se hizo entre ellos mientras cruzaban la calle, pero no era un silencio incómodo. Notó cómo él respiraba profundamente.

—No quiero dejarte sola esta noche, Emma. A no ser que sea eso lo que desees. Si vas a estar más tranquila, puedes quedarte tú en el apartamento donde me estoy alojando y yo me iré al hotel que hay unas manzanas más abajo. Eso no sería un problema, ¿sabes?

—Oh, no, no. No digas tonterías. Está todo bien, ¿de acuerdo? Me siento cómoda contigo, de verdad.

Sonrió para disipar aquella tensión incómoda que se había instalado entre ellos. Incluso aceleró un poco sus pasos para caminar decididamente hacia el portal que él le había señalado. Si había algo en lo que confiaba al cien por cien, más que en cualquier persona de este mundo, era en su propia intuición.

Nunca fallaba. Podía estar tranquila escuchando la voz interna que le decía que Lloyd Cooper era un refugio seguro para pasar la noche, a pesar de ese olor delicioso y esa mandíbula varonil que deseaba besar sin remedio. ¿Por qué había dudado solo unos minutos antes? ¿Era a él a quien temía? No, sabía muy bien de qué estaba dudando. De sí misma. De si sería capaz de resistirse a aquellos brazos. De si realmente quería resistirse.

Por suerte no había bebido demasiado. El efecto de los dos gin-tonics que se habían tomado en el Sterling se había disipado de un plumazo tras el robo del bolso. Había sido mano de santo, la verdad. Era todo un poco la pescadilla que se muerde la cola, pero si hubiera seguido intoxicada a esas alturas de las noches le habría costado el triple resistirse a la interesantísima invitación de Lloyd Cooper. Tendría que agradecerle también la brillante idea de ir a comer algo.

Pero Emma ya estaba en modo detective. Había decidido desde aquel mismo instante se inauguraba la operación DESCUBRIR QUÉ HACE AQUÍ LLOYD COOPER y sus seis sentidos estaban ya funcionando a pleno rendimiento. Aclararle a él que no pasaría nada le ayudaba a estar más concentrada en la misión.

Lloyd abrió la cerradura del portal y se dirigieron al ascensor, cediéndole a ella el paso.

Por algún motivo, el apartamento de mister Cooper resultó ser exactamente tal y como lo esperaba. Había muy pocas cosas. Muebles blancos y negros, funcionales y de diseño. Nada de IKEA (al contrario que la cuevita donde vivían Emma y su gato, armada pacientemente con muchos viajes a la macrotienda y mucha paciencia a la hora de proceder al montaje de estanterías BILLY). La persona que había decorado aquel sitio, además de tener un gusto exquisito —y caro—, había dejado poco al azar. Los espacios estaban muy pensados. Las superficies eran lisas y en general había muy pocos objetos decorativos.

Emma dio unos tímidos pasos hacia el salón, siguiendo a Lloyd.

—Es un sitio magnífico. ¿Hace mucho que vives aquí?

—Unos meses.

Un sofá gigantesco de piel de color marrón casi la invitaba a desplomarse sobre él.

—¿Quieres tomar algo? ¿Hacer alguna llamada?

—Gracias, todo está bien. Un vaso de agua.

En aquel momento Emma se sintió de nuevo desnuda sin su bolso, y se dio cuenta de que no llevaba ni un solo céntimo encima. Si, por algún motivo, necesitaba coger un taxi tendría que pedirle prestado a Lloyd algo de efectivo. De todas formas no sería necesario, ya que la agencia de detectives no estaba demasiado lejos de allí. Unos veinticinco minutos a pie.

Mientras Lloyd iba a buscar un vaso, Emma se acercó a la estantería que había sobre la gran pantalla de televisión. Había una colección de DVDs y todas, unas veinte películas, eran de la serie James Bond. De todas sus épocas. Había títulos clásicos y más actuales, desde Roger Moore hasta la época de Pierce Brosnan. Podía decirse que aquella estantería era el único indicio de la personalidad de aquel hombre. El resto del piso era bonito, sí, pero impersonal. Cogió uno de los títulos. *La espía que me amó*. En aquel momento Lloyd apareció junto a su hombro con el vaso de agua y la sobresaltó un poco.

—¿Te gusta James Bond?

Emma sonrió y cogió el vaso que él le tendía.

—La verdad es que me da bastante sueño...

—¡Cómo puedes decir eso! Qué casualidad, *La espía que me amó* es justo mi favorita.

—¿En serio?

—¿Te gustaría verla un poco antes de dormir?

Asintió. Aquel enorme sofá la llamaba a gritos y bueno, se había prometido a sí misma no dar pie a nada aquella noche, pero la idea de acurrucarse un poco con Lloyd delante de una película antigua en aquel pantallón era demasiado maravillosa. En aquel momento la detective que vivía dentro de su cabecita ya se había retirado a descansar.

Lloyd se perdió por un pasillo y regresó con un par de mantas. Observó la falda de Emma, e, instintivamente, cruzó sus propias manos tras la espalda en un gesto de contención.

—Este sofá es comodísimo. Yo suelo quedarme dormido en él muchas noches. Pero si prefieres la cama no tengo ningún inconveniente en cedértela, ¿sabes?

—Oh no, no. Aquí está perfecto.

—Entonces, ¿quieres dormir ya? ¿prefieres que me quede un rato contigo?

Emma se rio y en aquel instante se dio perfecta cuenta: ¡él estaba nervioso! ¿Cómo era posible? y al mismo tiempo se le notaba...contento. Contento porque ella hubiera aceptado su ayuda.

—Vamos a ver un poco la peli. ¿Te parece?

En aquel momento acusó el cansancio. Lloyd encendió una lámpara que despedía una luz tenue desde uno de los rincones del salón y le ofreció una de las mantas. El sofá, en forma de L, era gigante y había sitio de sobras para que los dos pudieran tumbarse, cada uno en una dirección. Pero ni Lloyd ni Emma tenían ganas de estar lejos el uno del otro. Ella se quitó los zapatos y él le tendió las mantas. Cogió el mando a distancia y accionó el DVD.

No tardó demasiado en quedarse dormida. Y en el momento antes de abandonarse al sueño Emma dejó caer la cabeza sobre el hombro de él. No se le ocurría un mejor sitio en el que estar en aquel instante. Resistió durante unos segundos a la idea de abrazarlo, pero justo en el momento en que iba a pasar un brazo sobre el pecho de él, el sueño la venció. En la pantalla, Roger Moore parecía concentrado en no enamorarse.

CAPÍTULO 9

Todo lo sucedido la noche anterior le sobrevino exactamente a las ocho de la mañana, momento en que se despertó sola en el sofá. La luz natural ya se colaba entre la cortina blanca del salón del apartamento de Lloyd. Se despezó de golpe. Estaba sola en el piso, y no lo supo por el absoluto silencio que la rodeaba, sino por la nota que había dejado él en la mesita que había junto al sofá:

Buenos días, Emma. He tenido que salir muy temprano. Algo ha surgido en Londres y voy a tener que estar allí un par de días. Te pido mil disculpas por no poder desayunar contigo, I'm so sorry!... Te dejo mi número de teléfono y nos vemos a mi vuelta, si te apetece... Podemos terminar de ver la película...

A continuación había unos números garabateados a toda prisa. La realidad había irrumpido como si fuera un vulgar lunes. Dio un salto del sofá y miró a su alrededor. ¿De verdad la había dejado sola en su casa? ¡Qué demonios! ¿Quién se iba a Londres “de repente” porque había “surgido algo”? ¿Acaso no lo sabía la noche anterior, cuando le ofreció quedarse a dormir en su sofá?

Oh, oh, Emma, ¿dónde te has metido?

Se puso los zapatos y se echó la mantita que él le había dejado sobre los hombros. El ambiente era algo frío. Ubicó el termostato de la calefacción y lo puso en marcha. Y después, lo primero que hizo fue lo obvio para sentirse segura de nuevo en un lugar desconocido. Se acercó a la puerta de salida del apartamento y comprobó que, efectivamente, estaba abierta. En aquel momento la “Emma-siempre-alerta” hizo acto de presencia. No, no estaba secuestrada. Podía abandonar aquel sitio cuando quisiera.

Se guardó la nota de Lloyd en el sujetador (recordó también de repente todo el drama del bolso). Ni siquiera tenía bolsillos. Se dio un garbeo por el resto del apartamento para asegurarse al cien por cien de que estaba sola en casa de la persona a la que, (no, no se había olvidado), debía investigar.

La noche anterior solo había visitado el cuarto de baño, y el resto del piso seguía la misma línea sobria y exquisita que el salón. Se asomó al dormitorio de él. La cama estaba hecha, como si nadie hubiera dormido allí recientemente, aunque estaba convencida de que en algún momento de la noche él se había levantado del sofá con cuidado de no despertarla y se había retirado en silencio. ¿A qué hora se había marchado? ¿Por qué no se había despertado en el momento en que él salió de casa?

Un ramalazo de desconfianza la abordó y decidió que lo mejor era salir de aquel lugar cuanto antes. Aquel apartamento, sin él, se había convertido en un sitio inhóspito y desangelado. Y frío, sentía mucho frío. Se lavó la cara con agua fría y abrió la nevera. Estaba prácticamente vacía. En realidad no había mucha diferencia con la suya. Como buena soltera con gato, Emma compraba hortalizas de dos en dos (y muchas veces una de esas dos acababa por ponerse fea en la nevera).

Sí detectó una máquina de café Nespresso y un bote con cápsulas de su sabor favorito. *Bingo*, pensó, *un café rápido para despertarme y me voy*. De todas formas no tenía nada de dinero en efectivo para desayunar fuera y estaba convencida de que aún no habría llegado nadie a la agencia. Todo el mundo aparecía por allí a partir de las nueve y cuarto.

Mientras el café estaba listo, —que tendría que tomar solo, pues no vio leche por ningún sitio—, se dio cuenta de la oportunidad de oro que tenía para avanzar un poco con su investigación. Empezar, de hecho, pues aquel era el día señalado para poner en marcha su seguimiento a míster Cooper. Pero con algo con lo que no contaba era con que se largase de la ciudad en mitad de la noche. Así que realmente no había mucho que seguir. Lo que sí podía hacer, a pesar de lo cuestionable de la situación, era husmear un poco por su apartamento.

Era la primera vez que Emma estaba en una situación parecida y todavía no podía creerse el curso de los acontecimientos. Lloyd había demostrado su plena confianza en ella dejándola sola en casa, así que con toda seguridad no tenía nada que ocultar. Lo primero que hizo fue plantarse delante de su armario. Abrió las puertas y observó la decena de trajes y camisas, muy parecidos entre sí, que se alineaba ante ella. Pasó las yemas de los dedos y alcanzó una de las mangas.

La olió. Era su olor. El mismo que la había inundado tan solo unas horas antes y que prácticamente la hipnotizó hasta el sueño. Emma se había quedado dormida sobre su hombro aspirando el deseo contenido de Lloyd. Cerró la

puerta, algo asustada. Aquel era su trabajo, sí, pero, ¿qué le estaba pasando? ¿Por qué se sentía tan mal mientras pasaba revista por el piso?

En el dormitorio, en uno de los rincones pero encarado hacia la cama, también había un precioso espejo de unos dos metros de altura, apoyado en la pared. Se puso a un lado y lo contempló. El marco era de hierro forjado. Estaba algo oxidado en dos de sus aristas, pero era obvio que era una pieza antigua, probablemente bastante cara. Emma contempló la gran cama a través del espejo y rememoró durante unos segundos el momento en que su cabeza cayó sobre el hombro de Lloyd. ¡Cómo le habría gustado que él la hubiese cogido en brazos en aquel momento y la hubiese llevado hasta aquella cama! Se vio a sí misma en aquel espejo, tumbada sobre las sábanas de seda gris que la cubrían, recibiendo el calor de él y abandonándose completamente a sus caricias, olvidando por completo todo lo que no le encajaba en aquella situación. Se estremeció y abandonó el dormitorio.

Tenía que regresar a casa y repasar de nuevo la documentación del caso. Veamos. Solo tenía que averiguar qué hacía Lloyd en la ciudad y si tenía intención de quedarse allí de forma permanente. Ya está. No era difícil. No lo era en absoluto. Cogió de nuevo la taza de café y se sentó unos minutos en el sofá para aclarar sus ideas.

Poca información podía recabar en aquel sitio. Lloyd no vivía allí. Era obvio. El único indicio de vida cotidiana era la colección de DVDs que, dispuesta en la estantería de forma tan ordenada, formaba un sobrio conjunto decorativo más. No había nada más. Recordó haber visto un ordenador portátil la noche anterior, sobre la mesa del comedor. Ya no estaba.

Fregó rápidamente la taza que había utilizado y decidió salir de allí de inmediato. Había algo de aquella situación que no terminaba de encajarle. ¿Por qué había decidido no despertarla? De momento se le ocurrió algo, mientras bajaba en el ascensor. Sentía en el pecho los bordes afilados de la nota en la que él había escrito su número de teléfono. Por supuesto que lo llamaría, ambos lo sabían. Deseaba volver a verlo, sobre todo después de la visión turbadora que había tenido a través del espejo. ¿Y si le cedía el caso a Feli? ¿Y si daba un paso a un lado y renunciaba desde aquel instante a investigar a Lloyd Cooper?

Había entrado en contacto con el objetivo de una manera “peligrosa” y a

nivel personal, sabía el peligro de implicarse emocionalmente en algo así. Pero no podía negar la evidencia. Deseaba volverlo a ver. Tal vez podía hablar con Feli y pedirle que la cubriera solo por esta vez. Que lo resolviese ella y que, si había algo oscuro y chungo en aquella situación, se lo ocultase. Pero sabía que no lo haría. Todo se había convertido en un reto aún mayor si cabe. Lloyd Cooper se había convertido en un misterio que necesitaba desentrañar.

Emma se puso en marcha de camino a la oficina. Había contemplado su imagen en el reflejo del ascensor. Jamás acudía vestida así a trabajar. Su atuendo era siempre lo más neutro posible: vaqueros y *blazers* de colores oscuros por lo general. Esa mañana, la verdad, parecía una animadora. Pero en fin, solo pretendía coger las llaves y marcharse de nuevo a casa para asegurarse de que Mirko estaba bien.

Eran las nueve menos cuarto cuando llegó a la sede de la Agencia Monterde y, para su sorpresa, se encontró allí con Feli y con otro de sus compañeros, Raúl, que ya tecleaban con fiereza sus informes de aquella semana.

—¡Buenos días, oficinistas! —exclamó Emma nada más aparecer por la puerta.

Era una especie de broma privada entre los detectives de la agencia. Se llamaban a sí mismos “oficinistas” o “auxiliares administrativos”. Cuando regresaban de la calle de hacer sus seguimientos se instalaban en sus mesas y se ponían a trabajar de firme en sus informes. Cuando coincidían varios a la vez, aquello parecía una escuela de mecanografía, si es que seguían existiendo.

Feli se detuvo unos instantes para contemplar a su estimada pupila.

—Hola, querida. No te esperaba por aquí hoy. Me consta que has sido elegida para la prueba piloto de teletrabajo de Monterde, con la que cree haber entrado en el siglo veintiuno en cuanto a derechos laborales.

Emma soltó una carcajada.

—Pero si tú puedes trabajar desde donde te dé la gana, Feli... Además, tenéis que reconocer que redactar informes sin mi presencia revoloteando a vuestro alrededor es bastante más aburrido...

Raúl se detuvo y la observó. Iba a hacer un comentario sobre su look del día, pero optó por callarse.

—Déjame adivinar —dijo Feli—. Tú no has dormido en casa, ¿no? Qué tía. Era infalible. Por eso era la mejor investigadora del lugar.

—¿Y has venido así? —continuó interrogándola, esperando a que se dignase a satisfacer su curiosidad.

—Así, ¿cómo?

—Así, sin bolso, sin chaqueta...

—Anoche me robaron el bolso en el Barrio Gótico. He venido a buscar una copia de mis llaves. No pude entrar en casa. Tengo que volver a comprobar que el gato sigue vivo, y creo que me quedaré el resto de la mañana trabajando en el caso Cooper...

—Oh, no...¿Y dónde has pasado la noche? Deja que te prepare un café, ¿quieres?

Acompañó a su compañera a la cocina.

—Créeme Feli, es una larga historia...Interesante, tengo que reconocerlo, pero me ha pasado algo increíble.

Le hizo un resumen algo extenso de todo lo que había sucedido desde que tomaron las copas en el Sterling hasta que se había despertado. Una de las cosas que más le gustaban de hablar con Feli era que, a pesar de la diferencia de edad entre ambas jamás se escandalizaba ante nada de lo que le explicase. Es más, sabía a ciencia cierta que ella había hecho muchas más locuras que cualquier cosa que se le ocurriera a Emma. El problema era que Feli estaba captando a la perfección el tono que estaba empleando para hablarle de Lloyd Cooper.

—Mira, yo también vi la foto. Estaba contigo en la sala, ¿recuerdas? —le contestó cuando Emma empezó a describirle lo sumamente guapo que era —. ¿Te has fijado en que tienes la cabeza ladeada desde que has entrado por la puerta?

Feli buscó el azúcar en uno de los armarios de la cocina. Habían cerrado la puerta para que Raúl no participara de los jugosos detalles del asunto Cooper.

—¿Ladeada?

—Sí, ladeada. Que estás tonta, vaya. Que el chico te ha gustado más de lo que ya esperabas. Tendrías que haber visto cómo se te iluminó la cara cuando Monterde nos enseñó su foto.

—No sé si soy capaz de resolver este caso, Feli...

—¿Qué tontería es esa? Por supuesto que eres capaz. Dime, ¿echaste un vistazo en su casa?

Emma negó con la cabeza.

—¿Has estado a solas en casa del objetivo y no has hecho un registro?

Aquellas palabras de Feli le espeluznaban, a pesar de que estaba completamente familiarizada con ellas. Su compañera estaba hablando desde un punto de vista puramente profesional. Lo sabía. Era solo que le costaba horrores pensar en Lloyd como “el objetivo”, y, desde luego, se había sentido paralizada a la hora de husmear entre sus cosas.

—No pude, Feli. Él me ayudó. Me llevó a su casa, empezamos a ver una película juntos hasta que me dormí sobre su hombro. Se comportó como un perfecto caballero. Dime, ¿cómo iba a aprovecharme de esa situación para revolver entre sus cosas? Además, me habría gustado que vieras ese apartamento. Allí no había nada suyo. Me atrevería a pensar que el cepillo de dientes y los cuatro o cinco trajes que había en el armario eran sus únicas posesiones en la ciudad.

—Ya, lo entiendo. Sé perfectamente lo que piensas. Pero aquí, querida, hay un error de base. Las circunstancias han sido otras, pero no pierdas de vista la realidad: es tu trabajo. Te habría resultado mucho más fácil resolver lo que nos han pedido desde Blayfold si hubieras hecho ese registro.

—Lo sé, lo sé. Además, me ha dejado su número de teléfono y me ha dicho que va a ausentarse unos días...

—¿Y él tiene tu número?

—No, y por cierto, voy a usar uno de esos móviles que pululan por el armario de material para los próximos días, mientras soluciono el tema de mi teléfono robado...

Ughhh. En aquel momento recordó todo lo que tenía que hacer debido al robo. Pedir hora para renovar el DNI, poner la denuncia, tarjetas de crédito... todo.

—He de irme, Feli. Tengo mil cosas que hacer. Te veré mañana. Voy a releer el informe de Blayfold y ver por dónde puedo empezar. Estaré en casa si alguien me necesita.

—Emma...

—¿Sí?

—Resuelve el caso primero...y conócelo después. Ese es mi consejo. Y nunca le digas que tuviste que investigarlo. Eso lo alejaría de ti inmediatamente.

CAPÍTULO 10

Mirko estaba vivo y coleando y no tan enfadado como esperaba. Por suerte antes de salir de casa la tarde anterior le había dejado agua y comida suficientes para sobrevivir a un ataque nuclear. Emma se sintió aliviada por fin por poder quitarse la ropa con la que había salido. Decidió que necesitaba una buena ducha de agua caliente. Sí, aquello la reconfortaría enseguida. El agua deslizándose por su piel ejercía sobre ella un efecto calmante. Además, era algo que la ayudaba mucho cuando necesitaba pensar, o cuando sentía que no avanzaba en un caso. Lo ideal sería una gran bañera con hidromasaje, pero por el momento tenía que conformarse con aquella ducha que perdía agua y que formaba charcos a su alrededor. Después se puso ropa cómoda: unos vaqueros viejos y una sudadera.

Después se preparó un sándwich con lo que encontró en la nevera y un *smoothie* nutritivo con espinacas y la fruta que tenía en la despensa. No dejaba de pensar en el maldito Lloyd Cooper. ¡Mierda! Conocía muy bien aquella sensación, porque era exactamente la misma que la había embargado durante el primer fin de semana que había pasado con Mateo.

Puso a cargar el móvil que había birlado de la oficina y colocó una de las tarjetas pre-pago de Monterde. En realidad era un poco inútil tener aquel teléfono, pues no tenía su agenda, pero lo necesitaría por si surgía alguna llamada urgente. Decidió que dedicaría el resto de la mañana a planificar el trabajo de los próximos días y por la tarde saldría a buscar un duplicado de su tarjeta SIM.

Después de desayunar, abrió el correo y le escribió un email a Priscila. Le envió un dramático resumen de los acontecimientos de la noche anterior. Seguramente no lo leería hasta la noche. Durante el día su amiga permanecía cien por cien concentrada en sus pinturas y rara vez estaba pendiente del teléfono.

Se movió con el portátil al sofá y dejó que el gato se acomodara sobre sus piernas. Alcanzó el informe del caso Cooper y lo releyó, en busca de un hilo del que tirar. Intentó apaciguar el ritmo de sus latidos, algo acelerados desde

la noche anterior, y concentrarse en los requerimientos de la agencia Blayfold.

Comprobó que el número de teléfono que Lloyd le había dado no coincidía con el que había en el informe. Claro. Ellos tenían un número de móvil británico, mientras que él le había dado uno español. En circunstancias normales habría pasado la mañana apostada delante del portal del “objetivo”, oculta bajo unas gafas de sol y una gorra, esperando a que saliera de casa para seguirlo. Bien, aquello no sería posible por el momento, al menos durante unos días. ¿Cuánto tardaría Lloyd en regresar? ¿Por qué no había sido más específico en su nota?

Era miércoles, por lo que dedujo que estaría de vuelta el viernes. Poca cosa podría hacer hasta el fin de semana entonces... ¡*Mierda!* La verdad, le hubiera encantado tener todo resuelto antes del sábado para apartar el papeleo de todo aquel asunto de una vez. Decidió que empezaría a buscar en Internet y tal vez convendría llamar a Vicky, la detective londinense, para decirle que Lloyd había regresado al Reino Unido y que eso podía retrasar un poco la entrega del informe. También tendría que llamar a Monterde y comunicarle que no todo iría tan rápido como habían previsto.

Recordó el impecable armario de Lloyd y pensó en el suyo propio. No le vendría nada mal ir de compras y hacerse con algún nuevo vestido en el hipotético caso que le surgiera alguna cita. De repente la perspectiva de concederse un par de días libres, —aunque con el teléfono encendido por si surgía alguna emergencia— no le pareció tan mal.

—No, Mirko —le dijo al gato—. ¿En qué estoy pensando? Estoy trastornada, de verdad. No recordaba que mañana tengo que estar en la agencia a las nueve en punto para recibir a la joven aspirante a detective.

El animal la observó impasible y Emma gimió con desgana. Se había olvidado por completo de la chica y del favor que le había pedido Monterde. Y, la verdad, dudaba seriamente que estuviese en el mejor de los momentos para enseñar a nadie. Pero había dado su palabra. Además, para colmo no tenía ningún otro caso entre manos aquella semana. Había resuelto los dos anteriores y entregado sus respectivos informes en un tiempo record hacía solo una semana, y ahora se vería obligada a compartir el caso Cooper con la aprendiz.

Se hundió un poco más en el sofá. Aquello no le apetecía nada. Pero nada. No era el hecho de tener que “compartir” a Lloyd con una nueva compañera.

Nada de eso. Emma era buena trabajando en solitario pero también en equipo. Con Feli, incluso con Raúl, cuando ambos se lo proponían, formaba un tándem fenomenal. El problema era que aún no había decidido como afrontar la investigación.

No se lo había confesado a Feli por temor a verse sujeta a sus acertadísimos juicios, pero llevaba horas barajando la posibilidad de resolver el caso acercándose a él de la manera que más le apetecía, la que le estaba dictando el corazón y el estómago, instándola a no desviarse ni una sola línea del guión: llamando a Lloyd y proponiéndole verse de nuevo, darle las gracias por haberla rescatado de aquella desagradable situación, revolcándose con él en aquella cama espectacular, bajo la mirada del espejo. Y no le apetecía compartir todo aquello con una completa desconocida. ¿Sería capaz de llevar dos investigaciones al mismo tiempo? ¿Comportarse como la eficiente detective que era y también terminar de ver aquella película? ¿Sería capaz de poner freno a lo que estaba sintiendo y que ya no podía negar de ninguna de las maneras?

Emma revisó por enésima vez el informe de Blayfold y tomó más notas de la historia familiar de los Cooper. Apuntó algunos nombres y decidió que dedicaría el resto de la mañana a investigar un poco en Internet. Sentía cierta curiosidad por ver qué podía encontrar sobre Mildred, la abuela de Lloyd, y el tío Francis. Por supuesto, lo primero que hizo fue poner el nombre de LLOYD COOPER en Google y, a partir de ahí, ya vería. El apellido resultó ser bastante común, por lo que tuvo que añadir algunas palabras extra que aparecían salpicadas por el informe.

Lloyd no utilizaba redes sociales, o si las usaba lo hacía con algún pseudónimo, porque no encontró ninguna. Sí tenía un perfil corporativo en LinkedIn, y su foto era exactamente la misma que Monterde le había pasado para arrancar con la búsqueda.

Emma tenía un perfil falso creado para poder investigar sin peligro de que él supiera que lo había visitado. Se lanzó a por él, pero no vio nada demasiado sorprendente. El chico tenía un par de títulos universitarios y un master en Dirección de Empresas por la London School of Economics, una escuela de bastante prestigio. Desde entonces Lloyd había ido cambiando de trabajo regularmente cada tres o cuatro años que era lo que, tenía entendido, se recomendaba dentro del ámbito corporativo. En algunos sectores, si pasabas

más de cuatro o cinco años en el mismo puesto implicaba que estabas un poco estancado.

Con una excepción: entre el 2015 y el 2017 había un hueco bastante evidente en su currículum. No había trabajado en ese periodo, o al menos no lo había indicado en su perfil de LinkedIn. Llamaba bastante la atención, pues el resto del currículum era bastante intachable. Era la combinación perfecta entre estudios superiores, voluntariados y una escalada bastante interesante en puestos de cada vez más responsabilidad para, finalmente, terminar trabajando de forma independiente como asesor financiero para grandes firmas. Además, Lloyd había vivido en grandes ciudades alrededor del mundo: Ciudad de México (*por eso debe tener ese curioso deje latino en su acento cuando habla castellano*, pensó Emma), Singapur, Nueva York, Tokio... De ahí podía deducirse que le gustaba moverse y por tanto no encajaba demasiado con el heredero ideal de la mansión de la abuela Mildred.

Qué extraño. ¿Por qué habría designado a su nieto Lloyd para cuidar de aquella casa en lugar de cedérsela directamente a su hijo Francis? Solo había que echar un vistazo a aquel perfil de LinkedIn para comprobar que aquel chico era un culo inquieto que se movía por todo el mundo sin ningún tipo de complejo. Aquello, la verdad, inquietó un poco a Emma. De repente había dejado volar su imaginación y ya había bautizado a sus dos futuros hijos con Lloyd: los gemelos John y Marina Cooper Sarracedo. No le hacía demasiada gracia, a decir verdad, que el papá se cansara de la ciudad en la que vivía cada dos años...

Mirko la despertó de su delirante ensoñación con un contundente maullido y Emma aterrizó de nuevo en la cruda realidad del informe. No era ninguna experta en recursos humanos, pero a cualquier *recruiter* le llamaría la atención aquel hueco de dos años en el currículum. Sería interesante averiguar qué había sucedido con Lloyd durante ese tiempo. Garabateó los años en blanco en su bloc de notas.

Después abrió otra ventana de Internet Explorer y buscó el nombre de Francis Cooper. Había miles, pero eso no era algo que soliera detenerla. Logró localizarlo rápido y alucinó con las fotos del tío Francis. Era un auténtico *lord* inglés, parecía sacado de una de las reuniones sociales de Downton Abby, una de sus series favoritas. Indagó hasta dar con algo más que interesante. Al parecer Francis Cooper había sido investigado por la policía

hacía unos cinco años en relación con la muerte de un tal Lucien Bradford, un joven jamaicano que resultó ser su amante. No encontraron ninguna prueba para inculparlo.

Emma soltó un grito de emoción que hizo que su gato diera un salto del sofá y fuera disparado a acomodarse en su silla de escritorio.

—¡Perdona, Mirko, pero el caso de repente se está poniendo demasiado interesante. Esto se sale un poco de lo que me han pedido en el informe, pero no sé si voy a poder resistir la tentación de averiguar un poco más sobre el tío Francis...

Leyó un poco más acerca de aquel caso. Al parecer, Lucien había sido hallado muerto en Villa Jessamine, la mansión de Mildred, cuando ella aún vivía, hacía unos años. Es decir, la abuela estaba en la casa y el tío Francis debió llevar a su joven amante allí, a no se sabe muy bien qué. En la foto aparecía el chico jamaicano. Era un mulato impresionante de unos treinta años, como mucho. El artículo era bastante detallado, y provenía de uno de esos tabloides típicos que se regodean en los detalles escabrosos.

Lucien se había mudado a Londres hacía unos años para estudiar cine, y una vez terminó sus estudios había empezado a trabajar como asistente en rodajes de videoclips y anuncios publicitarios. Al cabo de unos años conoció al tío Francis y por algún motivo la relación empezó a hacer aguas. En el momento de su muerte solo estaban en Villa Jessamine algunos familiares cercanos, la abuela, sus nietos, Francis y dos chicas del personal de servicio.

¿Sus nietos? ¿Había más de uno?

Emma cerró el ordenador de golpe. Conocía muy bien aquella sensación. Era como perderse dentro de una madriguera. Como detective la había pasado miles de veces. En muchas ocasiones la persona que requería sus servicios, en ese caso el mismísimo tío Francis, podía llegar a tener tanto o más que ocultar que el sujeto de la investigación (en este caso, Lloyd). Y de vez en cuando se encontraba también con que esa historia oculta que había detrás del contratante resultaba clave para resolver el caso que la ocupaba.

Garabateó el nombre de Lucien Bradford en su cuaderno para echar un vistazo más tarde. Se dijo a sí misma que todo aquello formaba parte de la investigación. El objetivo, pensó, sigue siendo el mismo: desentrañar los misterios que se están empezando a multiplicar alrededor de Lloyd Cooper y que lo hacían más atractivo a cada segundo que pasaba. Hacía horas que Emma se había rendido a la evidencia. No dejaba de pensar en él. Y no era precisamente por la investigación que tenía que completar antes de que

terminara la semana.

CAPÍTULO 11

Como cada mañana, Emma se había levantado con tiempo y de camino a la agencia de detectives se detuvo a desayunar en una de sus cafeterías favoritas. El día anterior había resultado ser mucho más productivo de lo esperado. Fue a la comisaría y puso una denuncia por el robo de su bolso, hizo un duplicado de su tarjeta del móvil y los trámites correspondientes para conseguir una nueva tarjeta de débito. Mientras utilizaría la de crédito, que solía tener solo para cuando viajaba. Después dio una vuelta por el barrio y se detuvo en una tienda de una joven diseñadora que tenía un escaparate precioso. Nunca había entrado porque pensaba que los precios de la ropa serían desorbitados, pero resultó más asequible de lo esperado. Se compró un vestido minifaldero de color granate que realzaba su figura. Tampoco pudo resistirse a entrar en un *Intimissimi* y llevarse un conjunto lencero precioso (*por si acaso*, pensó).

Tal vez esto sea un poco ridículo, pero dado que ya tenía a Lloyd entre ceja y ceja, no podía negar de ninguna manera que estaba haciendo aquella pequeña actualización de armario con la mente puesta en él. En lo que respecta a la ropa interior bonita (algo incómoda pero preciosa, esa era la verdad), había estado comprando regularmente algunas prendas en las últimas semanas, coincidiendo más o menos con sus citas con Mateo.

Mateo ahora mismo estaba sentado en el banquillo, o más bien, completamente expulsado del campo y con muchos partidos de sanción; pero no acababa de sentirse cien por cien cómoda reutilizando todos aquellos conjuntos que había lucido en su presencia. Era una soberana tontería y era consciente, pero: *chico nuevo conjunto lencero nuevo*, ¿no? Aquella podría ser una de sus nuevas normas. Tampoco es que tuviera nueva conquista cada semana, la verdad.

Mientras desayunaba aquella mañana y se preparaba mentalmente para recibir a su nueva ayudante, Emma se recriminó una vez más a sí misma el hecho de estar pensando en Lloyd en aquellos términos. Conocía demasiado bien aquella sensación de andar por la calle como si estuviera en una nube, con la tranquilidad y felicidad de saber a ciencia cierta que el chico en el que

se había fijado le correspondía. Él había manifestado su interés por ella. No había ninguna sombra de duda. El problema no era ese. El problema era que tenía que investigarlo, sacarlo de la ecuación Monterde. Y, de paso, asegurarse de que no había nada turbio en él. Y de eso, por desgracia, no podía estar tan segura.

Para colmo, al volver a reactivar su propio teléfono móvil con el duplicado de su tarjeta, recibió el aviso de tres llamadas perdidas de Mateo. La había llamado la noche anterior y se había encontrado la línea fuera de servicio. *Oh, oh*, pensó. *Solo faltaría que ahora se pusiera pesadito*. Es alucinante el olfato magistral que tienen los tíos para saber cuándo estás empezando a pasar página y especialmente cuándo ha aparecido otro hombre en tu vida. Es una cosa casi esotérica. Lo huelen a kilómetros. Y allí estaba Mateo, intentando marcar de nuevo su territorio inútilmente. Porque algo había cambiado en Emma. Ya no pensaba en él de la misma manera y, de hecho, hizo algo a lo que no se había atrevido en mucho tiempo. Abrió la aplicación de Whatsapp y bloqueó el número de Mateo. *Bye, querido. Es demasiado tarde*, pensó.

Aquella mañana llegó la primera a la oficina, exactamente a las nueve menos cuarto. Revisó el correo electrónico y en aquel momento pensó en Vicky, la detective inglesa. Consultó su email en el informe de Lloyd y le escribió un mensaje breve para comunicarle que ella se ocuparía del caso y que esperaba tenerlo resuelto en los próximos días. Le dijo, sin embargo, que Lloyd Cooper estaba en Londres por unos días y que esperaba poder empezar con el seguimiento en aquel mismo fin de semana. Se despidió afectuosamente y la emplazó a comunicarse con ella para cualquier cuestión relacionada con la investigación. Se preguntó si la detective inglesa también lo habría encontrado tan irresistible.

A las nueve en punto empezaron a llegar algunos de sus compañeros, los que habitualmente trabajaban en la oficina, los administrativos y, puntual como un clavo, la nueva aprendiz.

Esther era exactamente tal y como se la había imaginado y le recordó muchísimo a ella misma el primer día que llegó a la agencia para trabajar en la redacción de informes. En su caso, lo que había empezado a hacer más bien eran transcripciones de pruebas en vídeo. Consistían en descripciones detalladas por escrito de grabaciones de cámaras de seguridad. También tenía

que transcribir algunas conversaciones. Nunca habría imaginado que acabaría convirtiéndose en detective. En principio solo se trataba de un trabajo temporal hasta que encontrase algo que la convenciera en el campo de la comunicación, que era lo que había estudiado (aunque nunca le terminara de entusiasmar).

Pero Esther no. La recién llegada tenía claro que quería ser detective y se había formado para ello. Le faltaba lo primordial: experiencia, horas en la calle, aprender a observar y a extraer la información.

Tenía veinticuatro años que destilaban una magnífica lozanía. Era alta y espigada y dueña de una melena de color castaño larga y perfectamente peinada, aunque la llevaba suelta. Tenía unos bonitos ojos de color miel y unos labios gruesos y sonrientes que llamaron la atención de los investigadores que empezaban a llegar a la oficina aquel día. El ser tan atractiva —Emma en cierto modo ya lo había comprobado en aquellos años— tenía sus ventajas y desventajas en aquel trabajo.

La recibió con un abrazo afectuoso y le enseñó la oficina, y, lo más importante, la máquina de café, que era bastante decente. Después le acercó una silla y le pidió que se sentara a su lado. Esther la escuchó con muchísima atención.

—Dado que ya has pasado unos años estudiando, he pensado que lo mejor es pasar a la acción. Monterde me ha pedido que me ocupe yo de tu instrucción, pero aún pasará un tiempo hasta que podamos asignarte algún caso. Dime, eres becaria, ¿verdad?

Esther asintió.

—Me queda una asignatura para terminar. Este es mi primer trabajo. Mi primer trabajo real, quiero decir. En el que espero hacer algo que me interesa de verdad.

—Genial. Mira, cuando yo empecé aquí las circunstancias fueron muy diferentes. Empecé transcribiendo pruebas, y aunque es útil que aprendas a hacerlo, o al menos que aprendas exactamente cómo le gustan los informes a Monterde, no vamos a empezar por ahí. Vas a ayudarme con un caso real, con un seguimiento en la calle.

Percibió enseguida el brillo en los ojos de la chica y se reconoció a sí misma tan solo unos años atrás.

—Pasó casi un año hasta que Monterde vio posibilidades reales de ser en una buena detective —siguió explicándole—. Entonces me sentó al lado de Feli y me dijo que me convirtiera en su sombra. Me gustaría que fueras

consciente de lo que eso significa y de la oportunidad que tienes delante de ti. He decidido que seas una detective desde el primer día. El próximo sábado vamos a hacer tu primer seguimiento.

La observó atentamente, buscando en su rostro algún mínimo signo de fastidio, pero no fue así. A aquella chica no le importaba lo más mínimo trabajar fuera del horario convenido. Los ojos le brillaron de la emoción.

—Estupendo —le contestó.

Emma sacó el informe de Lloyd Cooper del bolso y se lo extendió a Esther.

—Allí tienes una fotocopidora —le dijo, señalando al fondo de la sala principal—. Copia todas las páginas de este informe y empieza a leerlo. De momento solo trabajarás media jornada, ¿es así?

La chica asintió.

—Bien, pues haremos lo siguiente. Te dejo mi ordenador hasta que habiliten el tuyo y te creen una cuenta de correo. Quiero ver qué encuentras en Internet que nos pueda ser de ayuda con el caso del señor Cooper. Es una investigación que me gustaría completar este fin de semana, y que debemos entregar a una agencia británica en los próximos días.

Esther hojeó el informe. No era demasiado extenso. Tenía unas veinte páginas. Lo único que no había incluido en él era la foto de Lloyd, que por desgracia había perdido junto al resto de sus pertenencias en la noche del robo. En realidad daba igual, pues costaría muchísimo olvidarse del rostro de alguien como él.

—Espera —Emma le extendió su tarjeta—. Este es mi número, para cualquier cosa. Necesitaría el tuyo. Mañana desayunamos juntas a las diez de la mañana. Te pasaré la ubicación de la cafetería por Whatsapp.

Mientras tomaba nota del número personal de la chica, Emma meditó sobre los siguientes pasos de su investigación. Ya había decidido implicarla a fondo y que la ayudara a resolver el caso. No podía ser demasiado difícil y en realidad era un trabajo perfecto para iniciarse. Sin complicaciones y, sobre todo, sin delitos. Solo había que proporcionar la información solicitada.

Esther fotocopió el informe de Blayfold y se sentó delante del ordenador a leer. Al cabo de un rato Feli se acercó a ellas para presentarse. Lo cierto es que ella era la más idónea para enseñar a los nuevos detectives. Emma sentía curiosidad por saber por qué había sido ella la elegida esta vez.

Al cabo de un rato, Emma se levantó y se reunió un rato en la cocina con su mentora.

—Parece bastante espabilada...

—¿Ya le has pasado trabajo? ¿El primer día? —preguntó Feli.

—Creo que lo mejor para aprender es tirarse de lleno a la piscina. Este fin de semana me acompañará en lo de Lloyd Cooper.

Emma bajó la vista al suelo, consciente de cómo se le encendieron las mejillas en el momento en que pronunció su nombre. Algo así, por descontado, no iba a pasar desapercibido ante la atenta mirada de su compañera.

—¿No te habrás enamorado de él, no?

Soltó una carcajada. Feli hablaba así. Usaba aquel tipo de expresiones tan...intensas. Aún así, no fue capaz de contestar con un no rotundo.

—Por dios, Feli, ¡qué cosas tienes! Si no lo conozco.

—Me da igual. Deberías ver la cara de alucinada que se te quedó desde el momento en que viste su foto en la pantalla de la sala de reuniones. Además, soy perra vieja, bonita. ¿Crees que después de todos estos años trabajando contigo codo a codo no sé cuando algo te descoloca de esa manera? Sé leer todas y cada una de tus expresiones.

—A veces me das miedo.

—Ya, ya —Feli se acercó a ella y bajó el tono de voz para que dos de las administrativas que se sentaban más cerca de la puerta de la cocina no oyeran la conversación—. Sé que a veces soy un poco dramática y doy consejos que nadie me ha pedido y caen en saco roto, pero estaría bien que me hicieras caso en este más que en ningún otro, a pesar de lo que te dije el otro día. Ahora veo que la cosa iba en serio. Ni se te ocurra enamorarte de alguien a quien estés siguiendo.

CAPÍTULO 12

Por lo general las clases de yoga la calmaban en días en los que su mente no dejaba de darle vueltas a algo que la preocupaba, pero aquella tarde Emma no pudo apartar de su cabecita el sabio consejo de la experimentada Feli. Sabía que se lo había dicho con toda su buena intención y el grado que le otorgaba su dilatada experiencia como detective. Por supuesto que Feli se había liado con alguno de los clientes —y con alguno de sus objetivos a perseguir— más de una y más de dos veces. Todos tenemos un pasado. Pero también sabía de buena tinta que ninguna de aquellas historias había salido bien.

Mientras Emma hacía la postura yogui del perro boca abajo se imaginó el momento en que Lloyd se enterase de que era detective. ¿Qué diría? Y, sobre todo, ¿sospecharía que había algún motivo por el cual se lo había ocultado?

Cuando acabó la clase, consciente de que no había estado tan concentrada en ella como de costumbre, Emma decidió marcharse a casa. El centro de yoga estaba cerca, apenas tenía que caminar un par de manzanas, pero decidió premiarse con un trozo de pizza de su pizzeria napolitano favorito, que tenía un pequeño local en el barrio que vendía porciones deliciosas por apenas dos euros.

Tenía el gusanito dentro. Lo había detectado y sabía que poco más podía hacer más que rendirse a la evidencia. De hecho, ya hacía horas que lo había decidido: iba a llamar a Lloyd en cuanto llegara a casa. Ni siquiera sabía si estaba ya de regreso en la ciudad, probablemente no. Tal vez lo pillara en mal momento y ni siquiera contestase, y no sabía exactamente cómo podría encajar aquella llamada personal en el marco de su investigación, pero le daba exactamente igual. Necesitaba oír su voz.

A pesar de que él mismo le había dado su número de teléfono y le había pedido —por escrito, no lo olvidemos— que lo llamase, Emma tenía ciertos reparos. ¿Estaría Lloyd verdaderamente interesado en que lo llamase? ¿En volverla a ver? Y si era así, ¿por qué lo habría dejado todo tan en el aire? La

había dejado sola durmiendo en su propia casa, sin ninguna forma posible de localizarla. ¿Un hombre que estuviera realmente interesado habría actuado de la misma forma?

Ya tenía el móvil en una mano, y la nota manuscrita de él en la otra y sentía como las dudas arreciaban. En aquel momento la detective no estaba presente. Era solo Emma, la misma que había sentido cómo algo explotaba en su interior cuando se acurrucó a su lado en el sofá y se pusieron a ver aquella peli de James Bond.

No se dio más tiempo a sí misma para darle vueltas a aquel asunto. Marcó el número de Lloyd y aguardó al otro lado de la línea. Al cuarto tono, cuando ya estaba a punto de colgar, escuchó un decidido “*Hello?*”.

—*Hello*, soy Emma.

Aguardó su reacción con el corazón encogido durante unos segundos.

—¡Emma! Esperaba tu llamada. ¿Qué tal? ¿Todo bien? Siento haberme marchado sin despedirme. Espero que no te asustaras al despertar.

—Oh, no, está todo bien. Vi tu nota enseguida y me ubiqué muy rápido. Además, comprobé que la puerta se abría y no estaba secuestrada.

Lloyd se rio y el hilito de tensión que había en aquella conversación se deshizo.

—Bueno, me alegro.

—Llamaba para darte las gracias por dejarme pasar la noche.

—No tienes que dárme las.

¡Cierto! Y por otra parte... ¡mentira! Por supuesto que no llamaba para eso y él, siendo un tipo listo tal y como se deducía de su perfecto currículum, a buen seguro ya lo sabía. Juraría que ya le había dado las gracias antes de que él saliera de su apartamento, antes de que se quedaran dormidos. Él, por supuesto estaba dispuesto a pasar aquello por alto.

—¿Estás todavía en Londres?

—Sí, vuelvo mañana a mediodía a Barcelona y... Emma, no sé si es muy precipitado y ya tienes planes, pero ¿te gustaría que nos viéramos por la noche para cenar? Algo un poco más elaborado que unos tacos mexicanos, me refiero.

Lloyd se rio de nuevo. Y Emma no tenía ningún interés en hacerse la

interesante, porque precisamente aquel era el motivo por el que lo había llamado.

—Sí, mañana está bien. Me encantaría.

—¿Este número desde el que me llamas es el tuyo?

—Sí.

—Perfecto. Pues si me dejas encargarme de la reserva, mañana te envío la ubicación del restaurante. ¿A las nueve te parece bien?

—Sí, genial.

De repente, al otro lado de la línea se oyó un golpe seco.

—Te veo mañana entonces —dijo él—. Ahora tengo que dejarte, estoy en medio de algo.

Emma soltó el móvil entre los cojines del sofá como si estuviera ardiendo. Necesitaba unos segundos para asimilar lo que acababa de hacer. No era la cita. No era la repentina excitación, producto de su atrevimiento. Eran las circunstancias peliagudas de aquella situación. Había quedado para cenar con Lloyd Cooper y necesitaba con urgencia un plan para completar su misión, averiguar lo que le habían pedido y poder relajarse por fin. Y sin embargo, un mal presentimiento la embargaba. No por la investigación. Era porque, inevitablemente, en la conversación surgiría a qué se dedicaba y llegaría un punto en que tendría que decírselo. Y no tenía la menor idea de cómo reaccionaría Lloyd.

Aquella noche, antes de irse a la cama, Emma revisó el correo electrónico. Tenía varios mensajes, uno de Priscila, lamentando su mala suerte y recalcándole que tendría que haber ido a su casa a refugiarse, en lugar de marcharse con un desconocido. *Confírmame que estás sana y salva*, había escrito Pris en su correo. Emma se preguntó si su amiga era consciente de que le había enviado el mensaje al día siguiente de que todo sucediera. El siguiente email era de Esther. Le confirmaba el encuentro del viernes y le decía que había tomado algunas notas interesantes sobre el informe de Blayfold, que comentaría con ella por la mañana. *Fenomenal*, pensó Emma. Le había gustado aquella chica. Era lista. Y rápida.

El tercer y último mensaje, y el que provocó que Emma no durmiese tan bien aquella noche era de Vicky, la detective británica que se había ocupado del caso Cooper en primera instancia. Era breve y sintético, lo suficiente como para dejarla un poco intranquila:

Buenas tardes, Emma.

He retomado el seguimiento de Cooper en estos dos días en Londres. Hay alguna novedad importante en el caso. Me gustaría llamarte mañana a partir de las 4 de la tarde, en cuanto termine de hacer unas comprobaciones. Mientras, si llevas a cabo algún seguimiento de nuestro objetivo sobre el terreno, preferiríamos que no lo hicieras sola.

Recibe un cordial saludo,

Vicky

CAPÍTULO 13

En lo único en lo que podía pensar Emma mientras vertía el azúcar en el café era que, aquella tarde, necesitaba sí o sí echarse una siesta. Se había despertado en mitad de la noche con sudores fríos, y lo primero en lo que pensó fue el email de la detective de Blayfold, advirtiéndola de que no siguiera a Lloyd Cooper sola. ¿Qué habría querido decir exactamente?

Eran las nueve de la mañana y aquel día decidió convertir la cafetería *El horno de Susana* en su oficina, a la espera de que Esther hiciera acto de presencia. Había pedido un café con leche y uno de los deliciosos *brioques* de jamón y queso especialidad de la casa por los que habitualmente perdía la cabeza, pero que aquel día masticaba sin saborear a fondo. Pensaba en el email de Vicky y pensaba también en la cita que tenía aquella noche con Lloyd. Necesitaba ya separar una cosa de la otra, y sin embargo todo estaba irremediablemente unido. No podía cenar con él sin tener presente la investigación y no podía seguirlo por la calle con Esther y olvidarse de lo mucho que se sentía atraída por él y de la noche que había pasado en su apartamento.

En aquel momento se dio cuenta de que no le había dado a Esther unas directrices sobre qué debía ponerse cuando trabajaban en la calle. Por fortuna cuando la vio llegar sonriente y con su melena oscura recogida en una coleta alta, observó que era una chica de lo más preparada. En el caso concreto de Esther —y también en el de la propia Emma—, no podía obviarse que eran bastante atractivas. Ambas eran altas y con la melena larga. Lo último que necesitaban en una persecución era que el objetivo advirtiera su presencia, así que la ropa que llevaban debía ser discreta. Por lo general unos vaqueros y una sudadera eran ideales. No se trataba de ir elegante, ni de vestir colores vivos. El rojo estaba terminantemente prohibido para los seguimientos. Ni siquiera se recomendaba ir vestida toda de negro. Los tonos grises y ocres eran perfectos.

Y así llegaba Esther aquella mañana a la cafetería, con un gran bolso bajo el hombro del que asomaba su copia del informe del caso Cooper y una *tablet*.

—Me muero de hambre —le dijo nada más llegar.

Al cabo de unos minutos regresó a la mesa con el café y un plato con tostadas, mantequilla y mermelada.

—Por cierto —le dijo nada más sentarse—. No esperaba para nada empezar con trabajo real ya en el segundo día. Gracias por dejarme acompañarte. Monterde me dijo que estuviese preparada, que no iba a estar haciendo fotocopias precisamente.

—Bueno, es que yo pretendo ponerte a trabajar de inmediato. Es la única manera que tenemos de ver si tienes madera para esto, querida. De todas formas hoy no vamos a hacer ningún seguimiento. Nuestro objetivo está en Londres y no regresa hasta mediodía. Así que tal vez tengamos que hacerlo mañana. Por eso te advertí que tal vez tendríamos que trabajar este fin de semana. Sé que tu horario es más o menos de oficina, así que en realidad no estás obligada a acompañarme. Pero es muy recomendable...

—¿Estás de broma? No me lo pierdo por nada.

Esther sacó el informe y la *tablet* y los puso sobre la mesa.

—No había foto en el informe que me pasaste —dijo—, pero no importa porque ya he conseguido una en Internet. Es un tío bastante guapo, ¿no? Sería una pena que le encontrásemos algo sucio.

Aquel fue uno de los momentos en los que Emma dudó sobre si debía hablarle a Esther de su encuentro con Lloyd hacía solo un par de noches. Se fiaba cien por cien de su intuición, que jamás le había fallado, y desde el primer momento en que tuvo a aquella chica delante supo que Monterde había acertado de pleno con su elección. Transmitía muchísima serenidad y confianza. Pero sería mejor, por el momento, no contarle que aquella misma noche había quedado para cenar con Lloyd Cooper. Bajo ningún concepto quería darle la impresión de que aquello era apropiado, ni mucho menos común. Emma no quería que Esther pensara que contactar con el objetivo en un plano personal era lo habitual. No, de momento tenía que guardarse aquel detalle.

Esther había impreso una foto muy interesante de Lloyd. Era una instantánea familiar en la que aparecía con la abuela Mildred y su tío Francis. Y una chica muy atractiva junto a él.

—Esta foto es en Villa Jessamine —dijo Esther—. Delante de la mansión.

—¿De dónde lo has sacado?

—De Instagram. En concreto, del Instagram de esta chica —contestó,

señalando la joven de la foto.

Esta es una de las razones por las que es una maravilla contar con gente joven de vez en cuando. Emma no utilizaba las redes sociales por algo que no fuera trabajo, y esta cuestión se debía totalmente a gajes del oficio. Dado que ella se dedicaba a rastrear las de los demás, no podía evitar pensar que tal vez alguien podría hacer lo mismo con sus redes, en el caso de tenerlas. Por tanto, las había borrado hacía años. Ninguno de sus compañeros en la agencia de detectives tenía perfiles de ese tipo. Como mucho, utilizaban las redes con pseudónimos. De todas formas, ella no solía recurrir a Instagram, dado que la mayoría de perfiles de personas anónimas eran privados. Por lo general se las apañaba bastante bien usando simplemente Google.

Emma cogió la foto que Esther había impreso a todo color. Ahí estaba Lloyd, inconfundible, posando relajadamente con su familia. Era una imagen extraña. Las cuatro personas que aparecían en aquella instantánea no podían ser más diferentes entre sí. La abuela en el centro, sentada sobre un banco de piedra ante la fuente que había a la entrada de la casa, con su gesto severo, incapaz de sonreír ante el fotógrafo. Francis, altísimo, desafiando el objetivo. Lloyd era el único que estaba algo apartado del grupo.

—Cuéntame un poco sobre el objetivo —dijo Esther, mientras mordisqueaba una de sus tostadas, tras haber extendido sobre ella una generosa cantidad de mermelada —. ¿Ya lo conoces? ¿Lo viste por aquí antes de que se fuera a Londres?

Antes de contestar, pensó de nuevo en la advertencia de Vicky: *si llevas a cabo algún seguimiento de nuestro objetivo sobre el terreno, preferiríamos que no lo hicieras sola.*

Le costaba horrores pensar en él como “el objetivo” y cada vez que lo hacía se arrepentía un poquito más de haberlo llamado la noche anterior, no ya con la intención de cenar con él. Eso estaría fenomenal, sí. Pero no dejaba de imaginarse en cómo sería sentarse sobre él en aquella cama y besarlo muy despacio.

—Te has puesto como un tomate. ¿Es que te gusta?

Volvió en sí y advirtió la sonrisa irónica de su compañera.

—¿Qué? ¿Quién?

—El objetivo.

—¿Lloyd? Por favor, Esther...

—¿Lo llamas por su nombre? Entonces, ¿cómo prefieres que nos refiramos

a él cuando comentemos el caso? Tenía entendido que lo más seguro era usar un nombre en clave en todo momento. O, al menos, no llamarlo por su nombre.

—“El objetivo” está bien —contestó Emma, antes de soltar un intenso suspiro—. ¿Quién es ella?

Señaló a la sonriente chica que aparecía en la foto. En la imagen permanecía de pie detrás de la abuela Mildred y junto a Francis, y aunque Lloyd estaba algo separado del grupo y no había ningún punto de contacto entre ellos, Emma percibió una energía “rara” entre ambos. No sabría explicarlo. Ambos se parecían, de hecho. Ella era más o menos de su edad, unos treinta años, uno arriba o abajo. Vestía un vestido de color crudo plagado de florecitas amarillas y anaranjadas. Tenía la piel muy pálida, casi transparente, la típica de quien no recibe muy a menudo la luz del sol.

—Pues, es una historia interesante, por lo que he podido averiguar —contestó Esther—. Aunque un poco larga. ¿Tenemos tiempo?

—Sí, tenemos tiempo —afirmó la detective.

Esther sacó de su bolsa de tela un cuaderno lleno de notas y un bolígrafo y le contó a Emma la sorprendente historia de Barbara, la chica del vestido de flores amarillas.

CAPÍTULO 14

Emma estaba admirada por la forma en que Esther había tirado del hilo hasta dar con una serie de datos muy interesantes sobre la chica que acompañaba a Lloyd y los Cooper en aquella foto. En aquel momento no podía saber si todo eso le serviría en su investigación, pero todo apuntaba a que aquella familia encerraba más de un secreto.

No era tanto la cantidad de información que su nueva compañera de trabajo le aportó, sino su relevancia. Barbara era, de hecho, Barbara Cooper y se trataba de la hermana de Lloyd. Eran hermanos por parte de padre y, según Esther, la nieta de Mildred desapareció estando de visita en Villa Jessamine, justo la noche antes en que falleció la abuela, hacía seis meses. Aquellos días también visitaban a la abuela Lloyd, el tío Francis y otro de sus novios.

También estaba claro que se había marchado voluntariamente de la casa, al parecer tras algún desencuentro con su tío o con la abuela, y no solo había decidido deshacer el vínculo con su familia, sino que había abandonado el país. Desde entonces nadie sabía dónde estaba Barbara, a pesar de que ella había contactado con su padre en un par de ocasiones y había hecho hincapié en que estaba bien y que prefería mantener la distancia durante un tiempo.

En definitiva, Lloyd tenía una hermana algo más joven que él que había decidido romper su relación con la familia (o, al menos, con todos los que estaban aquellos días en Villa Jessamine) y, posteriormente, desaparecer del mapa.

Emma tomó algunas notas de todo lo que Esther le contó y la emplazó a verse el sábado por la mañana para seguir con la investigación. Le contó que Lloyd estaría de regreso aquel mismo viernes y que al día siguiente ella ya tendría un plan más específico para completar el caso y averiguar qué hacía en la ciudad y si tenía alguna intención real de regresar a vivir de forma permanente no ya en la casa familiar de Wiltshire, sino en Londres.

Aquella mañana la detective despachó a Esther, la felicitó por sus primeras

averiguaciones y le dijo que, aunque tenía el resto del día libre, no debía dudar en comunicarle cualquier nuevo detalle que recordase o que averiguara. No le contó nada acerca de su cita, como era obvio. Ni ella misma había encajado aún todo aquello, así que aún menos podría contárselo.

Emma llegó a casa a mediodía, dispuesta a echarse una minisiesta que le permitiese llegar a la cena lo más descansada posible. Sentía una mezcla de excitación, nervios y deseo que había ido a más a lo largo de la mañana, y especialmente después de que Esther aportara lo que había averiguado sobre la hermana de Lloyd. No quería darle más importancia de la cuenta al hallazgo de la foto y la aparición repentina de la tal Barbara Cooper, porque en ningún momento aparecía en el informe de la investigadora inglesa. No solo eso, sino que ni siquiera mencionaba que Lloyd tuviese ninguna hermana, cosa extraña teniendo en cuenta que la investigación estaba relacionada con una herencia.

Fue incapaz de dormir. Cerraba los ojos y enseguida aparecía en su mente la imagen de los Cooper posando felizmente para aquella foto delante de la casa de la disputa. Cuando creyó, por unos instantes, que se había abandonado al sueño y que por fin conseguía relajarse, el sonido de vibración del móvil la despertó. Palpó la mesita del salón que tenía junto al sofá y alcanzó el teléfono. Dio un respingo al ver el nombre de Lloyd en la pantalla.

Ya está, pensó. Va a cancelar la cita de esta noche. Se ha enterado de que ando tras la pista.

Pero nada más lejos de la realidad:

Espero que no te hayas olvidado de nuestra cena.

He reservado a las nueve en punto en El Salto. Te veo allí. X, Lloyd.

Respiró tranquila. Le envió un mensaje de confirmación y en aquel momento recordó el intrigante email que había enviado Vicky, la detective inglesa. Consultó la hora, desorientada tras aquella microsiesta infructuosa. Eran las cinco de la tarde y no había recibido ninguna otra llamada. Y, viendo la hora que era, las cinco de la tarde de un viernes, dudaba de si tendría noticias de ella aquel día.

Cogió el informe de Blayfold y buscó el número de Vicky al final del documento. La llamaría ella misma. Necesitaba saber por qué le recomendaban no seguir a Lloyd ella sola. Y mientras escuchaba los tonos en

la línea se vio obligada a reconocer que el motivo por el que quería aquella información no tenía nada que ver con su trabajo.

Saltó el contestador. Vicky no cogió el teléfono. Hacía aproximadamente un año que no hablaban, en aquella ocasión por un asunto de espionaje empresarial a la inversa. Fue la agencia de Monterde la que derivó el caso a Londres. Le pareció una investigadora seria y muy resolutiva, con un perfil parecido al de ella misma.

Le costó unos segundos articular su discurso en inglés, pero tan solo le dijo, brevemente, que esperaba su llamada respecto a Lloyd Cooper y que tal vez no podría localizarla aquella noche, pero podía llamarla en cualquier momento del fin de semana, o, si lo prefería, explicarle lo que fuera por correo electrónico.

Acto seguido, Emma pensó que era un buen momento para dejar de estar tan preocupada por todo y que una ducha caliente la ayudaría a desconectar de todo aquel asunto. Se levantó y decidió apagar, al menos por unas horas, el “modo detective”. Se prometió a sí misma que haría todo lo posible por olvidarse de su trabajo. Al fin y al cabo, empezaba el fin de semana y ella tenía una cita. Una cita con alguien en quien no dejaba de pensar desde el momento en que sus miradas se cruzaron en aquel bar.

La sensación que nació en su estómago desde el momento en que salió de casa era demasiado familiar. Y hacía mucho que no la reconocía, en concreto desde las primeras citas que había tenido con Mateo. Era excitación pura y dura, algo entre la felicidad extrema y efímera que a veces nos recorre los órganos, la certeza de estar haciendo algo que no debería pero a lo que le era imposible resistirse. También podía reconocer el calor que se había instalado entre sus piernas. Ese calor aumentaba varios grados cuando recordaba el momento en que se había quedado dormida junto a él en el sofá, con la cabeza apoyada en su hombro. Le sorprendía que aquel simple gesto tuviera ese efecto sobre ella. Lo sentía especialmente en lo más íntimo y normalmente le sobrevenía cuando un chico atractivo la besaba despacio y con dulzura. Empezaba allí y sentía que se derretía lentamente y era una de las mejores sensaciones del mundo.

Emma estaba tan concentrada en esa excitación que no vio cómo varios hombres con los que se cruzó de camino al restaurante se daban la vuelta, admirados por lo guapísima que estaba. Al final no había logrado dormir, pero sí se había esmerado en peinar su melena rubia, que caía a un lado, sobre su

hombro derecho. Estaba especialmente feliz porque había encontrado el vestido perfecto para aquella noche, una pieza *midi* de color aguamarina que aún tenía la etiqueta y que casi ni recordaba haber comprado, de eso hacía ya unos meses. No era especialmente aficionada a ir de compras. Le gustaba utilizar prendas básicas y cómodas en su día a día, vaqueros cuando tenía que hacer seguimientos y pantalón de pinzas oscuro con alguna blusa mona cuando tenía que dejarse caer por la oficina. Por eso, aquella noche, al salir de casa, se sorprendió a sí misma por cómo se había aplicado. Incluso recordó ponerse unos pendientes, algo que ni siquiera solía ocurrírsele cuando salía con Priscila y sus amigos del mundillo artístico. El hecho de estrenar un conjunto de lencería negro de lo más sexy parecía que le aportaba una dosis extra de seguridad. Sonrió al pensar que en un principio lo había comprado hacía unos meses, pensando en uno de sus frustrantes encuentros con Mateo.

El Salto, el restaurante que había escogido Lloyd, era espectacular. No llevaba demasiado tiempo abierto pero varias personas ya se lo habían recomendado, por lo que tenía muchas ganas de probarlo. Uno de esos lugares perfectos para una ocasión especial. Ofrecían una fusión bastante interesante de comida peruana y japonesa y en poco tiempo se había puesto bastante de moda. Era un local pequeño y coqueto, y no era tan fácil conseguir mesa con pocos días de antelación. Cuando había leído en el mensaje de Lloyd el lugar escogido para la cita, Emma le otorgó un punto más.

Ya veía el letrero luminoso de El Salto, y Emma ya se había olvidado por completo del caso que tenía entre manos. Había decidido disfrutar de aquella noche, dejarse llevar. Era buena solucionando problemas y apagando las eventuales llamas de los incendios que se generaban en su robusto corazoncito, acostumbrado a bregar con todo tipo de especímenes del género masculino.

CAPÍTULO 15

La estaba esperando junto a la puerta del restaurante y su sonrisa la desarmó. Aunque aquella noche estaba decidida a pasarlo bien, aunque lo pretendiera, Emma no iba a poder dejar a la detective en casa. Su parte razonable sabía perfectamente que si se ganaba su confianza aquella noche, lograría desentrañar el caso y poder entregar el maldito informe. Después, sería libre para continuar con aquella historia o no. Pero había algo que temía. ¿Y si descubría algo que no le gustaba? Mientras se acercaba a Lloyd, como si no pudiera caminar hacia otro sitio que hacia sus brazos ya extendidos, pensó en Vicky y en qué era aquello tan relevante que tenía que contarle.

Él la recibió con un consistente abrazo y un beso en la mejilla de esos demasiado cálidos y familiares para ser de alguien a quien solo has visto una vez.

—¿Hace mucho que me esperas?

—No. Estás muy guapa, ¿sabes?

Ella sonrió de nuevo. Notó como sus mejillas se encendían.

—¿Tienes hambre? —preguntó Lloyd.

—¡Sí!

Pasaron dentro del restaurante y a partir de ese momento todo empezó a ser perfecto. El caso Cooper pasó a un compartimento muy escondido de la mente de Emma y se concentró en los pequeños detalles que la hacían feliz cuando tenía una cita con un chico que le gustaba. Pequeñas tonterías que hacían que en su rostro se dibujase una sonrisa bobalicona. Que él la dejara pasar primero, que rodease sutilmente su espalda con el brazo, que la tocara distraídamente durante la conversación. Ínfimos detalles sin demasiada importancia que hacían que su empatía hacia él fuese aumentando poco a poco.

Pidieron unos ceviches que resultaron estar deliciosos y después disfrutaron en el segundo plato. Lloyd pidió un *risotto* y Emma optó por una especialidad peruana que se llamaba causa rellena.

Hablaron de James Bond, de películas, de cómo había cambiado la ciudad

en los últimos años, de Londres —una de las ciudades favoritas de Emma y donde, le explicó, trataba de escaparse al menos una vez cada dos años—, de comida, de conciertos. Lloyd le habló de su trabajo como consultor y de los distintos sitios en los que había vivido. Emma escuchaba, asentía, masticaba y en general tomaba buena nota de todo. Lo que él explicó coincidía plenamente con lo que había leído en su perfil de LinkedIn. Llegó un momento de la conversación en que, aunque Emma estaba totalmente cómoda escuchando a Lloyd, se hizo patente que ella no estaba hablando sobre sí misma. Él, muy observador, se dio cuenta.

—¿No vas a contarme nada sobre tu trabajo?

Se rio nerviosamente.

—No es para nada interesante. Ya te conté un poco. Trabajo en una agencia de investigación privada. En realidad es un trabajo bastante administrativo...

Recurrió al clásico truco de introducir comida en su boca para no tener que extenderse más sobre ese tema.

Pero era obvio que Lloyd había visto algo en ella que le impedía asociarla con un trabajo gris y mecánico. Sin embargo, fue lo bastante listo como para no insistir. Él ya intuía lo que hacía en realidad Emma en aquella agencia, pero al mismo tiempo supo ver que no era el momento de preguntar acerca de ello. Al menos no en la primera cita. Porque sí: desde el momento en que el británico la había visto acercarse con su vestido de color aguamarina decidió que habría una tercera, cuarta, quinta cita. Todas las que ella aceptase, en realidad.

El motivo por el que Lloyd supo que Emma era detective era por las sutiles preguntas que le hizo durante el resto de la velada.

—¿Por qué escogiste Barcelona para vivir?

Él carraspeó y se acarició la nuca, pensando en una respuesta que la satisficiera y que, al mismo tiempo, tuviera algo de verdad. Afortunadamente Emma se extendió, y eso le dio unos minutos más.

—Tu piso es fantástico, pero no sé, me dio la impresión de que no había muchas cosas tuyas ahí.

—Eres muy observadora. Y tienes razón. Es un lugar que alquilo a temporadas. Uno de mis clientes se dedica a negocios inmobiliarios y me ofreció quedarme ahí. Pero tienes razón, no vivo el cien por cien de mi tiempo aquí. Estoy bastante en Londres —hizo una pausa en su poco aclaratorio

discurso —. Aunque si te digo la verdad, me gusta mucho vivir junto al Mediterráneo. Tal vez me plantee pasar la mayor parte del tiempo aquí. Si encuentro un buen motivo...

La miró fijamente y Emma notó como se desarmaba. Se fijó en sus labios entreabiertos y deseó precipitarse contra ellos. Tal vez el excelente Chardonnay que Lloyd había pedido tenía algo que ver en el resto de decisiones que tomaría aquella noche, porque aún no les habían ofrecido el postre y Emma ya había decidido que quería pasar la noche con Lloyd en su cama, sintiendo su cuerpo junto al de ella.

Notó como el calor se agolpaba de nuevo en sus mejillas y en un gesto instintivo, las palpó. ¿Estaba loca por querer acostarse con Lloyd? ¿El vino la estaba nublando? No solo apenas lo conocía. Era obvio que no era la decisión más responsable del mundo, teniendo en cuenta que tenía que averiguar qué hacía allí —porque sí, Emma sabía a ciencia cierta que Lloyd estaba ocultando algo y que aquello que escondía sería clave para resolver el caso—. Pero aquella noche no se veía capaz de reprimir y censurar su evidente deseo. Era como si un campo magnético los estuviera envolviendo a los dos, como si aquella deliciosa cena estuviera recordándoles la frustración de la noche en que se conocieron, apartándoles durante horas: él en su comfortable cama, ella en el sofá del salón.

A Emma nunca le había gustado compartir postres. Ni siquiera lo hacía cuando cenaba con sus amigas. Pris y Lara se reían cuando ella recalcaba que quería su propio postre. No solía perdonar. Aquel detalle le encantó a Lloyd. Disfrutó viéndola hundir su cuchara en un formidable *coulant* de chocolate.

—Mi café también está muy bueno —le dijo él.

Se rieron.

—Entonces, ¿trabajas sobre todo a distancia?

Él asintió.

—Lo que hago no requiere mucho de mi presencia. Sobre todo he de hacer muchas llamadas. Así que en general puedo hacerlo desde cualquier sitio.

Era hermético. No iba a sacarle nada. Lloyd estaba desnudándola con la mirada mientras ella disfrutaba de su *coulant* y tendría que aparcar sus métodos detectivescos para otro momento, porque aquella noche las palabras dejarían paso a otro tipo de sonidos.

Él pidió la cuenta con una mirada incisiva dirigida al camarero que los había atendido. Emma notaba el agradable efecto del vino en sus párpados, en

la nuca. Observó cómo él extendía una tarjeta de crédito. La fulminó con sus ojos cuando hizo el amago de coger su monedero.

—¿Qué haces? Esta cena corre de mi cuenta.

Aquello siempre había sido algo que la incomodaba un poco. Emma se ganaba bastante bien la vida y no le gustaba demasiado que los hombres la invitaran. Le había costado años entender que aquello era algo que a muchos chicos les gustaba y, en cierto modo, les ofendía cuando su acompañante insistía en pagar. Dejó el bolso de inmediato, se apoyó en el respaldo y le sonrió. Se recostó en el seno de su energía femenina y le agradeció el gesto y la invitación.

Salieron a la calle. La noche era templada y en el cielo se veían algunas estrellas. Aquello era algo inaudito. El cielo nocturno solía ser siempre negro debido a la contaminación lumínica.

Sí, podrían haber ido a tomar una copa a algún sitio cercano. Podrían ir a la última sesión de cine o dar una vuelta por alguna de las animadas calles del centro de la ciudad, pero los pasos de Emma y Lloyd se dirigieron de forma mecánica hasta la casa de él. No hacía falta que ninguno de los dos manifestara el deseo descarnado que tenían de pasar aquella noche juntos, porque se había hecho evidente en cada silencio y también en cada palabra durante la cena.

Lloyd la besó en el primero de los semáforos. Mientras esperaban a que el hombrecillo verde apareciera en el dispositivo más insulso del mundo, rodeó la cintura de Emma con su brazo izquierdo y la atrajo hacia sí. Cuando entró en contacto con sus labios, Emma reconoció una sensación química regurgitando en su estómago, algo que había sentido alguna vez hacía mil años, y que prácticamente había desterrado de su memoria. Entreabrió los labios y se dejó llevar, perdida en aquel increíble beso.

El semáforo se puso verde, y luego rojo, y luego verde de nuevo, y allí seguían Emma y Lloyd, besándose, completamente ajenos al mundo y al caso Cooper. En aquel momento el británico decidió que, si ella lo aceptaba, besaría a Emma mientras esperaban ante todos los semáforos en rojo del mundo.

En algún momento volvieron a la realidad, la cogió de la mano y la condujo hasta su casa.

Se movieron por el apartamento de Lloyd a oscuras, y no porque no desearan verse, sino porque la urgencia de llegar hasta la cama era demasiado apremiante. Emma alucinó con la velocidad y la habilidad de las manos de Lloyd, que se perdían en cada uno de los pliegues de su vestido y se enredaban ya bajo el sujetador. Ella intentó, mientras caminaba hacia atrás en terreno semidesconocido, hacer exactamente lo mismo. Se concentró en desabrochar uno a uno los botones de su camisa y sonrió emocionada al descubrir el calor del pecho de él, cubierto de pelo oscuro, exactamente como a ella le gustaba. Había lanzado el bolso en algún lugar, ignorando la vibración del teléfono y de los mensajes que llegaban aquella noche de viernes. Mensajes de Esther, aplicada en su primera investigación, y mensajes de Mateo, bloqueado y desbloqueado de nuevo, y que empezaba a sospechar que lo había desterrado definitivamente de su vida.

Cuando los dos estuvieron en la cama, Lloyd se detuvo unos segundos para encender la lámpara que había en la mesita de noche y que desprendió una luz muy tenue y de color azulado. *Quiero verte*, gimió. Emma estaba debajo de su cuerpo y, mientras él se desprendía de su cinturón y de los pantalones, observó la imagen horizontal del espejo que tanto le había gustado cuando entró en el dormitorio a husmear hacía un par de días.

Lloyd le levantó la falda del vestido y le apartó con cuidado la delicada braguita de seda negra. Muy despacio, se acomodó entre sus piernas y empezó a lamerla con extrema dedicación, como si fuera el postre que él había desestimado durante la cena. Sin apartar la boca de allí, y sin parar de hacer lo que estaba haciendo y que estaba volviendo loca a Emma, introdujo dos dedos y empezó a moverlos, primero con suavidad y después más rápido.

Se volvió loca. En cuestión de segundos se corrió en la boca de él y él, lejos de detenerse, se colocó sobre ella y la penetró sin ningún tipo de concesión. Era la primera vez que le sucedía, pero Emma perdió la cuenta de los orgasmos que tuvo aquella noche entre las sábanas de la cama de Lloyd. Ninguno de los dos quería dejar de estar en contacto con la piel del otro. Pasaron horas hasta que se quedaron dormidos. Emma encontró una felicidad incontestable en el momento en que se abandonó al sueño en los brazos de él, consciente de los latidos de su cuerpo en dos lugares bien distintos: en su corazón colmado y entre sus piernas, enrojecidas y húmedas.

CAPÍTULO 16

El realismo mágico del sábado se manifestó en cuanto abrió los ojos y vio que Lloyd seguía mirándola con el mismo deseo de la noche anterior.

—Buenos días —dijo él.

—*Good morning*.

—Estaba esperando a que te despertaras.

—¿Por qué no me has despertado?

—Me gusta observarte... como un perturbado, sin que te des cuenta.

Se rieron y él la atrajo hacia sí, y en el momento en que notó el pulgar de él acariciando uno de sus pezones volvieron a encenderse todos y cada uno de los poros de su piel. Sin embargo todos los efectos del Chardonnay habían desaparecido, y aunque Emma deseaba hacer de nuevo el amor con Lloyd, era un poco más consciente de la zona pantanosa en la que se estaba metiendo. Y también era consciente de que nada en él había cambiado en su actitud hacia ella. Nada que ver con el cantamañanas de Mateo, que por la noche podía interpretar al ser más adorable y atento del mundo y, por la mañana, cual vampiro afectado por la luz del día, se convertía en una persona ocupada y con prisas, aunque fuera domingo.

Al cabo de una hora decidieron que era momento de salir de la cama y se dirigieron a la cocina. Lloyd, atentísimo, le prestó una de sus camisas para que estuviera más cómoda. Era gigante, prácticamente le quedaba como un vestido suelto.

Para no ser una residencia habitual, la cocina estaba mucho mejor equipada que la vez anterior.

—He hecho la compra —repuso Lloyd.

—Confiabas en desayunar acompañado esta mañana, eh...

Él soltó una carcajada.

—¡No! ¿Es que no sabes que el desayuno es la comida más importante del día?

—¿En Inglaterra también?

—¡Por supuesto!

Había de todo. Fruta, cereales, leche de varios tipos, soja, avena, un pan delicioso para hacer tostadas, huevos, varios tipos de mermelada y mantequilla y queso *brie*.

—El otro día no pude ofrecerte nada para desayunar, me temo —dijo él, a modo de disculpa.

Se sentaron junto a la mesa alta que había en medio de la gran cocina y dieron buena cuenta de todo lo que había comprado Lloyd.

—¿Quieres que te prepare unas tortitas?

Emma se rio como una loca al recordar que Lara había jurado una vez que cuando un hombre se ofrecía a prepararte tortitas por la mañana ya no había nada que temer: estaba perdidamente enamorado de ti.

—No, gracias. Te agradezco mucho este despliegue, está todo riquísimo, pero me tendré que ir pronto. Estoy un poco ocupada esta mañana.

En la boca de él se dibujó un rictus de desencanto.

—¡Oh, no! Pensaba que a lo mejor podríamos quedarnos en la cama y ver películas. Todo el día. ¿Tienes trabajo?

Emma asintió. Lo que él proponía era el mejor plan del mundo, pero el sentido común volvía a hacer acto de presencia. Por supuesto que deseaba volver con él a aquella cama —por cierto, no recordaba la última vez que había dormido tan bien. La detective era alguien con el sueño demasiado ligero y no ayudaba el hecho de que el balcón de su dormitorio, en un piso principal, diera a una calle demasiado animada—. Pero no podía. Tenía que poner distancia con él de inmediato, a poder ser sin que él lo notase, porque por supuesto de que quería volver a verlo. Deseaba con todo su ser pasar horas a su lado.

Él la observó atentamente, intentando adivinar los motivos de su inminente huida. Era todo bastante obvio. Emma no podía tener un trabajo simplemente administrativo en aquella agencia que la obligara a hacer cosas un sábado. Ella se levantó del taburete e intentó aplacar aquella suspicacia con un beso, que él recibió con toda la empatía del mundo.

—Tengo que irme. Sí. Tengo que atender algunos asuntos esta mañana, sin falta. Gracias por la cena, y por el desayuno. Y por la camisa.

—¿Qué haces la próxima semana?

¿Por qué lo preguntaba? ¿Eso significaba que Lloyd contaba con que no se verían al día siguiente? *Frena, Emma*, pensó. Se acababan de conocer y su mente ya volaba, imaginándose junto a él en mil tipos de situaciones.

—¿Trabajar? —dijo, sonriéndole. Se remangó las mangas de la camisa de él.

—¿Por qué no vienes conmigo a Londres?

No supo que decir. ¿Se lo estaba preguntando en serio? Él adivinó sus pensamientos.

—¿Es en serio! Tengo que volver la semana próxima para resolver unos asuntos. El miércoles, más o menos. ¿Quieres venir? —Lloyd meditó unos segundos—. Mi familia tiene una casa en el campo, tal vez podemos pasar el fin de semana allí, si quieres. Está a unas dos horas en coche de Londres. O si lo prefieres podemos quedarnos en la ciudad. Qué tontería, tal vez te apetecería más pasar todo el tiempo en Londres. Al fin y al cabo no hay mucho que hacer en Villa Jessamine.

Emma casi escupe el café cuando oyó el nombre de la siniestra casa de la abuela, motivo de la investigación de Blayfold. Ahora sí que tenía que salir de allí y resolver aquel maldito entuerto de una vez.

—Suena a un auténtico planazo, pero dudo que me pueda librar del trabajo esta semana...— contestó.

—¿No te quedan días de vacaciones?

—Algunos, sí, pero no creo que pueda cogerlos con tan poca antelación.

—Ponte enferma —dijo Lloyd, sonriendo maliciosamente. En aquel momento se levantó la rodeó con los brazos y la atrajo hacia su pecho. Dios, era enorme y desprendía calor. Era como acercarse a una hoguera en una noche de invierno. Emma notaba cómo le costaba apartarse de él o, en aquellas circunstancias, negarle cualquier cosa que él le pidiera. La intoxicaba con su cercanía.

Se rio y se zafó de sus brazos suavemente. Se besaron de nuevo y él la siguió hasta el dormitorio, donde ella tenía toda la intención de ponerse su vestido y alejarse rápido de aquella tentación. Obviamente él no iba a dejarla escapar, de nuevo desnuda ante él. La abrazó y la condujo de nuevo hacia la cama.

Después de un nuevo e intenso orgasmo, Emma se acomodó de nuevo sobre su pecho.

—Volver a la cama después del desayuno es lo mejor del mundo —. le dijo él—. ¿De verdad tienes que irte?

Pensó en Esther. Sí, tenía que irse. Le había dicho a su nueva ayudante que el sábado sin falta se verían para empezar con el seguimiento a Lloyd Cooper.

—¿Tú qué vas a hacer luego? —le preguntó—. ¿Vas a salir?

—No había hecho ningún otro plan —le contestó—.

—¿Tienes amigos en la ciudad?

Él le colocó algunos mechones rubios detrás de la oreja antes de contestarle. Lo cierto era que había confiado en pasar el resto del fin de semana con ella, y no tenía ni idea de qué hacer. Tendría que improvisar algo.

—Sí. ¿No te acuerdas del otro día en el Sterling?

Ah, sí. El chico con el que estaba. Ni tan siquiera se había fijado en él.

—De todas formas —continuó Lloyd—, yo también debería trabajar un poco.

Se levantaron de nuevo y Emma se vistió rápidamente. Necesitaba salir de allí ya. Tenía que ir a casa, darse una ducha, darle de comer a Mirko... ¡Mirko! Se había olvidado por completo del gato. Tenía que ir a casa de inmediato a darle su desayuno.

—Mi gato me va a arañar la cara en cuanto entre en casa por no haberle dejado suficiente comida la noche anterior —le dijo—. Últimamente me estoy pasando.

Volvieron al salón y cogió el bolso. Él se había puesto unos vaqueros, pero nada en la parte de arriba, por lo que el abrazo de despedida que le dio fue suficiente para volver a encender su deseo. Se recreó durante unos segundos más de la cuenta con el contacto de su pecho y aspiró el delicioso olor de su cuello con disimulo. A Emma le encantaba olisquear a los hombres y había aprendido a hacerlo sin que ellos se dieran cuenta.

—¿Me prometes que pensarás lo de Londres?

—Está bien. Lo pensaré.

—Tienes mi número. Si cambias de opinión, llámame. Me encantaría que vinieras, de verdad. ¿Sabes que si no no te lo diría, verdad?

Asintió.

No. No podía saberlo, pero al salir del apartamento de Lloyd fue plenamente consciente de la cantidad de lazos que se habían unido entre ambos aquella noche, mientras dormían. Lazos que eran cuerdas. No. Lazos que eran cadenas que no pesaban, pero que eran firmes e irrompibles.

Emma regresó al mundo aquella mañana con demasiadas cosas que ordenar dentro de su cabeza.

CAPÍTULO 17

Ya en casa, y en cuanto se aseguró de que Mirko estuviera bien hidratado y alimentado, Emma puso la cafetera en el fuego y, en el momento en que el café estuvo listo, se metió en el baño y se dio una ducha rápida. Después se puso ropa cómoda, unos vaqueros y una camiseta, y sacó el móvil del bolso. Lo había ignorado por completo desde que había salido de casa la noche anterior. El teléfono había permanecido en silencio durante todo el tiempo que pasó con Lloyd. Él, por su parte, había hecho lo mismo y lo había agradecido infinitamente. No lo hacía ella y no le gustaba que la persona con la que estaba mirase su móvil todo el tiempo. Le parecía una falta de consideración hacia el otro, a pesar de que cada vez más, se daba perfecta cuenta de ello, la gente lo hacía de manera inconsciente. Se había convertido en un acto mecánico e irreflexivo.

Tenía varios mensajes. De Esther, preguntándole por las coordenadas para encontrarse el sábado, de Priscila, que quería saber si había recuperado su documentación y con la intención de cotillear acerca de Lloyd. También, allí estaba, cómo no, un mensaje de Mateo a la una y media de la mañana, que decía “*¿Estás despierta?*”. Emma se rio, saboreando su dulce venganza, su triunfo sobre él. Eliminó el mensaje después de leerlo. Era muy fuerte cómo aquel sujeto había pasado a un quinto o sexto plano de su lista de preocupaciones. En realidad ya no le preocupaba, ni le importaba su dejadez y sus mensajes de madrugada, un hábito que solía cabrearla bastante y que, de hecho, solía ignorar, aunque durante meses los contestaba religiosamente a la mañana siguiente.

Era obvio que lo estaba ignorando y que él lo sabía. Era curioso ver cómo él seguía insistiendo de aquella manera tan poco esforzada, con tan poco interés real. Y, sin embargo, parecía que Mateo no tenía ningún problema en arrastrarse un poco para obtener su atención durante unos segundos. Aquello, sin embargo, funcionaba cada vez menos desde hacía varios días. Y especialmente después de la noche que había pasado con Lloyd.

Citó a Esther a las cinco de la tarde en una cafetería delante de la casa de

Lloyd. Observó también que tenía dos llamadas perdidas de Vicky. Había intentado contactar con ella a eso de las diez de la noche. *¿Quién piensa en asuntos de trabajo un viernes a esa hora?*, pensó Emma. También decidió que la llamaría el lunes desde la oficina, una vez hubiera averiguado ya el oscuro motivo de las continuas estancias de Lloyd Cooper en Barcelona. Se dijo a sí misma que no quería verse influenciada por lo que fuera que Vicky tenía que contarle, pero muy en el fondo supo reconocer la verdad: no le apetecía lo más mínimo escuchar algo turbio sobre él. No después de la noche que había pasado con él. Al menos que la dejaran disfrutar del fin de semana y de las increíbles sensaciones que estaba ya atesorando en su interior.

Cogió la taza de café y se acomodó en el sofá con Mirko, dispuesta a mantener la vista fija en la pared al tiempo que disfrutaba del sol que entraba por la ventana. Una de las cosas que más le gustaba de aquel apartamento era que, todos los días a las doce en punto el sol caía de lleno sobre el sofá y le encantaba disfrutar de ese momento durante los veinte minutos que la luz tardaba en desplazarse hacia la pared.

Cerró los párpados y se excitó de nuevo pensando en la lengua de Lloyd, en la habilidad de sus dedos entre sus piernas, en el indescriptible placer que le había provocado. Las dudas que le asaltaban en aquel momento no tenían nada que ver con la investigación, sino con saber si había hecho lo correcto dejándolo solo aquella mañana.

¿Y aquella invitación para viajar con él a Londres? ¿Le había dicho que no demasiado rápido? Sabía muy bien que Monterde no le pondría ninguna pega en tomarse unos días libres. Especialmente si conseguía entregar su informe a tiempo. En realidad el jefe le debía demasiados favores. Además, podía apañárselas para camuflar aquella escapadita y pintarla como algo relacionado con el caso Cooper (de hecho, estaba muy relacionada). De lo que dudaba era si sería conveniente en relación a su historia con Lloyd. Se dio cuenta de que había dejado pasar una oportunidad de oro para preguntarle por Villa Jessamine. *Maldita sea, Emma*, pensó. *Concéntrate y resuelve de una vez este caso. Hoy mismo, si es posible.*

Cuando llegó a la cafetería donde había citado a Esther, observó que ya estaba allí, con una humeante infusión entre las manos. La chica no pudo disimular la risa cuando la vio. Emma había recurrido a su atuendo habitual para los seguimientos: vaqueros, una sudadera oscura, unas Converse y la

melena rubia recogida en una coleta que asomaba por el hueco que dejaba una gorra de béisbol, calada prácticamente hasta las cejas.

—¿De qué te ríes, niña? —le dijo, riéndose a su vez.

—Pareces Carmen Sandiego.

Esther soltó una explosiva carcajada.

—Perdóname, no sabía que había que venir de detective...

—Bueno, no queremos que nuestro objetivo nos reconozca...

—Para reconocernos tendría que conocernos primero, ¿no? —contestó Esther.

Chica lista. Y algo escandalosa. Emma la apremió para que bajara la voz. Lo primero que necesitaba era aprender a ser lo más discreta posible. Y sí, tal vez resultara un poco ridículo pasearse con una gorra un sábado por la tarde, pero no estaba dispuesta a que Lloyd la reconociera a primera vista.

—Supongo que lo de parapetarse detrás de un periódico ya no se hace, ¿no?

—Ni yo hago ya eso, querida. Eso es muy antiguo, además de poco creíble. Quién lee periódicos en papel en el dos mil diecinueve. Mira todos esos diarios aparcados en las mesas de este local. Son objetos muertos.

Esther reflexionó unos segundos. Aquella tarde aprendería bastante, si todo salía bien y Lloyd se animaba a salir de casa. De lo contrario podían pasar horas allí apostadas sin que sucediera nada.

—De todas formas —añadió Emma—, te aconsejo que siempre lleves algo de lectura en tus seguimientos. No para esconderte, sino para matar el rato. A veces esperar a que alguien salga de casa puede ser cuestión de horas. Además, no sabes la suerte que hemos tenido con que justo delante de su domicilio haya una cafetería con grandes ventanales. Eso es media vida.

Esther asintió, tomando nota mental de todo lo que Emma le contaba. La gente joven que, como ella, terminaba los estudios de criminología, o de investigación privada, solían conocer bastante bien todos los aspectos técnicos determinantes para resolver un caso, pero no tenían ni idea de lo que significaba pasar horas esperando a que apareciera el objetivo en su campo de visión.

Emma pidió un café y un trozo de tarta de zanahoria suficientemente grande para las dos.

—Y por cierto, un consejo —le dijo al sentarse de nuevo—. Siempre paga tu consumición en el momento de pedirla. Has de estar preparada para salir corriendo de la cafetería en cuanto aparezca el objetivo.

—¿Cómo sabemos que va a salir de casa?

Emma se rio.

—Angelito. ¡No lo sabemos!

Esther sacó su iPad del bolso y se dispuso a revisar su Facebook, momento que Emma aprovechó para recomendarle que estuviera siempre pendiente de la puerta del edificio.

—Lo último que nos interesa es que salga sin que lo veamos porque estamos mirando Facebook, querida.

En aquel momento su móvil vibró. Lo sacó y no pudo disimular una risita estúpida al observar que Lloyd estaba pensando en ella, que no había podido resistir la tentación de enviarle un nuevo mensaje pocas horas después de despedirse de ella. A Esther no se le pasó por alto la cara de maniaca que debía de estar poniendo.

—¿Es tu novio? —preguntó, indiscreta.

Emma soltó una risita. El mensaje de Lloyd decía lo siguiente:

Todavía en casa. Al margen de la invitación para la próxima semana, olvidé decirte que si quieres dormir acompañada esta noche y el resto de noches de tu vida no tienes más que avisarme X

—No, no es mi novio.

—Aún —apostilló Esther, sonriendo maliciosamente.

La verdad era que aquel mensaje era una oportunidad perfecta para averiguar si Lloyd pensaba poner un pie en la calle aquella tarde. Desde donde estaban podía ver la luz de su salón encendida. Emma esperó cinco minutos para no parecer demasiado desesperada —a pesar de que él podía ver perfectamente que ya había leído su mensaje—, y tecleó una respuesta rápida:

¿No piensas salir de casa hoy?

Meditó unos segundos y añadió:

Tendré en cuenta la invitación

Añadió unos emoticonos y observó que él ya estaba escribiendo una

respuesta. Aguardó impaciente:

Sí, he de salir en una hora a ver a alguien.

Observó cómo Lloyd seguía escribiendo y, de repente, se detuvo. Debía haber borrado lo que estaba redactando y, unos segundos después, ya no estaba en línea en la aplicación de Whatsapp.

Emma levantó la vista y se encontró con la mirada curiosa de Esther. Obviamente no le iba a contar nada de todo aquello, ¿qué ejemplo le daría a su pupila si le explicaba que se había liado con el objetivo que ambas esperaban aquella tarde? Y claro, tampoco le podía decir que debían esperar una hora más y que todo apuntaba a que tendrían suerte.

Se recostó en la silla y observó el portal de entrada al edificio de Lloyd. No se conocían. Habían empezado algo que podía ser prometedor y reconocía perfectamente la excitación, los nervios y la extraña calma que había sentido aquella noche durmiendo junto a él. Y, en lo más profundo de su interior, le había molestado aquel “he de salir a ver a alguien”.

En su Manual para Entender al Género Masculino, aquello significaba que iba a ver a otra, que había quedado con alguna chica. Era una frase elusiva y, aunque sabía perfectamente que no debía indagar más, ni jamás se le ocurriría responder con un “¿A quién?”, —una de las grandes virtudes de Emma que, además le ayudaba mucho en su trabajo, era la discreción— había algo que se había desmoronado en su interior al leerlo. Lo mejor que podía hacer en aquel momento, pensó, era concentrarse en su trabajo y, por lo demás, improvisar. Ver qué sucedía.

CAPÍTULO 18

—¡Ahí va! —dijo Esther, al cabo de un rato—. Cooper acaba de salir del portal.

El estómago le dio un vuelco y Emma se enfadó consigo misma cuando se dio cuenta de que no podía frenar lo que le sobrevenía. Allí estaba Lloyd, al otro lado de la calle, ajustándose la chaqueta de cuero, ajeno a las dos detectives que aguardaban sus movimientos. Casi no hacía falta destacar lo obvio, pero estaba guapísimo. El corazón se le aceleró y supo a ciencia cierta que no era por la emoción de la cacería, de la persecución. Hacía mucho tiempo que Emma abordaba su trabajo en la calle con la precisión de un cirujano. Siempre mantenía la calma y la templanza. Era por lo mucho que le gustaba.

Esther y ella se levantaron de la mesa y salieron a la calle. Se caló la gorra para asegurarse de que él no la reconocería. Empezaron a caminar por la otra acera, en la misma dirección que él y sin perderlo de vista. Ojalá no se subiera a un taxi, pensó. Aquello siempre la ponía en un aprieto. Pero no, parecía que Lloyd optaba por caminar a paso rápido aquella tarde.

—Cámbiame el sitio —le susurró a Esther.

Se movió a la derecha para caminar pegada a la fachada de los edificios, mientras que su ayudante quedaría más a la vista en el caso que Lloyd cruzara la calle o mirara hacia atrás.

Era la primera vez que seguía a alguien que la conocía, por tanto había un riesgo añadido. No sería un mayor problema que Lloyd la descubriese, ya que podría actuar con normalidad, pero en ese caso tendría que confiar en Esther y dejarla trabajar sola en la calle si necesitaban hacer nuevos seguimientos en el caso Cooper.

Caminaron durante veinte minutos en silencio. Esther permanecía muy atenta al objetivo, mientras que Emma luchaba por dominar sus sentimientos y posponerlos hasta que su trabajo hubiera finalizado. Recordó que, la noche en que se conocieron, Lloyd le había dicho que una de las cosas que más le gustaba era caminar por la ciudad al anochecer, escuchando música. Desde el

otro lado de la calle se fijó en que llevaba unos auriculares blancos. Perfecto. Aquello lo aislaría aún más.

Atravesaron la Rambla y se internaron en las estrechas calles del Barrio Gótico, ya caminando más cerca de él. *Por favor, que no se gire*, pensaba Emma. Llegaron hasta el Mercado de Santa Caterina y allí ralentizaron la marcha. Parecía que Lloyd buscaba algún lugar, ya que andaba mirando los rótulos de algunos de los locales en los alrededores. Finalmente entró en el mercado. Había algunos restaurantes dentro que servían tapas *gourmet* durante todo el día. Eran prácticamente las ocho de la tarde, y muchas de las paradas de alimentación ya estaban echando el cierre.

El bullicio del popular mercado les vino de perlas para camuflarse entre las señoras que hacían cola en una tienda de frutos secos y especias. Esther y Emma se pusieron en la fila y desde allí observaron cómo Lloyd se plantaba delante de uno de los bares. La detective conocía aquel sitio. Tenían una carta de vinos excelente y una selección de quesos maravillosa.

—Parece que está esperando a alguien —susurró Esther—. ¿Ahora qué hacemos? Si llega la persona con la que ha quedado y entran en ese bar, ¿deberíamos entrar a tomar algo también?

Muy buena pregunta, pensó Emma. Suspiró, intentando ganar tiempo para formular una respuesta coherente. Pero su ayudante era una chica lista. Tal vez no sería en aquel sábado, pero si el caso se alargaba acabaría dándose cuenta de que Lloyd y ella ya se conocían.

—Esperemos acontecimientos —le contestó—. Durante un seguimiento has de fiarte al cien por cien de tu intuición. A veces dispondrás de solo unos segundos para decidir, si entrar en un sitio o no, si parar un taxi y pedirle que siga a otro o no. Haz lo que te dicte tu instinto en cada momento. Pero tendrás que aprender a valorar las consecuencias en segundos, dependiendo del caso en el que estés trabajando. Por ejemplo, no sería conveniente que tu objetivo te vea más de dos veces, aunque tu ropa sea muy distinta. Acabaría sospechando y eso pondría en peligro tu trabajo.

Esther asintió, tomando buena nota de lo que su mentora le decía. La mirada de Emma vagó durante unos segundos por los grandes botes de almendras, nueces y avellanas que el tendero cogía y soltaba con toda la habilidad, atendiendo a las peticiones de sus últimas clientas del día.

No tuvieron que esperar mucho más. Una chica llegaba hasta donde estaba Lloyd y él la rodeó con los brazos en cuanto estuvo a su lado. Desde donde estaban solo podían verlo a él. La sonrisa de Lloyd desarmó a Emma, que ya

notaba cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Inspiró con fuerza y soltó el aire despacio.

Observaron la escena y cómo la pareja intercambiaba algunas palabras. Desde donde estaban solo podían verla a ella de perfil, y de manera muy forzada.

—¿Nos acercamos un poco? —preguntó Esther.

Emma la sujetó por el brazo.

—No, espera un segundo.

La chica estaba de espaldas a ellas y en aquel momento el gesto de Lloyd se había ensombrecido un poco mientras escuchaba atentamente a su acompañante. Era casi tan alta como él, tenía el pelo largo de color castaño claro y las mejillas pálidas. Llevaba una boina de color *beige* y un abrigo tres cuartos de tono granate. No consiguieron ver su rostro. Tras el intercambio de palabras, Lloyd volvía a sonreír y lo que hizo a continuación petrificó aún más a Emma: volvió a abrazar a aquella chica y la atrajo hacia sí. Le dio un beso en la sien. Después la rodeó por los hombros con el brazo derecho y se dirigieron al interior del bar.

Los ojos de Emma brillaban por la profunda decepción y el inesperadísimo dolor que estaba sintiendo en aquel momento. Fue una sorpresa porque nunca hubiera imaginado que en tan solo unos días aquellas emociones la estuvieran dominando de una manera tan brutal. Además, sentía una rabia insólita hacia sí misma, no solo por haber permitido que todo aquel asunto se enredara con su trabajo, sino, tristemente, por haberse introducido entre sus sábanas tan rápido. Porque desde que había salido del apartamento de Lloyd Cooper no había dejado de pensar en él en un solo instante. Y ahora estaba allí, en medio del ajetreo de aquel mercado, sintiéndose como si fuera la única persona viva sobre la faz del planeta. *Mierda, Emma, pensó. Tienes que salir de aquí de inmediato.*

Esther la observaba sorprendida, esperando sus indicaciones en silencio. Hasta alguien tan novato como ella podía ver con claridad que algo no marchaba bien con la jefa esa tarde, especialmente desde que habían abandonado la cafetería. Y a Emma se le había desencajado el rostro en cuanto vio aparecer a aquella chica. Parecía bloqueada, incapaz de pensar con claridad.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

El nudo en la garganta ya era demasiado evidente como para ignorarlo. ¿Quién era aquella chica a la que Lloyd parecía apreciar tanto? Había una complicidad entre ellos que era imposible ignorar incluso a metros de distancia. De repente el aire se volvió irrespirable allí dentro.

—Tengo que salir de aquí —contestó Emma.

—Estás pálida. Vamos a salir fuera, te irá bien un poco de aire fresco.

¿Quieres que compre algo de beber? No me queda agua...

Un vodkazo no le habría ido nada mal en aquel momento, pero no, lo que necesitaba era quitarse de en medio y evitar a toda costa que Lloyd la viera. Se recompuso en cuestión de segundos.

—Esther. Me encuentro mal. Tal vez he comido algo que no me ha sentado bien. He de irme. Necesito pedirte un favor.

—Claro, dime.

—Estás al mando del caso durante el resto del día. Necesito que entres en ese bar, pidas algo de beber o de comer y averigües lo que puedas. Si puedes, siéntate cerca de ellos. Pero lo más importante es lo que te he dicho antes: fíate cien por cien de tu intuición —le apretó el codo con suavidad para insuflarle ánimos—. Llámame cuando termines.

A Esther apenas le dio tiempo a contestar. Emma se giró en busca de una salida, dejando a su compañera en medio del meollo, con instrucciones claras. Las lágrimas que llevaba ya varios minutos conteniendo salieron desbordadas en cuanto puso un pie en la plaza que había delante del mercado. Respiró hondo y empezó a caminar a paso rápido. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes. Alejarse de Lloyd Cooper y de la chica a la que había abrazado.

En cuanto a llegó a casa se desnudó, se metió en la ducha y dejó caer el agua caliente sobre su rostro para que borrara cualquier rastro de las lágrimas. Aquel simple acto ejerció un efecto calmante inmediato que la hizo recobrar el buen juicio en unos minutos. *Tal vez es solo una amiga*, pensó. *Una vieja amiga a la que hace tiempo que no ve*. Había mil explicaciones y, obviamente en aquel momento fue consciente de que no se conocían, pero su intuición, que en tanta estima tenía en su día a día y que tantas veces le había salvado el pellejo en el trabajo, le decía que no podía dejarse dominar por sus emociones de esa manera. Lloyd no le había parecido en ningún momento “ese” tipo de hombre. No podía pedirle ningún tipo de explicación porque lo cierto era que

no eran nada. No había ningún lazo que los uniera más allá de los que estaban en su imaginación, aunque hubiera pasado ya dos noches en su apartamento.

Salió de la ducha y se envolvió en una toalla enorme, limpia y mullida. No tenía mucha hambre pero se preparó un sándwich y cogió una coca-cola del frigorífico. El gato ronroneó a sus pies y la acompañó hasta el sofá del salón.

—Tú eres el único con el que puedo contar siempre, Mirko.

Acarició al animal, que se enroscó sobre sus pies. Le encantaba que hiciera eso. Era la única manera de que se le calentaran de forma instantánea. Se tumbó en el sofá y se cubrió con una de las mantitas que solía dejar en el respaldo. Eran casi las diez de la noche, y necesitaba con urgencia que aquel día se terminase. Pensó en levantarse y meterse directamente en la cama. La noche anterior le había costado conciliar el sueño a pesar del delicioso calor que emanaba el cuerpo de Lloyd. Al recordar en ese detalle volvió a notar el dichoso nudo en la garganta.

Al día siguiente tenía que hablar sin falta con Esther. Se sentía fatal por haberla dejado colgada en el mercado. Pero era incapaz de seguir allí dentro. De repente el aire se había vuelto casi irrespirable. Aquella escena de complicidad entre Lloyd y su amiga le había robado casi todo el oxígeno. En aquel momento sopesaba dos opciones, y debía, nunca mejor dicho, consultarlo con la almohada: apartar a Esther de aquel caso en el que ella se había implicado de una forma tan íntima y personal, o bien contarle todo y explicarle el motivo real por el que había sentido la necesidad de huir esa tarde.

Cuando decidió que ya tenía bastante por aquel día, se levantó y se dirigió a la cama con la manta y el gato, que la siguió sin dudar ni un instante, como hacía casi todas las noches. Esa vez, sin embargo, su repentina preocupación, y su inquietud por haber puesto demasiado de su parte en lo que a Lloyd concernía, le dieron una tregua.

Cuando iba a apagar el teléfono, a pesar de que le había pedido expresamente a Esther que la llamase si había alguna novedad importante, vio que tenía un mensaje de su compañera. Este mensaje, que debía haberle devuelto la calma al instante, sin embargo, le produjo una extraña inquietud. Era de Esther. Ya estaba en casa.

La chica con la que estaba Cooper era ella.

La hermana que desapareció. Era Barbara.

CAPÍTULO 19

Aquella noche Emma tuvo una horrorosa pesadilla en la que se vio a sí misma durmiendo en su cama, se despertaba y oía como alguien, presumiblemente un ladrón, intentaba forzar la cerradura. Nerviosa, se incorporaba en el lecho sin saber qué hacer y observaba aterrada que Mirko no estaba allí con ella. El gato solía dormir a sus pies casi siempre.

Sin embargo, en cuanto abrió un ojo y apreció la claridad del domingo irrumpiendo por los resquicios de la persiana, se calmó al entender que todo había sido un mal sueño. Aún en la cama, pensó en los acontecimientos del día anterior, desde el momento en que se despertó en los brazos de Lloyd. Recordó también su ofrecimiento para dormir juntos “cuando ella quisiera”. Dios, ¡cuánto le gustaría en ese preciso instante tener un despertar como el del sábado! Levantarse, desayunar juntos, volver a la cama. Sí, aquello no estaría nada mal.

Entonces recordó el mensaje de Esther y el caso Cooper se desplegó en su mente. Se levantó, preparó café y cogió su ordenador para empezar a preparar aquel informe. La razón por la que Lloyd estaba en la ciudad y no viviendo en el Reino Unido de manera permanente era la presencia de su hermana.

Se quedó pensando delante del documento en blanco de Word en la pantalla del portátil. Sentía que tenía los elementos de la historia pero no la manera de articularlos en un relato que convenciera a su cliente. Entonces se le ocurrió algo que solucionaría varias cosas. Esther se encargaría de investigar a la hermana, Barbara, y ella misma se ocuparía de Lloyd. En un par de días como mucho tendrían —esperaba— más datos para poder resolver el encargo. Además, eso le evitaría tener que trabajar en la calle con Esther y podría acercarse de nuevo a él.

Antes de organizar el trabajo, llamó a su jefe, Monterde, para comentarle que convenía dividir el seguimiento en dos, y asegurarse de que no le parecía mal encargarle a la chica nueva una parte de la investigación. Por supuesto, siempre bajo su supervisión.

El jefe cogió el teléfono enseguida a pesar de ser domingo por la mañana.

Siempre estaba disponible y le encantaba que sus mejores investigadores estuvieran trabajando en cualquier momento. Le pidió las primeras referencias sobre Esther.

—Es buenísima —le contestó sin dudar—. Con una iniciativa increíble. Es observadora y tiene una base excelente. Creo que en pocos meses estará lista para trabajar en sus propios casos, si no antes.

Monterde, satisfecho con su flamante fichaje, le dio luz verde para que encargase a Esther una parte de la investigación.

—Aún así, por ahora quiero que el informe lo presentes tú sola. Cuando esté terminado tal vez te pida otro detallando la aportación de Esther al asunto Cooper. Cuáles son sus puntos fuertes y qué tipo de casos crees que podría manejar bien.

Dios, a Monterde le encantaba leer papeles. Se pasaba la vida leyendo sus dichosos informes.

—Sin problema, jefe. Espero tener todo en los próximos días. Antes del fin de semana.

—Perfecto.

—Una cosa más —añadió Emma cuando su interlocutor ya estaba a punto de colgar—. Tal vez tenga que ir a Londres en los próximos días. Depende de cómo avance con el caso Cooper a partir de hoy. Nuestro objetivo hace viajes frecuentes.

Oyó un leve gruñido al otro lado de la línea.

—¿Sabes que puedes contar con la detective de Blayfold si los necesitas, no? Llamas a Londres y les pides lo que quieras. Me deben unos cuantos favores.

Aquello era totalmente improvisado, y aunque en un principio le había parecido una locura aceptar la invitación y marcharse con Lloyd a Londres, tenía que reconocer que no lo había descartado completamente. Es más, desde que se había despertado aquella mañana, y después de la escenita en el mercado, cada vez le parecía mejor idea. Pero tenía que allanarse el terreno para que Monterde no sospechase nada.

—Por supuesto —le contestó al jefe—. Intentaré atarlo todo desde aquí. Preferiría no tener que viajar, la verdad.

—Conforme. Haz lo que consideres. Llámame con cualquier novedad importante que tengas. Confío en que este asunto no tenga mayor complicación. Ya tengo otra cosa para ti, aunque estoy esperando a reunir datos para pasarte un nuevo caso. Esto sí es algo más gordo y creo que te voy a necesitar al cien

por cien...por eso nos iría genial que la chica nueva se aclimatara rápido y, si todo va bien, incorporarla pronto a la plantilla. Si ves bien el asunto y le quieres pasar el caso Cooper en los próximos días, en cuanto esté bien encarrilado, por mí adelante.

—Entiendo, Cristóbal. Déjame que siga con ello unos días más y lo cierro. Estamos cerca.

Después llamó a Esther. Pensó que era domingo por la mañana y que estaba llamando a una joven veinteañera que bien podría haberse pasado la noche de fiesta, o estar atravesando en aquel instante una considerable resaca. Pero nada más lejos. La chica había salido a correr y acababa de llegar a casa, a punto para desayunar y darse una ducha. ¿Podía ser más perfecta?

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó nada más descolgar el teléfono.

Emma carraspeó antes de contestar.

—Estoy bien. No sé qué me pasó, la verdad... Por un momento pensé que me iba a dar una lipotimia... En fin, cuéntame qué viste.

—En realidad no mucho. No había ninguna mesa libre cerca de ellos, y era un bar ruidoso. No pude escuchar nada de la conversación. Solo vi que era distendida. Tomaron una copa de vino y unos quesos, y al cabo de una hora más o menos se dieron un abrazo de despedida y cada uno se marchó en una dirección. Pero no tengo ninguna duda. Es la chica de la foto que te enseñé. Su hermana.

—¿Y después? ¿La seguiste?

Esther guardó unos segundos de silencio, tratando de descifrar la intención de la pregunta.

—¿A ella? No, la verdad. Me fui a casa. No sé si hice bien, ahora que lo pienso...tal vez tendría que haber seguido a Lloyd de nuevo. ¿Por qué a ella?

—Tengo la sospecha de que está en la ciudad por su hermana, que ella huyó del Reino Unido por algún motivo y Lloyd es el único miembro de la familia con el que está en contacto en la actualidad. Tal vez él descubrió que Barbara se había trasladado a vivir a España y ese es el motivo de sus viajes frecuentes, o de que últimamente esté aquí instalado —explicó Emma.

—Bien. Sí, tiene todo el sentido.

—Nuestro trabajo ahora es confirmar esta hipótesis. Y con eso ya lo tendríamos. Debería ser suficiente para el cliente.

Se despidió de Esther y se puso a ordenar el apartamento de forma compulsiva y enérgica. Era algo que hacía cuando necesitaba pensar en algún tema de trabajo. La bombillita se había encendido muchas veces mientras barría, hacía la colada, fregaba platos o limpiaba el polvo de los escasos muebles que tenía en casa —solo los estrictamente necesarios.

No le había dado a su ayudante ninguna pauta para seguir a Barbara Cooper. Tampoco tenían todavía ninguna dirección ni dato para localizarla, así que esa sería la primera prueba de fuego para Esther. E intuía que lo iba a lograr. Eso le daría el espacio suficiente para ocuparse de Lloyd.

Había estado pensando en él en, podría decirse, al menos una vez en cada uno de los minutos en los que había permanecido despierta en los últimos días. Quería invocarlo. Quería provocar con su pensamiento una señal por parte de él. Pero, sobre todo, quería volverlo a ver.

El teléfono no sonó en ese momento, sino en uno en los que su reciente obsesión le dio una pequeña tregua. A media tarde Emma había decidido rendirse a la desidia del domingo y se había hundido en el sofá, con la mantita por encima, intentando focalizar su atención en *The Good Place*, una serie de Netflix en la que su protagonista despertaba en el cielo después de morir. Era una comedia ligerita, pero a Emma últimamente le costaba concentrarse en ese tipo de entretenimientos.

Entonces Lloyd la llamó. Pegó un respingo en el sofá y observó el nombre de él en la pantalla, petrificada. Casi la dejó pasar hasta que logró reaccionar y contestar, rezando para que él no le dijese que la había descubierto, que había visto como ella y su amiguita lo perseguían por las calles de la ciudad en la tarde del día anterior.

—¿Qué haces? —le preguntó—. ¿Estás ocupada?

Ocupadísima. Sofá, pijama, gato, mantita y serie.

—No —dijo Emma—. No, no. La verdad es que acabo de llegar a casa.

Era una vieja manía, la de mentir piadosamente para que su interlocutor, generalmente un hombre atractivo, no supiese que se había pasado el día en pijama, vegetando en casa, como si eso fuera algo raro que hacer en un domingo.

—¿Quieres ir al cine?

Ella no lo podría haber pensado mejor.

—Sí, me encantaría. ¿A qué hora?

—¿La sesión de las ocho?

Calculó a la velocidad de la luz. Faltaba una hora y media. ¿Tenía tiempo a

darse una ducha rápida, vestirse y plantificarse....

—¿En qué cine?

—¿En el Comedia? —preguntó él.

—Sí, perfecto.

—A las ocho menos cuarto en la puerta. ¿Te da tiempo?

—¡Yes! Ahí estaré.

Entre excitada y completamente *en shock*, Emma se precipitó hacia la ducha para quitarse de encima de un plumazo la desidia dominical y conseguir estar presentable en tiempo record. El agua caliente borró también cualquier rastro del caso Cooper. Aquella tarde la detective no volvería a pensar en el caso que la ocupaba. Lo único que tenía presente era que tenía una nueva cita con Lloyd. Una cita real. Para ir al cine. No pudo evitar comparar lo que estaba pasando con el tema Mateo.

Estaba en condiciones de afirmar que había matado aquella historia, y en ese sentido Lloyd había llegado como caído del cielo. Había ignorado los últimos mensajes que le había enviado Mateo y, para su sorpresa, no se sentía mal por ello. En otros tiempos se habría estado mortificando durante horas, pensando de sí misma que era una mala persona por no contestar, aún siendo consciente de que él no la estaba tratando de la mejor manera posible. Había pasado de sus últimos mensajes, en distintos días, y ahora lo único que había entre ellos era un inquietante silencio. Sinceramente, lo mejor que podía pasar era que él dejase de insistir y sobre todo dejar de hacer aquello que tanto la irritaba, que era enviar Whatsapps en mitad de la noche con la vana esperanza (¿) de que ella se convenciera de que salir de la cama para acudir a su encuentro en la suya era una propuesta irrechazable.

Emma se colocó una falda vaquera y uno de sus jerséis favoritos y salió al encuentro de Lloyd en la puerta del cine. Cuando lo vio, esperándola con las manos en los bolsillos y una sonrisa de esas que te desarman, se dio cuenta de que era demasiado tarde para pisar el freno en esta historia. Ni siquiera se veía capaz de buscar la salida de emergencia.

CAPÍTULO 20

A pesar de estar tranquila, Emma no se pudo concentrar del todo en la película. La cercanía de Lloyd a solo unos centímetros, con los dedos entrelazados entre los suyos y con esporádicos susurros junto a su oreja cada vez que pasaba algo destacable en la pantalla, era demasiado imponente. Vieron un *thriller* policíaco que no estaba nada mal y del que no habían oído hablar. Básicamente escogieron la película entre las dos o tres que estaban a punto de empezar cuando entraron en el cine. Es decir, que en realidad la peli les daba igual. Lloyd solo quería ver una cualquiera en su compañía, a oscuras en aquella sala.

A la salida, él rodeó sus hombros con el brazo y besó su melena rubia. Dieron un paseo por la Gran Vía, ya de noche.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

Prácticamente no había comido en todo el día. De hecho, uno de los indicadores de su grado de cuelgue en aquel tipo de situaciones era cuando Emma se olvidaba de algo tan simple como hacer tres comidas diarias. Perdía bastante el apetito cuando se colaba por alguien.

—Ahora que lo dices, sí.

—¿Una pizza?

—Por favor.

Caminaron hasta Il Sole Grigio, un restaurante napolitano que Emma conocía bien, ya que era uno de sus lugares favoritos para comprar comida para llevar. La pasta estaba deliciosa y las pizzas eran como de otro mundo; bueno... genuinamente italianas. Finas, crujientes y con la cantidad perfecta de ingredientes. Mientras traían las pizzas a la mesa, Lloyd la cogió de la mano y le sonrió.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó.

—¿Qué está pasando?

—Qué está pasando conmigo, quiero decir. Tenía muchas ganas de verte, ¿sabes? Y ayer me diste largas...

Una inevitable sonrisa, casi automática, se dibujó en los labios de Emma.

—Ayer tenía planes... ¿tú qué hiciste? ¿Saliste a cenar?

Sabía muy bien qué estaba preguntando y hacía dónde podría derivar la conversación. Podría obtener allí mismo, mientras la cena llegaba, las respuestas que tanto ansiaba para completar su informe y poder desprenderse del caso Cooper para concentrarse simplemente en Lloyd, el increíble hombre que tenía delante y que la miraba como si no existiera nadie más sobre la faz de la tierra.

El camarero les sirvió las dos pizzas, romana para ella, carbonara para él; y dos copas de vino tinto.

—Quedé con mi hermana para tomar algo a última hora de la tarde. No me entretuve mucho.

—¿Tu hermana vive aquí?

Él meditó unos segundos antes de contestar.

—Sí. Barbara. Somos medio hermanos, en realidad. Compartimos padre. Así que nunca he vivido con ella. Solo pasábamos algunas temporadas juntos en los veranos.

—Entonces, ¿viniste aquí para pasar más tiempo con ella?

Lloyd clavó sus pupilas azules en ella y durante unas décimas de segundo pensó que la había descubierto. Que sabía perfectamente qué estaba haciendo y cuál era su intención detrás de aquellas inocentes preguntas.

—Quería asegurarme de que estaba bien, sí. Es algo complicado. Barbara se marchó de Inglaterra de forma bastante repentina, en medio de una reunión familiar. Estábamos visitando a nuestra abuela Mildred durante un fin de semana en su casa de campo. Y se largó en medio de la noche.

—¿Sin avisarte?

—Sin decir nada a nadie. Durante varios días me preocupé seriamente. Denunciamos la desaparición a la policía. Al cabo de una semana nos llamó a mí y a mi padre y nos dijo que había abandonado el país, que había decidido venir a vivir a España.

—¿Así sin más?

El trabajo de Emma en aquel instante, además de asegurarse de no acabar con la barbilla manchada de salsa de tomate, era reconocer el momento en que estaba preguntando demasiado. Lloyd era listo, muy listo. Sería perfectamente capaz de notar cuándo la cosa pasaba de simple curiosidad a inquietante indiscreción. A su favor jugaba el hecho de que era una historia curiosa. Cualquiera en su lugar preguntaría. La cuestión era, ¿cuán dispuesto estaba Lloyd a confiar en ella?

Y no tuvo que esperar al postre para conocer la respuesta.

Mucho. Y aquello la devastó.

Lloyd le habló sobre la huida de Barbara, y con ello, tal vez sin pretenderlo, desveló también algunos de los claroscuros de la familia Cooper.

—Sucedió hace medio año. Es todo un drama familiar, la verdad, pero intentamos llevarlo lo mejor posible. Nuestra abuela, Mildred, nos reunió en su casa de Wiltshire durante varios días. Barbara, mi tío Francis y yo. Mi padre vive la mayor parte del año en las Islas Vírgenes Británicas, al lado de Puerto Rico. Cuando le conté que Mildred quería que fuéramos a su casa me dijo que él no asistiría. Nunca se llevó del todo bien con Francis, pero me sorprendió su negativa, la verdad. Me pidió que me ocupase yo de atender cualquier ocurrencia de la abuela. Ella tenía casi noventa años. Murió ese mismo fin de semana.

—Vaya, lo siento —dijo Emma.

Él la miró, con un leve gesto de negación que, por un momento, parecía querer decir: *no, no lo sientas*.

»El tío Francis se presentó con uno de sus amantes. No había estado con nadie en serio desde que Lucien, uno de sus últimos novios oficiales, murió en extrañas circunstancias estando en casa de la abuela Mildred. Eso pasó hace unos cinco años.

Emma sintió la necesidad de interrumpirlo.

—¿El chico murió en casa de vuestra abuela?

Lloyd asintió.

—Durante mucho tiempo no supimos qué había sucedido. Pero Francis estuvo mal bastantes años. Por eso a Barbara y a mí nos sorprendió tanto que volviera a acudir acompañado a otra reunión familiar, dado que la última había acabado de una forma tan trágica. Lucien murió en la cama, mientras dormía. Fue una muerte aparentemente apacible y natural. Francis estaba su lado y no se dio cuenta. Ese día se levantó y creyó que su amante —o novio oficial, nunca nos quedó del todo claro— dormía plácidamente, así que se colocó un batín y se fue a desayunar al jardín. Al cabo de un rato, al ver que Lucien no bajaba a desayunar, regresó al dormitorio para ver si estaba enfermo. Estaba muerto.

—¡Qué horror!

—La autopsia no supo determinar qué había sucedido. Muerte súbita, nos dijeron. A Barbara y a mí nos afectó bastante aquel suceso. Y al tío Francis,

como te puedes imaginar, lo dejó hecho polvo...

Casi parecía un pecado estar disfrutando tanto de aquella pizza al tiempo que Lloyd contaba su tenebrosa historia familiar. En aquellos precisos instantes, Emma basculaba sus ganas de abrazarlo con sus deberes como investigadora. Su intuición infalible le decía que le estaban sirviendo la solución para su encargo en bandeja. Y solo tenía que seguir escuchando y escogiendo muy bien sus preguntas. Eso es. Escuchar. Redactar el maldito informe, dejarlo en la mesa de Monterde y dejar de ver a Lloyd como su “objetivo” para contemplarlo solo como el hombre al que deseaba tanto.

Él hizo un alto en su relato para llevarse un buen trozo de pizza a la boca. Lloyd mantuvo la mirada perdida por encima de su hombro, como si estuviera rememorando lo sucedido en Villa Jessamine. Pero Emma no iba a dejar morir aquella revelación así.

—Pero volviendo a lo de tu hermana... eso que sucedió... ¿crees que tuvo algo que ver con su huida?

—Recuerdo que tuvimos que quedarnos unos días más para acompañar a Francis. Fue un lío absoluto. Aquel chico no tenía familia en Reino Unido. Tuvimos que contactar con ellos y explicarles la situación. Desconocían por completo que Lucien era gay, y mucho menos que salía con un hombre que le doblaba la edad.

»Desde que pasó aquello, por un motivo que no descubrí hasta mucho más tarde, el comportamiento de Barbara cambió. Ella se dedica a la ilustración de libros infantiles. Tiene bastante éxito y empezó a recibir encargos incluso siendo una estudiante. Siempre trabajó por su cuenta. Pero a raíz de todo aquel asunto del novio del tío Francis, se encerró en casa. Dejó de interesarle lo que pasaba fuera de sus cuatro paredes. Y eso, teniendo en cuenta que apenas tiene veintiséis años, es algo que me preocupó seriamente.

»Vivía en el este de Londres, cerca de London Fields, con su novio de muchos años. Él acabó marchándose de casa. Me dijo que no podía continuar viviendo con alguien con el problema que arrastraba Barbara, que no tenía idea de cómo ayudarla, ni poseía las herramientas para ello. Con el tiempo conseguí que fuera a ver a un terapeuta para tratarse de su agorafobia. Eso mejoró un poco, pero a pesar de que podía salir a hacer recados sin problema, dejó de ver a sus amigos. No tenía ningún problema en que fueran a visitarla a casa. Yo mismo iba a verla dos o tres veces a la semana. Incluso nuestro padre empezó a pasar algo más de tiempo en Londres. Pero no tenía interés en salir a

divertirse...o de hacer las cosas que interesaban a cualquier chica de su edad. Ya sabes, ir al cine o a bailar con sus amigas, tomar una copa, escaparse los fines de semana al sur de Europa, tener citas...Se quedaba en casa y trabajaba en sus ilustraciones todo el tiempo. Empezó a compartirlas por internet y a mejorar a pasos agigantados...Y claro, los encargos le llovieron. Ahora es una ilustradora muy cotizada. Tiene clientes en todo el mundo. Y puede trabajar desde donde quiera.

—Vaya, me alegro. ¿Y acabó recuperándose?

—Eso parece haber sucedido por arte de magia desde que llegó a esta ciudad, sí. Y empecé a venir en cuanto me dijo que estaba aquí. En teoría todo está ya bien con Barbara, podría regresar a Londres definitivamente y seguir con mi vida. A no ser que encuentre otra razón para quedarme...

La miró fijamente y Emma notó cómo le costaba tragar.

—Pero entonces, la noche en que desapareció sin decirnos nada...

Lloyd dejó el tenedor al lado del plato. Era increíble su habilidad para narrar un relato tan apasionante y al mismo tiempo comer mientras escogía las palabras con las que continuarlo. Meditó unos segundos antes de seguir contando la historia de su hermana.

—Eso sucedió el año pasado. Y parece que la historia se repetía. Allí estábamos en una nueva reunión familiar, exactamente el mismo número de personas. Solo que la abuela Mildred murió al día siguiente. Francis también vino, con un nuevo acompañante. Hacía años que no lo veía, a pesar de que pasa bastante tiempo en Londres. Su nueva pareja era un tipo de unos cuarenta años. Tenían una complicidad más que evidente, pero parecía una historia más tranquila. Sin los quebraderos de cabeza que le daba Lucien.

»Mi padre nunca se llevó bien con Francis. Siempre estuvieron distanciados. Mi abuela jamás quiso decirme por qué, y ninguno de ellos parece dispuesto a hablar del tema. El caso, y resumiendo, porque no quiero monopolizar más la conversación, es que esa noche Barbara decidió abandonar la casa y también el país y solo ayer me contó el motivo por el que se había marchado. Y, si te digo la verdad, Emma, no lo llevo nada bien. Necesitaba algo de compañía esta tarde...

Hubiera sido demasiado *heavy* preguntarle cuál era esa razón oculta por la que Barbara se había ido a la francesa de la mansión de la abuela Mildred. En realidad Emma tenía toda la información que necesitaba. De hecho podría

llamar a Esther en aquel mismo instante y pedirle que se olvidase de seguir a la hermana de Lloyd. El trabajo que le habían encargado era fácil, con una pregunta específica que había que responder y para la que ya tenía respuesta. Podía respirar, disfrutar de la cena, perderse de nuevo entre los fuertes brazos de Lloyd y redactar su informe a la mañana siguiente.

—No sé por qué te cuento todo esto...—le dijo él, con una media sonrisa—. Pero gracias por escucharme.

Emma se sintió fatal. Horrible, porque debía utilizar algo que le había contado en confianza y de forma completamente personal para su trabajo.

Y a pesar de que los besos de él a la salida del restaurante invitaban a continuar la noche juntos, Emma se excusó y decidió marcharse a casa. Necesitaba pensar un poco. Estaba temiendo que sus remordimientos hicieran incluso efecto en su digestión. Tampoco estaba acostumbrada a cenar tan tarde y ya eran más de las once cuando salieron del restaurante.

—¿De verdad no quieres venir a casa a dormir?—le preguntó él, rodeándola por la cintura.

—Me encantaría. Pero tengo cosas que hacer temprano y bueno, el gato, creo que no le dejé suficiente agua...

—¿Por qué eres tan misteriosa?—la atrajo hacía sí y la besó—. Ya que no quieres contarme a qué te dedicas, ¿aceptarás al menos la invitación para pasar unos días en Londres conmigo?

—¿Me dejas que lo piense?

Él se rio.

—Solo tienes dos días para pensarlo. El miércoles a las diez de la mañana estaré cogiendo un vuelo. He de estar allí al menos hasta el domingo. Aunque siempre puedes venir el fin de semana, si lo prefieres. Quiero decir, si no puedes librarte de ese trabajo del que nunca hablas.

Lloyd le sonrió y la dejó marchar. La besó con suavidad, haciéndola dudar sobre si debía acompañarlo hasta su cama aquella noche. Y tal vez debería haberlo hecho, porque la detective se encontró una sorpresa no del todo agradable al llegar a casa.

Estaba sentado en el portal. *Estupendo*, pensó, cuando aún estaba a unos cincuenta metros de distancia y no podía saber de quién se trataba. *Otra vez voy a tener que discutir con un borracho para que me deje entrar en mi propio portal*. Se quedó petrificada cuando estaba a punto de llegar y vio que

el hombre que estaba allí, derrotado sobre el bordillo, mirándola como si fuera la última Coca-cola del desierto, no era otro que Mateo.

CAPITULO 21

—Déjame adivinar —le dijo Emma, mientras hurgaba en su bolso, en busca de las llaves—. Pensabas quedarte aquí hasta que, en algún momento indefinido de los próximos dos o tres días, entrara o saliera del edificio. Como un perturbado.

—Bueno —dijo él, gesticulando e incorporándose de golpe. Disponía de solo unos pocos segundos para engatusarla con una de sus habituales milongas—. No contestas mis mensajes. Y he visto que los has leído. Quería saber por qué pasas de mí. Además, no sabía si estabas fuera o dentro de casa. He subido a ver si oía algo y tu gato no paraba de maullar detrás de la puerta. Estaba preocupado, he llegado a pensar que te habías caído en la ducha, te habías desnucado y ese bicho ya te estaba devorando.

Ya tenía las llaves en la mano, y las agarraba con fuerza de forma instintiva para dominar el creciente impulso de clavarle una en la sien a aquel impresentable.

—¿En serio?

—¿En serio qué?

—¿Solo has reaccionado cuando he dicho “basta”?

Mateo se calló, dibujando en su rostro esa expresión de inocencia, de no haber roto nunca un plato, que Emma ya conocía tan bien. Lo que más rabia le daba de aquella situación no era que se hubiera presentado en la puerta de su casa, sin avisar, casi a medianoche. No. Podía lidiar perfectamente con aquello. Lo que le molestaba era que, en realidad, Mateo no venía a decirle nada en concreto. Solo estaba allí para asomar la patita, para reconstruir su ego malherido.

Observó cómo tomaba aire, ganando unos segundos de oro para elaborar una respuesta que pudiera contrarrestar el creciente cabreo de Emma.

—Sé que no he hecho las cosas del todo bien, que no he cumplido tus expectativas...Pero en estos días, te he echado de menos.

—Lo que me ofreces es muy pobre, Mateo.

—Lo sé, lo sé. Y pienso poner remedio. Para mí tampoco es suficiente

ya...

Se acercó y la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia su cuerpo. Emma se topó con sus ojos oscuros. Conocía tan bien aquella mirada... Le había costado tanto resistirse en el pasado a ella...Y sin embargo aquella noche no fue así. Encontró la serenidad necesaria para apartarlo con suavidad. Con la mano derecha ya había abierto la puerta y él la sujetaba también con el pie, dispuesto una vez más a colarse en su casa, en su cama. Le sonrió, negando con la cabeza.

—Lo siento —fue todo lo que le dijo.

Él la miró, interrogante. No daba crédito a lo que estaba sucediendo.

—Venir hasta aquí, esperarte en la puerta de tu casa para decirte que haré lo que tu quieras. Lo que me pidas...¿tampoco es suficiente?

—No es que sea suficiente, Mateo. Es que es tarde. Demasiado tarde.

Mirko se enredó entre sus piernas, dándole la bienvenida, lejos de cualquiera de sus desplantes habituales. Era curioso lo de aquel animal. Parecía que olía cuando venía de una cita con un hombre. Y al gato era algo que parecía no gustarle nada. Solía esperarla detrás de la puerta, excepto cuando subía a casa con Mateo o con alguno de sus antiguos ligues. Le puso agua fresca en uno de sus cuencos y se dirigió directamente al dormitorio. Alcanzó una de las toallitas desmaquillantes que siempre guardaba en la mesita de noche para cuando no siquiera tenía fuerzas para lavarse la cara. Algo inútil, porque siempre acababa levantándose de nuevo. Emma era incapaz de dormir sin haberse cepillado los dientes y si por alguna razón no lo hacía, se despertaba de madrugada a causa de alguna pesadilla relacionada con su dentadura.

Sin embargo, aquella noche la detective tardaría en dormirse. Lo de Mateo solo había sido la guinda a su intensa cita con Lloyd, y a pesar de la escenita que le había montado ya se estaba difuminando en su pensamiento. Le dio unas cuantas vueltas e intentó establecer el momento en que se había despedido de aquella historia. ¿Cuándo se había desprendido de Mateo? ¿Cuándo había desconectado definitivamente de él y de su tóxica influencia?

Podría pensar que había sido en el momento en que vio a Lloyd en aquel bar, pero no. Había sucedido antes. Unos días atrás. En algún momento su engranaje mental había hecho “click” y había visto claro que aquel chico ya formaba parte del pasado. Que no le podía ofrecer lo que ella quería, ni ella a

él. En aquel momento se había despedido de él casi telepáticamente. Lástima que él no captase esas ondas cerebrales y hubiera pensado que era una buena idea presentarse en su casa y hacer un burdo intento. La idea no era mala del todo, la verdad, y tal vez en un momento de debilidad se habría salido con la suya, pero lo cierto era que Mateo la había vuelto a decepcionar. Por enésima vez. Había sido incapaz de ser sincero, de hablar con honestidad. De decirle si tenía o no el más mínimo interés por ella, más allá del sexo. En fin, estaba claro que esa historia ya no tenía más recorrido. Sentía una extraña paz en relación a Mateo y tenía la corazonada de que no volvería a tener noticias suyas. *Bye.*

Concentrémonos mejor en Lloyd, pensó Emma, con la mirada fija en el techo del dormitorio. Conocía al dedillo todas y cada una de las grietas de las paredes que rodeaban su cama. Le encantaba tumbarse y buscar respuestas.

Lloyd Cooper le había servido en bandeja, sin hacer ningún tipo de esfuerzo más que el de escucharle con el corazón abierto, las claves necesarias para cumplir con su trabajo. Al día siguiente iría a la agencia, se sentaría ante el ordenador de la oficina y redactaría el informe que Monterde le había pedido. Tenía toda la información necesaria para ello. Y lo haría. No le quedaba otro remedio que cumplir escrupulosamente con lo que le habían encargado. Aún a sabiendas de que, de alguna forma, estaba traicionando la confianza de él.

Por otra parte, acababan de conocerse. Hacía apenas una semana Lloyd no estaba en su vida, ni lo esperaba. Y de repente todo había adquirido una nueva dimensión. ¿Qué pensaría él cuando supiese que era detective? Bueno, eso podía imaginárselo. La pregunta era, más bien, ¿qué pensaría Lloyd si supiera que su tío Francis había contratado de forma indirecta sus servicios? Intentó ponerse en su lugar, empatizar, algo que siempre se le había dado bien.

Pensaría que la única razón por la que se había acercado él, por la que había aceptado sus invitaciones y su compañía era poder extraer información para llevar a cabo su cometido. Tal vez pensaría que era una mujer fría y sin escrúpulos, capaz de hacer cualquier cosa por llevar su carrera profesional al siguiente nivel. ¿Se sentiría herido? ¿Traicionado? ¿Qué duda era esa? Por supuesto. Por supuesto que no querría volver a verla.

¿Qué sentido tenía, entonces, irse a Londres con él, aunque no hubiera nada que le apeticiera más en aquel momento? ¿Qué necesidad había de alargar algo que estaba destinado a morir agónicamente en cuanto él se enterase de la

verdad? Podría ocultárselo, por supuesto. Los casos que trataban en la agencia de Monterde eran cien por cien confidenciales. Pero si la cosa iba a más entre ellos y los lazos continuaban afianzándose de una manera tan contundente (solo había que echar un vistazo a cómo habían ido las cosas en los últimos días) tendría que decírselo. Debía contarle que su tío Francis había encargado aquella investigación. Y estaría traicionando por partida doble: a Lloyd, y a su propia profesionalidad como investigadora.

Emma hundió el rostro en la almohada, intentando contener las lágrimas. ¿En qué momento había pensado que todo aquello saldría bien? Que podía cumplir con su cometido y después seguir con aquella relación como si nada. Cogió el ordenador portátil que estaba junto a la mesita de noche y abrió el navegador. Fue a la página web de Vueling y empezó a fantasear con un viaje que no era Londres. No era la primera vez que lo hacía. Llamar a Monterde de un día para otro y decirle que necesitaba marcharse unos días. El destino le daba igual.

Buscó el aeropuerto de Barcelona entre los orígenes y desplegó los destinos a la derecha. ¿Dónde escaparse de aquello que la estaba ahogando?

¿Roma? Allí estaba Lara, podría hacerle una visita... Florencia, Copenhague, Dublín, Berlín... Daba exactamente lo mismo. No le quedaba otra que ir a la oficina al día siguiente y preparar la información que Francis Cooper había solicitado. Barajó por unos momentos la posibilidad de pasarle el muerto a Esther, contarle lo que había sucedido y que aquel se convirtiera en su primer éxito dentro de la agencia, pero conocía muy bien a Monterde. Al jefe no le haría ni pizca de gracia aquella extraña maniobra.

Al final, haciendo un pacto consigo misma para conseguir dormirse de una vez y no parecer una zombi al día siguiente, Emma se dio permiso para improvisar. Se dio permiso para no tomar ninguna decisión drástica en aquel momento, entre las sábanas. Se dio permiso para dejarse llevar en los próximos días y fiarse, como siempre había hecho de su intuición. Y tal vez también de su corazón.

CAPÍTULO 22

Emma tecleaba incesantemente en su ordenador de la oficina, dispuesta a terminar su informe antes del mediodía. Se había despertado a las seis en punto después de un sueño bastante reparador, aunque había tardado en dormirse. A pesar de los acontecimientos del domingo había logrado descansar a fondo. Por la mañana, con los primeros reflejos del amanecer, dio un salto de la cama y se fue a correr por la avenida del Paralelo. Hacía mucho tiempo que no salía a correr a primera hora, y le sorprendió comprobar que no estaba tan desentrenada como esperaba.

Después volvió a casa, se dio una ducha rápida y metió en su mochila de piel marrón todo el papeleo del caso Cooper. Le dio el desayuno a Mirko, buscó sus auriculares y salió de casa llena de energía, dispuesta a comerse aquel sapo que llevaba unos días atormentándola. Decidió caminar hasta la oficina, a unos veinte minutos si iba a paso rápido. Por el camino, se detuvo a comprar café y bocadillos. A las ocho ya estaba sentada en su mesa, revisando sus notas y a punto de empezar a escribir.

Podría haberlo hecho en casa, gracias a la nueva política de Monterde, pero sintió que no le apetecía escribir sobre aquello en su “espacio zen”. Una cosa era leer y documentarse, y la otra ponerse a redactar de la manera más quirúrgica y desapegada posible sobre los más turbios secretos familiares del hombre que actualmente la traía de cabeza. Si es que era surrealista. Por eso decidió que cuanto antes acabara con aquello mejor.

El informe no iba a ser muy largo, y podría haberlo hecho directamente en inglés. Era una de las pocas detectives del personal de Monterde que tenía capacidad para ello, gracias —le gustaba decir, aunque no fuese del todo cierto—, a su memorable año de Erasmus en Manchester. Pero su querido jefe no dominaba del todo la lengua de Shakespeare, así que le solicitó específicamente que lo redactase en castellano y posteriormente lo enviarían al servicio de traducción con el que solían trabajar en casos de ámbito internacional.

Esther llegó a las nueve en punto, fresca y lozana como la rosa de veintipico años que era, cargadita de energía de esa que puedes absorber sin que se de cuenta y sin que le perjudique demasiado. Emma solía ser exactamente igual unos años atrás, pero con el tiempo había aceptado que no podía pasar más de ocho horas rodeada de gente con la que no se acostase, porque la dejaban exhausta. Agotada. La gente le cansaba bastante. Esa era una de las razones por las que vivía sola. Dios, si a veces pensaba que hasta el gato le robaba cierta vitalidad.

—Buenos días, jefa. ¿Qué hacemos hoy?

Se sentó a su lado e intentó leer lo que estaba escribiendo en la pantalla.

—Estoy terminando el informe de Cooper. Ayer hice un nuevo seguimiento y confirmé lo que vimos el sábado. ¿Tú tienes algo nuevo?

Esther negó con la cabeza.

—La hermana Barbara apenas sale a la calle. Ayer me tomé tres cafés en el bar que hay delante de su casa.

—Espero que descafeinados.

—La cafeína no me afecta.

—Eres odiosa.

Esther se rio. ¿Era posible congeniar tanto y tan rápido con un nuevo compañero de trabajo? Porque prácticamente ya la consideraba una igual. Aquella chica ya estaba lista para salir sola a la calle, estaba convencida de ello. Abrió el bolso y sacó su bloc de notas.

—He averiguado algunas cosas más... Su dirección, por ejemplo. Barbara vive en un estudio bastante amplio cerca de la playa. Supongo que es una de esas personas que no sale de casa los domingos....

Si tú supieras, pensó Emma.

—...pero he averiguado que los lunes va a clase de pilates en un gimnasio de la zona. Puedo ir a esa misma clase. Es de libre acceso y...

—Esther, no. No va a hacer falta. Ya lo tenemos.

—Sabemos por qué Lloyd Cooper está aquí. Para estar cerca de su hermana Barbara. Parece ser que es el único miembro de la familia que sabe de su paradero, pero...¿no te gustaría saber por qué huyó ella del Reino Unido?

La miró con los ojos brillantes. Lo sabía. La chica de oro ya lo había descubierto. Esther ya poseía la información que Lloyd había decidido callarse durante la cena. La cuestión era que no quería tirar del hilo más de lo necesario. Llevó los dedos índice y corazón de su mano derecha a los labios

de la joven investigadora.

—No. No me lo digas. No es que no quiera saberlo. Es que no nos lo han pedido. Al menos por el momento. Hay una cosa importante que debes aprender. Sé que cuando empiezas a averiguar cosas es muy tentador seguir indagando, pero te aconsejo que te limites a lo que te pide tu cliente. Nada más. Guárdate el resto. Para ti, para otros casos, o si te piden una ampliación de la investigación. Pero en lo que concierne al caso Cooper, lo que nos han pedido está muy claro. Qué hace él aquí. Y eso ya lo tenemos. Nos espera más trabajo, pero si te parece voy a pedirle a Monterde que avances tú con el nuevo encargo. Creo que voy a tomarme unos días libres...

Esther asintió y optó por callarse, algo que, ante la duda, suele ser infalible en casi cualquier situación.

—De todas formas —añadió Emma —, yo ya estoy a punto de terminar, pero si te parece a las doce hablaremos con nuestro enlace de Blayfold en Londres para comentar algunos detalles del caso.

—¿Nuestro enlace?

—Vicky, una de las detectives de la agencia. Me envió un email esta mañana y me preguntó si podíamos hacer una videoconferencia a mediodía. Creo que para entonces ya tendré listo el informe, pero prefiero no decírselo aún, al menos hasta que lo lea Monterde y nos dé el visto bueno. Después lo enviaremos a traducir.

Esther sacó un *pen drive* de su bolso y lo puso sobre la mesa.

—Aquí están las fotos.

—¿Las fotos?

—De Lloyd y su hermana. Las hice el sábado en el mercado. Pensé que tal vez debíamos incluirlas en el informe, ¿no?

—Si no fuera porque ya está empezando a llegar la gente a la oficina te besaría, tía.

Había hecho lo correcto, claro. Documentar los encuentros del objetivo era algo básico, y tenía que reconocer que ella misma se había puesto tan nerviosa cuando lo vio abrazar a aquella chica, de espaldas, que incluso olvidó por completo pedirle a Esther que hiciera alguna foto con su iPhone si tenía la más mínima oportunidad.

Puso el *pen drive* en la ranura del ordenador y descargó las seis fotos que tenían. Perfectas. Allí estaban los dos hermanos, poniéndose al día. Emma observó el rostro de Lloyd, que parecía escuchar atentamente a su hermana. Su mirada intensa, su sonrisa, su pose relajada. En aquel instante decidió que

aceptaría su invitación. Por supuesto que iría con él a Londres. ¿Cómo iba a negarse? ¿Por qué iba a dejar de hacer lo que más le apetecía en el mundo desde el momento en que él se lo sugirió? En cuanto hablasen con Vicky iría a ver a Monterde y le pediría unos días de vacaciones. Tal vez no le haría mucha gracia, pues sabía de buena tinta que ya tenía un nuevo encargo para ella, pero no le iba a quedar otra que decirle que sí.

Emma redactó rápidamente su informe mientras Esther se sentaba un rato a charlar con Feli y con Raúl, quienes le explicaron un poco cómo era su día a día. En cuanto terminó, la llamó para que la acompañase a la sala de conferencias. Seguía dándole vueltas al mensaje de Vicky en el que le recomendaba que no siguiese sola a Lloyd. ¿Por qué habría dicho tal cosa? A decir verdad, ese era el principal motivo por el que le interesaba hacer aquella llamada. Para Emma el trabajo ya estaba hecho.

Las dos investigadoras se sentaron en la sala de videoconferencias y Emma añadió a sus contactos de Skype el número que Vicky le había enviado por email. Esperaron hasta que el rostro de la detective británica apareció en la pantalla.

Vicky era una mujer de unos cuarenta y pico, y si no fuera por aquel marcado acento nunca hubieran dicho que era inglesa. Tenía unos enormes ojos oscuros y una melena castaña con grandes rizos que se desprendían sobre las hombreras de su americana de *tweed*. Llevaba los labios pintados de color granate, y en cuanto abrió la boca las sorprendió hablando en un español más que decente.

—Vamos a intentarlo —les dijo, sonriendo—. No tengo muchas ocasiones para practicar mi castellano.

—Qué sorpresa, Vicky —contestó Emma—. No es nada común que un inglés se arranque a hablar en español, y últimamente no paro de verme en esa situación.

Su interlocutora se rio.

—Supongo que el amor todo lo puede. Llevo casi dos años saliendo con un *chef* gallego que abrió un restaurante en el Soho.

Emma y Esther soltaron un gritito de alegría.

—Hacía mucho que no hablábamos, entonces —dijo Emma.

—Desde aquel caso del Barón de Westfall Highs, ¿te acuerdas?

—Dios, sí. Fue bastante correoso. Pero en fin, pasar unos días en la Costa

del Sol, aunque sea por trabajo no estuvo mal del todo.

—¡Ojalá hubiera ido yo! Fui idiota.

—*Anyway* —dijo Emma, decidida a terminar con las formalidades —. Caso Cooper. Ya lo tenemos. De hecho esta mañana estaba redactando el informe, que estará en la mesa del señor Monterde esta misma tarde.

—*Wow*. Sois rapidísimas. ¿Qué habéis encontrado?

—Es su hermana. Barbara Cooper. Vive en la ciudad desde hace meses. Ese es el motivo por el que el señor Cooper viene a menudo, aunque no está cien por cien establecido aquí. Vuela con frecuencia a Londres, como ya sabes, ya que sigue con su empleo de consultor financiero. Su hermana tuvo algunos problemas de salud en los últimos años, y ese es el motivo por el que ha estado viniendo a menudo. Aunque sin planes de establecerse aquí definitivamente. Supongo que eso es lo que quería averiguar vuestro cliente...

Emma tragó saliva. Dios, estaba ocultando tanta información... Sabía en su fuero interno que la situación de Lloyd podría cambiar, y que tal vez ella misma llegaría a influir en su decisión de quedarse en España. Observó el rostro atento de Vicky en la pantalla. Estaba tomando algunas notas. Su homóloga británica reflexionó durante unos segundos antes de contestar.

—Interesante —apostilló, mordisqueando la capucha de su bolígrafo —. Sospechábamos que todo ese asunto de su hermana y su consecuente desaparición tendrían algo que ver. La verdad es que nunca estuvo oficialmente desaparecida. La familia no lo denunció. Así que la policía no tomó cartas en el asunto. La conclusión a la que habíamos llegado es que se esfumó.

Había llegado el momento de coger el toro por los cuernos. Emma se inclinó sobre el micrófono del ordenador para que su pregunta llegase alto y claro:

—Vicky, ¿por qué me dijiste que era mejor que no hiciese seguimientos a Lloyd Cooper yo sola?

La detective británica resopló, buscando la mejor manera de formular su respuesta.

—Cuando el cliente, Francis Cooper, vino a verme a la sede de la agencia, nos contó una serie de cosas un poco inquietantes. Una de mis dudas respecto a aceptar o no este caso es que no confío cien por cien en él. Siempre he pensado que nos oculta algo. Pero, para ser más clara, Francis siempre ha tenido la sospecha de que por algún motivo Lloyd decidió deshacerse de la abuela Mildred para heredar la casa.

Alucinante. Increíble.

—Vicky, no me parece que el señor Lloyd Cooper tenga un especial interés en esa casa. Tengo conocimiento de al menos dos encuentros familiares en los que pasó algo trágico, pero de ahí a que él esté involucrado en ellos en ese sentido... no sé. No me cuadra. En absoluto.

Esto era completamente cierto. No podía imaginarse que el hombre con el que había dormido hacía solo unos días, y del que estaba empezando a enamorarse, fuera capaz de algo semejante. Y sin embargo un deje de inquietud la sacudió al escuchar la revelación de Vicky. En el fondo no lo conocía. ¿Se había precipitado? La sombra de un nuevo fracaso se cernió sobre ella en aquella fría sala de reuniones. Esther la observaba con los ojos muy abiertos.

—Si te digo la verdad —apuntó Vicky —, Francis Cooper es uno de esos clientes en los que no terminas de confiar. Es obvio que él también nos oculta algo.

CAPÍTULO 23

Aquel día Emma se quedó todo el día en la agencia, redactando sus conclusiones sobre el caso Cooper. En su cabeza todo estaba bastante claro y coincidía en algo que les había comentado Vicky durante la llamada. Era frecuente que el cliente, en este caso el tío Francis, ocultara algo. Pero no era asunto de ella indagar en ese matiz del caso. Lo que de verdad deseaba era acabar con aquella historia y volver a Lloyd, al margen de cualquier cuestión laboral. Necesitaba poner punto y final y guardar ya el traje de detective en el armario.

Por lo general era bastante rápida escribiendo aquel tipo de informes, y solían estar terminados en cuatro o cinco horas. En aquel caso, y tal vez porque estaba implicada de manera más personal, le estaba costando más. Se quedaba en blanco contemplando la pantalla durante bastante rato. Por suerte Esther se había ido hacía un rato, pues había quedado con unos compañeros de la universidad para almorzar y ya le había advertido de que tenía que resolver unos papeleos en la secretaría de la facultad. Se verían al día siguiente.

Había descartado la idea de contarle nada de lo que había sucedido entre ella y Lloyd. No quería que se llevase una impresión equivocada y por el momento no era necesario hacer ningún seguimiento a Barbara. Así que lo mejor era correr un tupido velo y darle nuevos quehaceres lo más rápido posible. Tal vez sería una buena idea que pasara un par de días con Feli o con Raúl y que observara otras formas de trabajar. Era una chica intuitiva y posiblemente había sospechado que había algo allí más privado pero había tenido la delicadeza y la discreción de no preguntar.

Emma bajó a comprar una ensalada de pasta y un par de zumos a mediodía. Tenía la intención de acabar su trabajo sí o sí aquella tarde, aunque tuviese que quedarse hasta la noche. Por lo general cuando se iba vaciando la oficina le costaba mucho menos concentrarse. Ese día sucedió antes de lo habitual. Al parecer la nueva política de teletrabajo ya empezaba a escamparse por la agencia y los compañeros que estaban por allí aquella tarde empezaron a desaparecer hacia las cuatro. Cristóbal Monterde, el amado líder, ni estaba ni

se le esperaba, así que todo estaba bien encaminado. Acabaría rápido, imprimiría y dejaría el archivo encima de su mesa para que lo leyese por la mañana. Esta arcaica costumbre se había mantenido desde que empezó a tener a investigadores a su cargo. A Monterde no le gustaba que le enviaran los informes de los casos por email. Los quería impresos y sobre su mesa, y de ahí no había quien lo sacara en pleno siglo veintiuno.

Así que Emma se afanó y a las cinco y media de la tarde ya estaba lista para darle al botón de imprimir. Sintió una enorme satisfacción, a pesar de lo accidentado de la investigación. No estaba particularmente contenta con como habían ido las cosas, pero tenía que quedarse con lo bueno. Había empezado a trabajar con Esther, que iba a ser una colaboradora valiosísima. Y había conocido también a Lloyd, a pesar de que habría sido todo mucho más sencillo que todo se hubiera limitado a aquel accidentado encuentro en el Sterling.

Se levantó de la silla, estiró todo el cuerpo para recuperar su elasticidad (de algo habían servido tantas clases de yoga) y se acercó a la impresora a recoger el informe de cinco páginas. Después fue al armario de material a buscar una de esas carpetas marrones para guardar información confidencial. Volvía de dejarla sobre la mesa del jefe cuando llamaron a la puerta de la agencia.

Miró a su alrededor. Estaba completamente sola en la oficina, algo que no acostumbraba a pasar (no era de las que se quedaba más allá de la hora oficial de salida en los días que tenía tareas administrativas pendientes). Y por algún motivo, no le gustaba nada abrir la puerta estando sola. Pero las luces estaban encendidas y en el portal había un cartel donde especificaba bien claro el horario. Aún no eran las seis.

Lo segundo que pensó es que sería un mensajero. Lo de las entregas de Amazon en aquella oficina estaba completamente desbordado y era algo que empezaba a mosquear a Monterde, por cierto. Había un trasiego continuo de mensajeros pasando a dejar todo tipo de paquetes para todo el mundo. Y aunque el jefe no estaba del todo contento, entre los detectives había un consenso unánime y una confianza ciega a la hora de recogerse unos a otros sus compritas.

Abrió la puerta. No era un mensajero.

Era Lloyd.

Estuvo a punto de cerrársela en las narices debido al *shock*. De no ser por su excelente autocontrol, se habría desmayado allí mismo. Pero sobre los latidos de su corazón Emma no tenía ninguna potestad. Se habían disparado sin

remedio, y no precisamente por lo mucho que le encantaba tener a Lloyd delante, que también, sino porque no era el momento, y mucho menos el lugar para tener una conversación con él.

Él la desarmó con una de sus irresistibles sonrisas, y sin apenas darse cuenta, su lenguaje corporal ya evidenciaba que lo dejaba pasar.

—¿Puedo? —le preguntó él, sin embargo.

En realidad no, no podía, pero aún así le permitió entrar y lo condujo hasta la sala principal, donde se acumulaban las hileras de mesas vacías. El riesgo era real. Si por casualidad a Monterde se le ocurriese aparecer por allí a aquellas horas —cosa poco probable, la verdad, pero aquel era “su cortijo”, como él decía, así que no podía descartarse del todo—, y viera allí a la persona a la que habían estado investigando en los últimos días, pondría el grito en el cielo. Podría meterse en serios problemas.

Lloyd dio unos pasos y observó a su alrededor.

—Nunca me imaginé que una agencia de detectives sería así.

—¿Así, cómo?

—Pues... como una oficina normal y corriente.

Emma sonrió.

—Es que es una oficina normal y corriente...—lo observó atentamente mientras se acercaban a su mesa. No la había besado al entrar—. Me sorprende mucho verte aquí... Ya me iba. Como ves ya no queda nadie...

—Imaginas por qué he venido, ¿verdad?

Emma tragó saliva disimuladamente. Le encantaría pensar que Lloyd había querido sorprenderla y pasar por la oficina a buscarla, pero esa fantasía era poco probable. Recordó la sospecha infundada que Vicky había puesto sobre la mesa durante su conversación y, pese a ello, mantuvo con firmeza la mirada de Lloyd. Los ojos de él brillaban y algo le decía que, pese a todo, él seguía sintiéndose fuertemente atraído hacia ella. Percibió el escaso medio metro que había entre ellos como un espacio que iba reduciéndose cada vez más.

—¿Te parece si hablamos fuera de aquí? —preguntó Emma.

Él se recompuso y relajó el tono de voz.

—Claro, por supuesto.

Emma estaba poniéndose la chaqueta cuando volvió a sonar el timbre de la agencia y ahí, sí, el pánico se instaló de nuevo en su cuerpo.

—Tengo que abrir.

Obviamente Monterde tenía su propia llave y no llamaría al timbre, pero por un momento pensó en Esther. Era la única que reconocería enseguida a

Lloyd Cooper. Tal vez Feli también lo relacionaría con la foto que les mostró Monterde en la sala de reuniones cuando les presentó el caso. Ojalá no fueran ellas. Dios, tenían que salir de allí enseguida. Era obvio que Lloyd sabía que estaba siendo objeto de una investigación, pero ¿qué podía hacer ella? No podía ofrecerle ningún tipo de explicación. Todo era absolutamente confidencial.

Abrió la puerta de la oficina y quien encontró allí, sonriente, era la última persona que habría esperado aquella maldita tarde.

Era Rubén Blasco, un policía de la Guardia Urbana de la ciudad, con el que había salido hacía siglos, cuando aún era una estudiante. Cuando empezó a trabajar como investigadora retomaron el contacto por un caso de espionaje relacionado con un antiguo burdel del barrio del Raval, y desde entonces se habían hecho bastante amigos.

Emma no era alguien que mantuviese contacto con sus ex, pero en el caso de Rubén las cosas habían ido por otros derroteros. A pesar de lo guapo que era (y más aún, como aquella tarde, cuando se presentaba ante ella con su uniforme), ya no sentía la más mínima atracción por él. Había pasado mucho tiempo desde aquella historia, de la que ambos guardaban un buen recuerdo. Desde que habían recuperado el contacto, la cosa se había limitado a intercambios de información puntuales que habían servido a ambos para resolver algunos casos. Y aproximadamente cada tres o cuatro meses, quedaban para almorzar. Y poco más. Era la primera vez que Rubén se presentaba en la agencia y no podía haber escogido un momento menos oportuno.

En sus manos llevaba el bolso de Emma. El que le robaron en la puerta del Sterling. Un bolso al que le tenía bastante apego, pensó justo en ese momento, y que volvía a su vida una vez más, como no podía ser de otra manera. Era de excelente calidad y llevaba con ella unos cuatro años. Hasta el momento en que se lo robaron había sido incapaz de desprenderse de él, a pesar de que no era ni de lejos el más bonito que había tenido, ni la típica pieza que combinaba con todo. ¿Recordáis aquel Louis Vuitton falso del que Amy Winehouse jamás se desprendía, aunque pudo permitirse perfectamente uno verdadero? Pues eso le pasaba a Emma con ese objeto.

Rubén le tendió el bolso, sonriente.

—Creo que esto es tuyo. Alguien lo dejó el otro día en la comisaría y esta mañana, revisando objetos sustraídos, he dado con él. Tenía que pasar por esta zona a hacer un registro, así que pensé que lo mejor era traértelo

personalmente.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Pasa, por favor.

Rubén entró en la sala principal de la oficina y allí se topó con la imponente presencia de Lloyd. Bien pensado, no era ninguna mala noticia que el guardia les interrumpiera precisamente en aquel momento. Se había generado entre ellos cierta tensión que era necesario disipar.

—Ya nos íbamos, en realidad —dijo Emma.

—Ah, veo que estás acompañada...

Rubén extendió su brazo uniformado hacia Lloyd, quien le agarró la mano con energía. Ambos murmuraron sus respectivos nombres.

—Solo he venido a dejarte el bolso, uhmm... Tengo que seguir trabajando —dijo el policía, claramente sorprendido por la compañía—. Hablamos en otro momento y nos ponemos al día.

—No sabes cuánto te agradezco lo del bolso —le contestó ella, sonriente—. Es todo un detalle traérmelo en persona.

—Pusiste una denuncia, espero.

—Sí. No esperaba recuperarlo, la verdad.

—A tu servicio, como siempre...—contestó Rubén, con una tímida carcajada—. Tengo que irme ya.

Se acercó a ella y la sujetó cariñosamente por el antebrazo para llegar hasta su rostro, donde le plantó dos besos que evidenciaban que en el pasado había habido algo más físico entre ellos. Rubén se despidió también de Lloyd y salió de la oficina sin más. No se entretuvo ni hizo amago de esperarlos para bajar juntos a la calle. Era un chico discreto e intuitivo, y sabía perfectamente cuándo estaba interrumpiendo algo que no le incumbía.

Todo puede ir siempre a peor. Esto es un hecho, ¿verdad? El desastre tiene largo recorrido. Muchas vueltas de tuerca. Rubén ya los había dejado solos de nuevo y ojalá no lo hubiera hecho, porque en el momento en que Emma se debatía entre cual de los dos bolsos se llevaba aquella tarde a casa, el que había traído su amigo policía se precipitó de la mesa, desparramando todo su contenido sobre la moqueta, ante la mirada estupefacta de Lloyd Cooper. *Sí, Emma, lo has dejado demasiado cerca del borde de la mesa.* Y ojalá allí dentro solo hubiera maquillaje, monedas, tampones, pañuelos y todo ese ecosistema que se genera al fondo de los bolsos con el paso del tiempo. Porque allí también estaba la foto impresa de Lloyd que había sacado de la carpeta que Monterde le dio el primer día.

CAPÍTULO 24

Salieron del edificio y caminaron en silencio durante un buen trecho, uno junto al otro. A pesar de que sus hombros se rozaban Emma notaba como si un abismo empezara a abrirse paso entre ellos. La tarde, sin embargo, era fantástica y el cielo empezaba a volverse de color rosa, una de las cosas favoritas de Emma en su ciudad. El atardecer entre los edificios era un auténtico espectáculo. Notó como, a pesar de su comprensible silencio, Lloyd trataba de buscar las palabras adecuadas para salvar aquella horrorosa situación.

—¿Te parece si compro café y nos sentamos allí? —le preguntó, señalando hacia un banco de la zona peatonal de la Gran Vía.

Asintió. Se habían detenido precisamente junto a una de las cafeterías que Emma frecuentaba muchas mañanas de camino a la oficina. No se molestó en pedir que el suyo fuera descafeinado. De todas formas dudaba mucho que pudiera dormir aquella noche.

El calor que emanaba del vaso de cartón la reconfortó un poco y la ayudó a reunir fuerzas para murmurar una disculpa.

—Siento mucho todo esto, Lloyd. Yo...

—Quiero contarte algo —la interrumpió él—. Solo pido que me escuches. Y luego saques tus propias conclusiones.

Emma asintió. Le hacía un favor, la verdad. No encontraba las palabras para arreglar aquel desaguisado. Ambos se sentaron sobre el respaldo del banco. Sus rodillas casi se rozaban a través de los vaqueros. Contempló su cuello, tan cercano y tan vulnerable, y sintió el irrefrenable impulso de besarlo, de rogarle que le diera una segunda oportunidad. Que justo en el momento en que le había abierto la puerta en la agencia había dejado atrás todo lo concerniente a su caso. Porque Emma no pensaba otra cosa más que estaba allí, bajo el cielo rosa, sentada junto al hombre que sorprendentemente ya había empezado a querer y, sin embargo, con todas las papeletas para ser abandonada de nuevo. Y esta vez, con los motivos más justificados del mundo. Pero él corrigió su postura sobre el banco para estar un poco más cerca de la

detective. Sintió su cercanía y respiró algo más tranquila.

—La verdad es que yo también debería disculparme. Eso lo primero. Tal vez ha sido un error presentarme en tu trabajo sin avisarte. Pero ha sido una de esas cosas que hago por impulso. No podía esperar en casa. Necesitaba verte hoy mismo.

Emma no contestó. Dio un sorbo a su café y escuchó el increíble y doloroso relato de Lloyd con todos sus sentidos:

»Hace un par de semanas recibí una llamada de mi padre desde la isla en la que vive. Me dijo que el tío Francis no llevaba nada bien que nuestra abuela me dejara su vieja mansión de Wiltshire a mí. Que él siempre quiso vivir ahí una vez que ella no estuviera. La relación de Francis con mi padre, y por extensión con nosotros mismos, siempre ha sido...complicada. Pero yo nunca tuve el más mínimo interés en esa casa. Creía que, después de estos años, y ya más o menos superada su enfermedad, a Barbara le gustaría vivir allí. Siempre le gustó el campo, y su trabajo le permite estar donde ella quiera. Pero mi hermana ha encontrado la felicidad aquí y no quiere volver. Y no la culpo porque...yo también la he encontrado. Y hace solo una semana.

La miró a los ojos y Emma se preguntó si aquello no sería más que un sueño.

»Durante nuestra cena no te conté el motivo por el que Barbara había huido en medio de la noche. Yo tampoco lo supe hasta que la encontré aquí y descubrí la verdad. En ese momento entendí por qué había puesto tanta distancia de por medio, por qué no quería volver a pisar Villa Jessamine a pesar de que la abuela ya no estaba.

Lloyd hizo una pausa en su relato y se desvió un momento para dejar claro que sabía perfectamente que Emma estaba al tanto de todo aquello. Lo que no sabía era hasta qué punto.

—¿Sabes una cosa? Cuando mi padre me dijo que había llegado a sus oídos que el tío Francis había contratado a un detective para seguir mis pasos confié por un momento en que no serías tú. Que trabajabas en esa agencia, pero que no tendrías nada que ver con esta historia. Cuando vi cómo observabas todo en mi apartamento, como me escuchabas durante la cena, supe que me había equivocado por completo. Y... odio reconocerlo, pero sentí alivio. Alivio porque fueras tú y no otra persona la que se ha acercado a mí.

—Lloyd...Ya estoy desvinculada. Hoy he terminado de trabajar en tu caso,

pero hasta hace solo un par de días tuve serias dudas de si yo era la persona adecuada para ocuparme de él. Ahora está más que claro. No lo he sido desde el primer momento. Me planteé hablar con el responsable y con la persona que nos hizo el encargo desde Londres, pedirles que se ocupara alguien, pero no ha podido ser. Estaba demasiado cerca de la solución. De entregar mi informe y olvidarme, y poder pasar tiempo contigo, como dos personas que acaban de conocerse y se atraen sin poder evitarlo. Esto es un desastre absoluto. Aunque yo te lo hubiera contado con el tiempo, no deberías haberte enterado de esta forma. Creo que he metido la pata. Hasta el fondo.

Ya hacía rato que sus ojos brillaban demasiado. Fue incapaz de seguir conteniendo la lágrima que luchaba por resbalar hacia el suelo.

—Sé que lo has pasado mal. Y aunque durante unos segundos te odié por todo ello, soy consciente de que solo estabas haciendo tu trabajo. Pero solo fueron eso, unos pocos segundos. Soy incapaz de odiarte. Tal vez, si hubiera hablado antes contigo, antes de presentarme en tu oficina quiero decir, podría haber impedido todo esto.

»Esta mañana he hablado con mi tío Francis. Le he dicho que mi hermana esta aquí, que está bien, cada día mejor, y que él puede marcharse a vivir a la casa de Wiltshire cuando quiera. Mi abogado le contactará para arreglarlo todo. Él será el propietario de Villa Jessamine mientras viva, y solo cuando él ya no esté pasará a ser mía y de mi hermana. También le he dicho que no hacía falta contratar a ningún detective. Que habría sido todo tan sencillo cómo llamarme y decirme claramente que él quiere estar ahí.

»Pero también le dije que no se me ocurría ningún motivo por el que estar en Wiltshire, encerrado entre esas paredes putrefactas. Es una lástima, porque la casa es magnífica, de verdad. Pero fue la abuela Mildred la que se deshizo de su novio, Lucien, hace años con uno de los venenos que se hacía traer desde Brasil. Y de la misma manera que se deshizo de nuestro abuelo.

Lloyd hizo un alto en su angustioso relato. Era la segunda vez aquel día que narraba aquel horrible secreto familiar en voz alta.

»Mi hermana Barbara fue la primera en enterarse. Fue una de las personas que cuidaba de la abuela la que se lo confesó. Mildred nunca dejó de enredar con sus venenos de importación, una extraña afición que venía de mucho tiempo atrás. Recuerdo que una vez me castigó por abrir la puerta de la despensa donde los guardaba.

»Nunca supimos qué vio en Lucien para darle una de aquellas pócimas

indetectables. Sophie, la chica que la cuidaba y que había descubierto aquel horrendo secreto reunió el coraje para contárselo a mi hermana. Barbara no daba crédito a sus palabras pero, aquella última noche en que nos reunimos todos, encontró a la abuela en la despensa, revolviendo entre esos frascos. Al parecer tenía grandes cantidades de una sustancia letal que no dejaba rastro en el organismo. Indetectable en una autopsia.

—Dios mío, ¡qué horror!

—Nunca supimos a quién pretendía envenenar aquella noche la abuela, pero sospechamos que era al nuevo acompañante del tío Francis. Cuando vio que Barbara la había pillado allí abajo, ambas trataron de disimular. La abuela Mildred volvió a sentarse en su silla de ruedas y llamó a Sophie para que la ayudara a salir al jardín. Aquella fue la noche en que Barbara desapareció. Por la mañana, Francis encontró a la abuela muerta en su cama.

Era obvio que contar todo aquello estaba aliviando el pesar de Lloyd Cooper. Lo que sorprendió a Emma era que la hubiera escogido a ella para guardar aquel secreto. ¡Precisamente a ella! Le cogió la mano y la apretó entre las suyas, elevando su temperatura al instante. Él terminó su historia.

—No ha sido fácil. No es fácil ahora, aunque haya pasado ya cierto tiempo. No es fácil aceptar que alguien de tu familia es capaz de matar. Siempre sospeché de su maldad, nunca fue una abuela cariñosa con nosotros. Ahora entiendo muchas cosas. Entiendo por qué mi padre se marchó de Inglaterra, por ejemplo. Durante estas visitas a Barcelona he estado hablando mucho con mi hermana, pensando en qué debemos hacer. Y ahora creo que lo correcto es denunciar los hechos. Quisimos pasar página, olvidarlo todo. Pero sería injusto con aquel chico, con Lucien, y con su familia, que no se aclarase lo que pasó. Y por la memoria de mi abuelo.

Lloyd se levantó del banco y se puso en pie ante ella. Echó mano de su cartera, y de allí sacó un folio plegado que extendió ante la mirada atónita de Emma.

—Otra de las razones por las que quería verte hoy era para darte esto. Puedes romperlo si quieres, solo te pido que lo hagas cuando estés a solas. Tengo que regresar a Londres y descansar un poco. He de encontrarme con mi tío Francis y solucionar legalmente el tema de la casa. Creo que primero descansaré unos días en Villa Jessamine. Quiero ver si es posible reconciliarme con ese lugar. Después iremos a Scotland Yard y prestaremos

declaración sobre lo que sucedió. Tal vez tenga que ir yo solo. Francis no daba crédito a lo que le he contado y no sé qué querrá hacer. Mi hermana prefiere evitar prestar declaración, mientras pueda.

Emma contempló el papel que Lloyd le había entregado. Era una tarjeta de embarque, a su nombre, para un vuelo Barcelona – Londres que partiría el miércoles a las diez de la mañana. No supo qué contestar. La historia que Lloyd le había contado le había dejado sin palabras.

Era incapaz de tomar una decisión en aquel momento. Sentía que las reglas de juego habían cambiado, que nada entre ellos volvería a ser igual, y que él había roto la “cuarta pared”. El muro que separa a un detective de la persona a la que ha de investigar.

Lloyd no le dio ocasión de contestar. Se inclinó y la besó, sosteniendo su rostro entre sus manos. Y sus labios sabían a despedida y a vacío, pero también a la esperanza que pendía de un hilo.

CAPÍTULO 25

Lloyd Cooper arrastraba su pequeña maleta por la terminal A en dirección a una de las cafeterías en las que solía hacer tiempo hasta que su vuelo hacia Londres despegase. Por lo general odiaba los aeropuertos, pero aquella terminal luminosa le gustaba, y si encontraba algún rincón tocado por el sol en alguno de los bares podía decirse que incluso le costaba horrores dirigirse a la cola de embarque. Aquella mañana de miércoles ni siquiera había desayunado todavía, así que con doble motivo necesitaba una buena dosis de cafeína.

Estaba nervioso ante la perspectiva de que Emma apareciera por allí. No había vuelto a tener noticias de ella desde que la dejó en aquel banco de la Gran Vía, después de besarla de la manera más intensa que pudo. Ojalá aquello no fuera una despedida, pero durante unas horas, al llegar a casa, así lo sintió.

Y no podía culparla. Después de haberle dado muchas vueltas, tenía la certeza de que presentarse en la agencia de detectives había sido una gran equivocación. Apretó el puño alrededor de la maleta de mano. ¡Maldita sea! ¿En qué estaba pensando?

Aquella chica le gustaba tanto que descubrir que le seguía la pista por encargo de Francis no le importó lo más mínimo. Nada cambió cuando vio su foto en el suelo y se confirmó lo que ya sospechaba. Y cuando decidió arreglar de una vez la situación y llamarlo directamente para proporcionarle la información que tanto ansiaba, ya casi se había olvidado por completo de que ella lo había espiado. *La espía*, pensó, dibujando en su rostro una sonrisa que se borró al instante cuando volvió a su mente la idea de que se había extralimitado.

La tarde anterior había pasado un largo rato observando la pantalla de su teléfono móvil. Más que esperando a que sonara, lo que hacía era meditar si debía llamarla o no. Porque Lloyd tenía claro que quería a aquella chica en su vida. Ansiaba su cuerpo, deseaba volver a despertarse junto a ella una y mil veces.

Pero se había presentado en su trabajo. Tal vez la había incluso avergonzado. Ella no le debía ninguna explicación. Emma solo estaba haciendo su trabajo y había cometido el error de ...¿enamorar? No, eso no podía saberlo. Era demasiado pronto. Pero sí se había dado perfecta cuenta de cómo lo miraba, y la noche que habían pasado juntos había sido fuego puro.

Si Emma había decidido no presentarse en el aeropuerto y no viajar con él no podía culparla. Lo entendía. Ambos habían evitado hacer esa llamada y los acontecimientos de los últimos días habían sido un poco más intensos e inesperados de lo que cabía esperar.

Tal vez lo mejor sería poner un poco de tiempo y de distancia entre ellos. La idea era llegar a Londres, alquilar un coche en el aeropuerto y marcharse unos días a Wiltshire. Llamaría a Francis y lo citaría allí. Tenían muchas cosas de las que hablar. De entrada, había pensando que lo mejor sería cederle definitivamente la casa en usufructo. No podía entender por qué Francis no se lo había dicho desde un principio. Él tenía poco interés en aquel caserón en medio de la campiña, a decir verdad. No necesitaba venderlo, ni tener más dinero. Se ganaba muy bien la vida.

Y le jodía reconocerlo, pero la repentina aparición de Emma en su vida le había hecho replantearse ciertas cosas. Llevaba unos días pensando en cómo sería instalarse definitivamente en España para estar con ella. También viviría cerca de Barbara y sus padres seguirían en el Caribe, así que no había nada que realmente le atase a Londres en aquel momento. Ni siquiera su trabajo. Era tan bueno en su campo que ninguno de sus clientes pondría pega alguna en seguir trabajando con él a distancia.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al pensar que aquel fantástico plan podría irse al garete si Emma no quería volver a saber nada de él. Que era más que posible. Estaba en la cola de la cafetería en la que solía comprar un bocadillo a precio de caviar antes de dirigirse hacia la cola de embarque cuando, de repente, Lloyd decidió que un café no le vendría nada bien para el estado de ansiedad que lo había invadido de golpe. Compró un sándwich y una botella de agua y se sentó en una de las mesas del local, entre el trasiego de pasajeros, risueños grupitos de pilotos y azafatas, y maletas dificultando el paso a todo el mundo.

Llevaba un par de días dándole vueltas al asunto de la agencia de detectives. No le había sorprendido en absoluto que ese fuera exactamente el

trabajo de Emma. Había notado enseguida que era lista, observadora, intuitiva y rápida. También había soltado algunas evasivas en su primer encuentro, cuando no le quiso decir exactamente qué hacía en aquella oficina. No había que ser demasiado espabilado para sumar dos y dos. Y a él tampoco se le daba nada mal investigar. Pero cuando había visto su foto caer del bolso no había podido enfadarse.

Le había sido imposible. Le dio exactamente lo mismo. Le daba igual la casa, Francis, Londres y su difunta abuela envenenadora porque en aquel momento, cuando Emma, nerviosa, se había arrodillado para recoger a toda velocidad el contenido de su bolso, fue cuando se dio cuenta de que se estaba enamorando de ella, si es que no lo estaba ya. Y ese terror maravilloso que le embargó aplacó cualquier posible cabreo de inmediato.

Lloyd consultó su reloj. Hacía ya unos quince minutos que había empezado el embarque de su vuelo. Podía verlo al fondo del pasillo, a unos cincuenta metros. Si había algo que odiase de los aeropuertos (bueno, en realidad odiaba varias cosas, como todo el mundo), era aquella ridícula prisa que le entraba a todo el mundo por subir al avión aunque los asientos estuvieran perfectamente asignados desde hacía días. Prefería esperar a que todo el pasaje entrase y entrar de los últimos.

Pero ya no podía esperar mucho más. No era un vuelo en hora punta y dada la cantidad de conexiones que había con Londres al día, el pasaje no estaba ni mucho menos completo. Había hecho el *check-in* la noche anterior desde su ordenador y había gran cantidad de asientos vacíos.

Tiró el envoltorio del sándwich a la papelera y se dirigió hacia la puerta de embarque dieciséis, desde donde ya esperaba el avión que lo llevaría a su ciudad natal. Cuando llegó, solo había cinco o seis personas con la tarjeta en la mano, esperando para acceder al pasillo. Echó un nuevo vistazo a su alrededor mientras aguardaba, pero no había rastro de ella. *¡Maldita sea, Lloyd Cooper! ¿En qué estabas pensando?*

Al margen del desencuentro y del exorcismo familiar que había llevado a cabo en plena Gran Vía delante de Emma, tal vez no había sido la mejor de las ideas ponerla en aquel compromiso de viaje, tan repentino. Sí, le apetecía pasar más tiempo con ella y que le contara absolutamente todo. Sobre su familia y sus amigas. Sobre su gato. Sobre su trabajo como investigadora. Sus viajes y sus sueños. Absolutamente todo de ella le interesaba. Se moría de

ganas de estrecharla entre sus brazos, de dormir desnudo pegado a su cuerpo. Pero también quería conocerla pausadamente, ir a su casa, ver sus estanterías. Echarla de menos de vez en cuando.

No hacía ninguna falta, pero antes de subir a aquel avión Lloyd Cooper se prometió a sí mismo que en cuanto volviese haría todo lo que estuviera en su mano para conquistar a aquella chica. Costase lo que costase. Aquella promesa, sin embargo, no le restó ni un ápice de la melancolía que sintió al subir al avión solo esa mañana.

Mostró su pasaporte y, a pesar de que la azafata de tierra le regaló una seductora sonrisa, fue incapaz de devolvérsela.

—Espero que tenga un vuelo agradable —le dijo la chica en castellano, aunque su pasaporte no dejaba lugar a dudas. Aquello era algo que le encantaba a Lloyd, cuando esperaban de él que fuera capaz de manejarse en castellano. No era nada habitual. Casi todo el mundo se dirigía siempre a él en inglés, o hacía un esfuerzo por atenderle en su propio idioma. Aquello le alucinaba.

—Gracias —murmuró.

Se internó en el *finger* de color gris que conectaba la terminal con la cabina de vuelo y allí le recibieron dos auxiliares, un chico y una chica. El corazón le latía con fuerza, pero ya a la puerta del avión contempló con tristeza cómo el asiento al lado del que le habían asignado estaba vacío. Era en la fila cuatro. Le gustaba escoger la parte delantera del avión, aunque tuviera que pagar un poco más por esos asientos.

Lo recordaba perfectamente. Había escogido el asiento para él y el de en medio de la fila para Emma, aunque hubiera estado encantado de cambiárselo si ella lo prefería. *¿Eres una chica de pasillo o de ventanilla, señorita detective?*, había pensando mientras procedía al pago de los billetes. Ya daba igual.

Se acercó a la fila cuatro y abrió el compartimento de equipaje para subir su maleta de mano. Aquel asiento vacío le hacía daño, no podía negarlo, a pesar de que llevaba un buen rato haciéndose a la idea. En la plaza que había junto a la ventanilla alguien leía el periódico, ajeno al embarque del avión.

La maldita maleta no entraba bien en el compartimento superior. Ese es el

hándicap de entrar de los últimos en el avión. No siempre hay espacio para el equipaje de mano. Aunque Lloyd solía viajar con una mochila para los viajes de dos o tres días y podía guardarla bajo el asiento delantero. Una de las azafatas se acercó en cuanto vio que tenía problemas con la puerta.

—Espere, deje que le ayude.

La chica peleó con la puerta hasta que logró que todo encajase en su sitio.

—Siéntese y abróchese el cinturón, por favor. Vamos con un poco de retraso para el despegue.

En ese preciso instante, antes de acomodarse en su asiento, Lloyd pensó que no quería ir a Londres. No quería ir solo. Quería salir de allí de inmediato, coger un taxi de vuelta a la ciudad e ir a buscar a Emma. Donde estuviese, le daba igual. ¿Es una locura? Lo era. Otro de los auxiliares ya estaba cerrando la puerta del avión.

Volvió a abrir la puerta del compartimento de maletas, dispuesto a coger su equipaje y largarse de allí. ¿Le dejarían salir de allí? ¿Le prohibirían volver a coger un avión con aquella compañía de por vida?

—¡Eh, señor! —exclamó la azafata desde la primera fila, al ver que la puerta superior volvía a estar abierta—. Tenemos que preparar el despegue, por favor. *Please, sit down. I beg you, sir.*

La respiración de Lloyd se aceleró, preparándose para el inminente conflicto.

—¿Ya está usted liándola, míster Cooper?

Los brazos de Lloyd se congelaron en el aire al oír aquella voz inconfundible. La buscó a su alrededor con cierta desesperación. Allí estaba Emma, su detective, su espía, parapetada detrás del periódico, junto a la ventanilla. Ahogó una exclamación y se abalanzó sobre ella para besarla, ante la mirada perpleja de la azafata y de las filas de alrededor. Emma saltó como un resorte de su asiento y lo abrazó. La apretó contra su cuerpo, a pesar del espacio reducido entre los asientos, y se enredó en su boca y en su lengua. Unos tímidos aplausos se oyeron en las primeras filas y enseguida se contagiaron hasta la mitad de la aeronave.

—Creí que no vendrías —le dijo Lloyd.

—La ventanilla estaba libre. Así que me he cambiado de asiento. Soy una chica de ventanilla.

—Y de dar el espectáculo.

—*Excuse me*, el espectáculo lo has dado tú —contestó Emma, riéndose.

Se sentaron ante la mirada asesina de la azafata, que volvió a acercarse para cerrar de una vez la puerta del compartimento de equipajes. Se agachó para hablar con ellos.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó con cierta amabilidad fingida (y con infinita paciencia).

—*Let's go!* —contestó Lloyd, ahora sí, muerto de la vergüenza.

¿Cómo iba a quedarse en casa? ¿Cómo iba a ignorar lo que el corazón y el cuerpo le pedían a gritos? Los brazos de Lloyd la estaban rodeando en aquel preciso instante y eso era lo único importante, incluso en aquella incómoda posición en la fila cuatro del avión. Durante aquellas dos horas y media hablaron de todo lo que les hacía felices, salieron y entraron de las nubes, enterraron los malentendidos con besos eléctricos. Villa Jessamine y sus venenos pertenecerían pronto al pasado. En el futuro, ante ellos, solo cabían la luz y el mar, los paseos por la ciudad bajo el cielo rosa del atardecer y, tal vez, si la espía estaba de servicio, algún que otro seguimiento.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Elsa Tablac combina su trabajo en el ámbito del marketing con su gran pasión: la escritura. También disfruta con la música en directo, el cine y las novelas románticas y policiacas. Actualmente reside en Barcelona. Aunque escribe desde hace muchos años, las tres historias que componen la trilogía CATRIONA son sus primeras novelas. Puedes contactar con ella en Facebook y Twitter (@elsa_tablac).

¿Te ha gustado esta historia? ¡Genial! Te agradecería eternamente si pudieras dedicar un minuto a escribir un breve comentario en Amazon, Goodreads, o tu propio blog o redes sociales favoritas. Las reseñas, aunque sean breves, son cruciales para los autores independientes y me ayudarán enormemente a publicar nuevas historias. ¡Mil gracias! :)

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi newsletter haciendo clic [aquí](#). Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

¿Quieres conocer la historia de Priscila?
Te espera en...

[CATRIONA. TRILOGÍA COMPLETA](#)

